

ROBINSON CRUSOE YA TIENE CELULAR

LA CONEXIÓN COMO ESPACIO DE CONTROL
DE LA INCERTIDUMBRE

por

ROSALÍA WINOCUR



siglo xxi editores, s.a. de c.v.

CERRO DEL AGUA 248, ROMERO DE TERREROS, 04310, MÉXICO, D.F.

siglo xxi editores, s.a.

GUATEMALA 4824, C1425BUP, BUENOS AIRES, ARGENTINA

siglo xxi de españa editores, s.a.

MENÉNDEZ PIDAL 3 BIS, 28036, MADRID, ESPAÑA

A mi hijo Javier, mi certeza de que existe un mundo mejor

A mi padre, por el don de la palabra escrita

HQ1178

W55

2009

Winocur, Rosalía

Robinson Crusoe ya tiene celular : la conexión como espacio de control de la incertidumbre / por Rosalía

Winocur. — México : Siglo XXI : Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa, 2009.

167 p. — (Diseño y comunicación)

ISBN: 978-607-03-0119-3

1. Redes de computadoras — Aspectos sociales.
2. Internet — Aspectos sociales.
3. Relaciones interpersonales
4. Tecnología y civilización. I. t. II. Ser.

primera edición, 2009

DR © siglo xxi editores, s. a. de c. v.

en coedición con

DR © universidad autónoma metropolitana, unidad iztapalapa

av. san rafael atlixco # 186

col. vicentina, del iztapalapa

c.p. 09340 méxico, d.f.

isbn 978-607-03-0119-3

derechos reservados conforme a la ley

impreso en encuadernación domínguez

5 de febrero, lote 8

col. centro, ixtapaluca,

56530 edo. de México

25 de noviembre de 2009

INTRODUCCIÓN

Éste es un libro que trata acerca de la relación de la gente común y corriente con la computadora, Internet y el teléfono celular en la vida cotidiana. Para lo cual asume que dichas tecnologías están presentes en el imaginario de todos los grupos sociales —independientemente de que tengan acceso a ellas o no, y al margen de que hagan un uso elemental o sofisticado de las mismas—, simplemente porque ven televisión o escuchan la radio, pagan sus cuentas en un banco o hacen trámites en las oficinas públicas, tienen un hijo en la escuela o un pariente viviendo del otro lado de la frontera o del océano.

La interacción cotidiana de las personas con estos artefactos digitales, ha creado un vínculo mutuamente constitutivo de nuevos nichos culturales de producción de significado social. Estar comunicados a todas horas y en todos los lugares se ha vuelto un acto perentorio e indispensable. Las computadoras, el punto *com* en todos los anuncios publicitarios y los teléfonos celulares repicando sin cesar, ya son una parte indiscernible del paisaje de nuestros recorridos habituales. Las marcas, los modelos y los accesorios configuran nuevas estéticas para vestirnos, movernos y presentarnos frente a los otros. Las búsquedas en Internet realizadas por mano propia o por encargo, cuestionan el saber y el poder de los padres, de los maestros, de los médicos, de los psicólogos, de los políticos y de las autoridades. Las redes sociales *on line* nos vuelven absolutamente visibles y multiplican nuestro capital social, el celular nos permite extender virtualmente los lazos protectores del hogar, y, desde que estamos *conectados* nos sentimos menos solos, y más seguros.

Sin dejar de reconocer el papel del mercado, de la publicidad y de las propias tecnologías en la generación de estas necesidades, sostenemos que lo que explica la relevancia de su presencia es la refuncionalización simbólica que han sufrido en el uso cotidiano, en el sentido de que ya no sólo son utilizadas como tecnologías de información y comunicación, sino que se comportan imaginariamente como artefactos rituales para controlar la incertidumbre, neutralizar

la dispersión familiar, evitar la fragmentación biográfica, garantizar la inclusión y exorcizar los fantasmas de la *otredad*.

El pasado ya no puede asegurar la reproducción del *habitus* familiar y social, y el futuro está amenazado por un metarrelato de catástrofes naturales y provocadas por el hombre que los medios, cual profetas del Apocalipsis, se encargan de anunciar en todas sus formas narrativas. No obstante su evidencia, el miedo no proviene tanto de los datos de la realidad como de la forma en que estos datos se procesan en el imaginario social y personal. Todos los miedos que padecemos cotidianamente tienen nombre y apellido: miedo al delincuente, a la inseguridad, al desempleo, a la enfermedad, a la separación, a la soledad, pero en conjunto se condensan en una experiencia social de miedo al “sinsentido”:

El más difuso de los temores es el miedo al sinsentido. Nace de un conjunto de experiencias nuevas: el stress, el auge de las drogas, la persistencia de la contaminación, el trato agresivo y los atascamientos de tráfico. Un conjunto de irritaciones desemboca en la sensación de una situación caótica. La impresión se ve acentuada por una globalización vivida como una invasión extraterrestre. La vida cotidiana, acelerada a un ritmo vertiginoso por miles de afanes, una sucesión interminable de sobresaltos y una transformación permanente del entorno laboral y del paisaje urbano, deja a la gente sin aliento para procesar los cambios. La realidad deja de ser inteligible y aparece fuera de control. ¿Cuál es, en medio del torbellino, el sentido de la vida? (Lechner, 2002:55).

Este libro quiere dar cuenta de estos nuevos procesos de creación de sentidos, recuperando desde una perspectiva socio-antropológica las condiciones sociales y culturales que hacen posible esta interdependencia. Esto implica asumir como punto de partida, que la experiencia con la computadora, Internet y el móvil, no sólo se explica como un impacto directo de las múltiples posibilidades que brindan sus programas y aplicaciones, sino también, como consecuencia de una impronta social y cultural que encontró en dichas tecnologías un soporte simbólico ideal para expresarse. Esta impronta cultural que, en términos de Giddens (1996), caracteriza a la modernidad tardía, alteró radicalmente la naturaleza de la vida cotidiana y afectó las dimensiones más íntimas de nuestra experiencia:

Tras su reflexividad institucional, la vida social moderna está caracterizada por un profundo proceso de reorganización del tiempo y del espacio, empa-

rejado con la expansión de mecanismos de desmembración —mecanismos que liberan a las relaciones sociales de la influencia de los emplazamientos locales recombiniéndolas a través de amplias distancias espacio-temporales. La reorganización del tiempo y del espacio añadida a los mecanismos de desmembración radicalizan y globalizan los rasgos institucionales de la modernidad; transforman el contenido y la naturaleza de la vida cotidiana (Giddens, 1996:35).

En la perspectiva citada, se aborda la relación con Internet y el móvil más en su carácter existencial que instrumental, como un escenario simbólico constitutivo de nuevas formas de sociabilidad y entretenimiento, como una fuente de consuelo, como un espacio real e ilusorio para controlar la incertidumbre, como un territorio imaginario para fijar el lugar —en el sentido antropológico— amenazado por la dispersión y la deslocalización del ámbito doméstico, y como un recurso para sostener, acercar y reinventar la presencia de los nuestros y de los otros.

Este libro también asume que la apropiación de un artefacto digital siempre se produce en espacios cotidianos situados en el hogar, el trabajo, la escuela, el transporte público, el cibercafé, el cine, la calle, etc., siempre en relación con otros cercanos y conocidos, y siempre en alteridad con los otros extraños y desconocidos, aunque unos y otros estén físicamente ausentes. De ahí que en la propuesta de este libro, los sujetos —la gente común y corriente—, no son abordados al margen de las situaciones donde hacen uso de las tecnologías, sino en una relación compleja, conflictiva y multidimensional con sus entornos afectivos, laborales, formativos y recreativos, ni al margen de sus deseos, miedos y aspiraciones, anclados en diversos universos simbólicos de pertenencia.

Este libro recupera los usos de las tecnologías de información y comunicación (TIC), previstos y no previstos, deseados, indeseados o residuales que se han popularizado en la vida cotidiana. En 1978 Hiltz y Turoff predijeron que para mediados de los noventa las teleconferencias serían tan utilizadas como el teléfono en la actualidad (1993:25).¹ Cuando llegaron los noventa, y nada parecía indicar que dicha tecnología se hubiera incorporado de forma generalizada en la vida cotidiana, se retractaron de su optimismo, argumentando que en sus predicciones no habían tenido en cuenta el factor de la “inercia social”, entendida como la resistencia, o la subutilización de

¹ Citado por C. Hine, 2004:13.

las posibilidades de las TIC en la vida diaria. El malentendido surge cuando la presencia de las TIC en diversos sectores de la población se mide según sus posibilidades tecnológicas y no según sus usos cotidianos:

Necesitamos distinguir entre la lógica del ingeniero que diseña la tecnología y la lógica de quien la usa [...] Lo más común es tomar la lógica del ingeniero y predecir que la tecnología puede hacer a, b, c, d. Muchas de esas previsiones resultaron erradas [...] Y una de las causas principales es que quienes usan las tecnologías tienen sus propias lógicas. El resultado es una especie de híbrido que combina capacidades técnicas y lógicas sociales de los usuarios (Sassen, 2006:5).

El hecho de que las personas usen las TIC para fines “no previstos” y de una forma “no prevista” o “indeseada” por los programadores e ingenieros informáticos, no implica necesariamente una subutilización de sus potencialidades sino la adecuación de las mismas a situaciones sociales, culturales y afectivas altamente significativas para diversos grupos e individuos antes de la llegada a sus vidas de estas tecnologías. Ya lo decía el genial De Certeau en los años ochenta refiriéndose a las artimañas de los consumidores para marcar sus propias trayectorias del deseo sobre los objetos en los templos racionalistas del consumo:

Productores desconocidos, poetas de sus asuntos, inventores de senderos en las junglas de la racionalidad funcionalista, los consumidores producen algo que tiene la forma de “trayectorias” [...] trazan “trayectorias indeterminadas”, aparentemente insensatas porque no son coherentes respecto al espacio construido, escrito y prefabricado en que se desplazan [...] Pese a tener como material los vocabularios de las lenguas recibidas (el de la televisión, el del periódico, el del supermercado o el de las disposiciones urbanísticas), pese a permanecer encuadrados por *sintaxis* prescritas (modos temporales de horarios, organizaciones paradigmáticas de lugares, etc.), estos atajos siguen siendo heterogéneos para los sistemas donde se infiltran y donde bosquejan las astucias de intereses y de deseos *diferentes* (De Certeau, 1996:41).

En ese sentido parece que las TIC, más que cambiarle la vida a las personas, sufren las consecuencias de los cambios que éstas realizan en sus “usos previstos”, para volverlas compatibles con sus trayectorias biográficas y sus sistemas de referencias socioculturales en el marco de la vida cotidiana. En nuestro entender, el factor de la

“inercia social” no es un fenómeno residual sino central en la comprensión del impacto de las TIC en la vida cotidiana. Los estudios incluidos en la red WIP,² que tienen por objetivo describir, analizar y comparar el acceso, el uso y la apropiación de Internet en 20 países de América, Asia y Europa, confirmaron que Internet no ha modificado sustancialmente la vida de las personas. En el caso de Chile, la red no parece alterar los vínculos sociales ya existentes, ni el nivel de compromiso y participación con los grupos de pertenencia religiosos, deportivos, comunitarios (Godoy, 2005). Asimismo, las TIC parecen reforzar ciertos usos sociales propios de la edad y de la actividad de las personas previos a la existencia de Internet o que se gestaron paralelamente en el mundo *off-line* (Welman, 2001).

De todos los contextos situacionales de consumo de Internet y el celular, hemos privilegiado el ámbito doméstico con sus extensiones virtuales. En el enfoque dado a este trabajo el ámbito doméstico y familiar es clave para comprender la apropiación de estas tecnologías. El hogar establece una mediación fundamental de carácter práctico, afectivo y simbólico en la apropiación de Internet y del teléfono celular. Constituye un entramado de rutinas domésticas y conexiones mediáticas, de vínculos familiares y redes virtuales, de cierres y aperturas *on line* y *off line*, de disputas y alianzas por el control de los “nuevos” y “viejos medios”, de encuentros y desencuentros en el espacio virtual y en el espacio real, de proyección hacia lo público y repliegue hacia lo íntimo, y de tensión entre proyectos individuales y tradiciones familiares: “Desde el punto de vista del uso de las TIC, la familia es por lo tanto un lugar de tensión entre prácticas individuales y colectivas, entre construcción de uno mismo y construcción del grupo” (Flichy, 2006:34).

El hogar sigue siendo central, real e imaginariamente, para organizar cotidianamente el rosario de certezas familiares. El hogar es el punto de partida y de retorno, incluso para aquellos que migraron, y en ese sentido el celular, que 99% de los migrantes poseen, contribuye imaginariamente a fortalecer la idea de que el océano o el desierto no se han interpuesto entre los amantes ni han quebrado la cohesión familiar.

Por último, el hogar también es un escenario clave para compren-

² WIP (World Internet Project). Proyecto internacional coordinado por el Center for the Digital Future de Estados Unidos, cuenta con veinte países afiliados en Europa, Asia y América. (Véase <http://www.digitalcenter.org>)

der el proceso de reorganización simbólica del poder que provocan los conflictos intra e intergeneracionales por la apropiación de las tecnologías de información y comunicación (TIC) en el seno de las familias. La bibliografía sobre las diferencias generacionales en los usos y apropiaciones de las TIC, ha privilegiado analizar el fenómeno en una perspectiva comparativa pero aislando la experiencia de una generación con respecto a la otra. Existen estudios que sirven para establecer comparaciones entre lo que unos y otros hacen con la red, o, más bien, entre lo “que unos pueden hacer” y lo que “otros no pueden hacer”, pero no se abordan estas diferencias en el marco de la relación cotidiana entre los padres y los hijos, entre los maestros y los alumnos, entre los jefes y sus empleados, entre los ciudadanos y el Estado, entre los que tienen acceso y los que no lo tienen. Ni tampoco son pensados como espacios de negociación y conflicto, que es donde dichas diferencias se construyen y se legitiman como propias de cada segmento social, cultural, de género, o generacional.

Muchas de las diferencias de género y generacionales que se le atribuyen al uso de las nuevas tecnologías, particularmente en el caso de Internet, en realidad se han venido gestando en las últimas décadas con la crisis de la familia tradicional, los procesos de desafiliación institucional y las transformaciones en el tipo de habilidades y competencias requeridas para la incorporación al mercado laboral. Lo que hicieron las nuevas tecnologías es poner en evidencia algunos de estos cambios en contextos de interacción y dependencia tecnológicos totalmente nuevos. No es la tecnología en sí misma la que marca los límites y los quiebres entre el mundo de los adultos y el de los jóvenes, sino el alcance y el sentido de la experiencia con la tecnología dentro de los confines del universo práctico y simbólico de cada generación.

En la perspectiva planteada, la estrategia metodológica no apuntó a inventariar sólo las prácticas de consumo, las modalidades de interacción, o las competencias y habilidades de los usuarios dentro y fuera del hogar, sino a tratar de entender desde el punto de vista simbólico qué aspectos de la cultura contemporánea habrían encontrado un nicho de sentido en el uso cotidiano y persistente de estas nuevas tecnologías, particularmente en el caso del teléfono celular a partir de reconstruir la experiencia de los sujetos.

Las preguntas sobre los significados de la experiencia de incorporación de las nuevas tecnologías en la vida cotidiana, nos remiten

necesariamente a la cuestión de los imaginarios y las representaciones sociales del grupo, ya que éstas intervienen directamente en la conformación del imaginario práctico y simbólico sobre las nuevas tecnologías. Dan Adaszko define el *imaginario tecnológico* como: “[...] el entramado de imágenes e ideas que el hombre se hace acerca de la tecnología y de su vínculo con ella; un conjunto de representaciones que conforma un determinado orden y da sentido a la relación del hombre con el resto de la sociedad y con el universo que lo rodea [...] el imaginario tecnológico conlleva una cosmovisión del mundo” (1999:61). En este enfoque asumimos que el uso de tecnologías como Internet o el celular no es la relación pragmática con un objeto, sino con el universo de representaciones culturales con las cuales esa tecnología se articula en la vida de las familias de diversa condición sociocultural:

Internet es un objeto que se apropia en un universo relacional donde otros objetos, espacios y prácticas lo “resignifican” [...] lo que ocurre con Internet está en relación tanto con el uso del objeto como con los significados con los cuales se representa. Usar Internet es a la vez una operación práctica e interpretativa (Cabrera Paz, 2001:42).

El punto de vista que hemos asumido para plantear el problema de las representaciones sobre las nuevas tecnologías y su probable inserción en los ámbitos locales, también nos obligó a replantearnos el estatus de lo local. Éste ya no puede ser pensado sólo vinculado al territorio y a la vida social y productiva de la comunidad, sino que es necesario concebirlo en relación con los flujos mediáticos y migratorios, no en el sentido de que el territorio desaparezca ni pierda su importancia sino en el sentido de cómo se reconstituye en el entretendido de las relaciones virtuales y cara a cara. En esta perspectiva, lo local se entiende como: “Algo primariamente relacional y contextual, en vez de algo espacial o una mera cuestión de escala [...] como una cualidad fenomenológica compleja, constituida por una serie de relaciones entre un sentido de la inmediatez social, las tecnologías de la interacción social y la relatividad de los contextos” (Appadurai, 2001:187).

En el enfoque metodológico asumido en nuestras investigaciones, la computadora, Internet y el celular fueron conceptualizados como *artefactos culturales* (Hine, 2004:43). Ello implicó reconstruir el sentido que tienen para sus usuarios privilegiando para su estudio el

tipo de apropiación práctica y simbólica que realizan en contextos y realidades socioculturales diferentes. “Es fundamental tratar las telecomunicaciones, y las comunicaciones mediadas por un ordenador como entramados de fenómenos *locales* y como redes globales. Bien sea entre rutinas locales cotidianas y concretas, o entre agendas diarias de ‘espectáculos de danzas’, Internet adquiere su forma entre los usuarios” (Shields, 1996:3).³

Cuando hablamos de apropiación nos referimos al conjunto de procesos socioculturales que intervienen en el uso, la socialización y la significación de las nuevas tecnologías en diversos grupos socioculturales. Si adecuamos la definición de Thompson (1998:66), que fue concebida originalmente para los mensajes mediáticos, podríamos compartir con él la idea de que apropiarse de una tecnología de información y comunicación consiste en tomar su contenido significativo y hacerlo propio. “Cuando nos apropiamos de un mensaje lo adaptamos a nuestras vidas y a los contextos en que vivimos, un proceso que algunas veces tiene lugar sin esfuerzo, y otras supone un esfuerzo consciente [...] Al interpretar las formas simbólicas, los individuos las incorporan dentro de su propia comprensión de sí mismos y de los otros. Las utilizan como vehículo para reflejarse a sí mismos y a los otros, como base para reflexionar sobre sí mismos, sobre los otros y sobre el mundo al cual pertenecen” (Thompson, 1998:66).

En nuestras investigaciones sobre Internet y el celular en la vida cotidiana, lo virtual alude a los vínculos que se sostienen en el ciberespacio (*on line*), y, lo real o presencial, a los contactos cara a cara en el espacio físico (*off line*). Sin embargo, no ignoramos la complejidad teórica y epistemológica que encierra la definición de estos términos. No es objeto de este libro dar cuenta de dicha complejidad en sus diversas vertientes filosófica, antropológica y sociológica, pero no podemos dejar de mencionar que la virtualidad en las relaciones humanas no se inició con Internet, ni tampoco obviar el hecho de que Internet no deja de ser una experiencia “real” en la medida que está producida por sujetos reales desde los espacios concretos de su vida cotidiana, y que tiene efectos tangibles en la vida social, política y económica de los individuos y grupos que la utilizan, y también entre aquellos que no tienen acceso. En cualquier caso, es conveniente

³ Citado por Cristine Hine en su texto *Etnografía virtual*, publicado por UOC, 2004, Barcelona, p. 43.

precisar un poco más el sentido de lo virtual y lo real en relación con nuestro objeto de estudio para no caer en una sobresimplificación de la utilización conceptual de los términos:

La realidad virtual ahora existe en un mundo “paralelo”, *on line*, una especie de universo hiper-posmoderno donde tiempo, espacio, geografía, identidades y cultura tienen otras dinámicas [...] Sin embargo la cuestión de la virtualidad es mucho más compleja y precede a la existencia de las nuevas tecnologías de comunicación y de reproducción de imágenes del siglo xx. La sensibilidad a la virtualidad apunta a algo más profundo que una moda pasajera provocada por una ola tecnotópica. Es una característica humana general, implicada en el uso del lenguaje, pues somos capaces de ser transportados simbólicamente hacia otros lugares, imaginar lo que no está aquí y, más aún, somos capaces de crear realidades a partir de estructuras que son puras abstracciones antes de volverse hechos empíricos (Lins Riveiro, 2003:179).

También asumimos que lo “real” y lo “virtual”, considerados en relación con la experiencia de la comunicación familiar, pone de manifiesto la dificultad de analizarlos como mundos paralelos en los cuales se está, o se deja de estar, mediante el procedimiento mediado por la tecnología de conectarse y desconectarse. Entre ambos mundos existe una multiplicidad de referencias materiales y simbólicas en la vida cotidiana y en los medios de comunicación que los imbrican más allá de que la computadora esté encendida o apagada:

no se puede decir que Internet se manifieste directamente como un espacio de flujos, ni que la conectividad trascienda toda forma de localidad [...] las múltiples especialidades coexisten, manteniendo su significado social según las competencias culturales de los usuarios. [...] A través de estos procesos, los eventos presenciales se logran representar en Internet con sentido, y las manifestaciones en la red se traducen al mundo físico, por ejemplo a través de los medios de comunicación (Hine, 2004:142-143).

Y tampoco podemos ignorar que la incorporación de cualquier medio o género nuevo de comunicación, siempre ha estado mediado por experiencias anteriores y, también, con otras tecnologías por los imaginarios sociales que establecen usos, sentidos y prescripciones sobre el uso de la tecnología aun antes de que su uso se generalice, como es el caso concreto de Internet:

Nuevos medios se construyen sobre los cimientos de los viejos. No surgen plenamente desarrollados o perfectamente formados. Nunca resulta claro, tampoco, cómo se institucionalizarán y utilizarán y, menos aún, qué consecuencias tendrán para la vida social, económica o política. Las certidumbres de una tecno-lógica [...] no producen su equivalente en los reinos de la experiencia (Silverstone, 2004:43).

Con el objetivo de mostrar diversas experiencias de incorporación, socialización y apropiación de las nuevas tecnologías de información y comunicación entre la gente común y corriente, el libro presenta siete capítulos y un Epílogo. Cada uno de los capítulos desarrollará un caso significativo de apropiación situada de la computadora, la Internet y el teléfono celular entre diferentes actores sociales y en diversos ámbitos de la vida cotidiana seleccionados de investigaciones realizadas desde una perspectiva socio-antropológica entre los años 2003 y 2007. Aunque todos los capítulos se inscriben desde el punto de vista teórico en la propuesta de análisis y reflexión incluida en la presente introducción, pueden ser leídos por separado sin que esto afecte su comprensión.

CAPÍTULO I. LA CONEXIÓN, DISPOSITIVO SIMBÓLICO PARA CONTROLAR LA INCERTIDUMBRE

Este capítulo argumenta que en condiciones sociales de amenaza o de privación, reales o imaginarias, las familias tienen dificultades para elaborar el duelo de la separación de sus miembros. En la mañana temprano toda la familia se desplaza a su trabajo o a otras actividades, en muchos casos también la madre que se ha incorporado plenamente al mercado laboral. La única certeza cotidiana es el momento de salir de la casa, pero de ahí en adelante, real y fantasmagóricamente, cualquier cosa puede ocurrir. El tráfico, la inseguridad que se ha instalado como una sombra siempre acechando nuestros pasos, y el aumento de los tiempos requeridos para trasladarse, provocan una sensación de desamparo e incertidumbre. El teléfono móvil es clave para mantener la cohesión imaginaria de estos espacios familiares seguros donde habitan nuestras certezas, cuando nos cubre bajo el manto protector de estar siempre comunicados con “los nuestros”. En la mayoría de las ocasiones no lo usamos para ampliar nuestras

redes de conocidos o entablar nuevas relaciones, como sucede con Internet, sino para no perder el contacto con los nuestros, un circuito de afectos y reconocimientos mutuos que excluye a los *otros*.

CAPÍTULO II. LA CONEXIÓN, ESPACIO DE VIDA ENTRE LOS JÓVENES

Este capítulo aborda la relación de los jóvenes con las TIC, como un ámbito de experiencias que radicalizan el sentido vital que ha adquirido en su vida el hecho de estar comunicados con *todos*, a *todas* horas y en *todos* los lugares. La manera como los jóvenes han incorporado Internet y el celular en sus vidas, con entradas y salidas simultáneas entre los ámbitos *off line* y *on line*, nos habla de que la participación en ambos mundos se integra en la experiencia cotidiana del *hoy*, en el tránsito permanente entre el adentro y el afuera de la casa, en las diversas formas de ser y habitar en las ciudades, y en distintos ámbitos públicos y privados, cuya localización no se ubica necesariamente dentro y fuera del hogar. La intensa experiencia de socialización digital no sustituye al mundo “palpable” sino que cabalga sobre el mismo. No dejan de estar conectados a la red, aunque hayan interrumpido la conexión física, y no dejan de estar conectados con el mundo real, aunque estén físicamente conectados a la red.

Este capítulo también desarrolla la idea de que Internet y el móvil constituyen una plataforma simbólica compensatoria y sustitutiva de la falta de poder real de los jóvenes en la vida cotidiana. Frente a las dificultades de inclusión que les plantean la mayoría de las instituciones tradicionales, particularmente las que se relacionan con la formación, el empleo y el acceso al poder, los jóvenes generan estrategias flexibles y móviles de inclusión en los escasos márgenes que les brindan los circuitos formales, pero fundamentalmente en los circuitos informales que generan ellos mismos, donde Internet se ha vuelto un espacio privilegiado.

CAPÍTULO III. LA CONEXIÓN, LUGAR DE VISIBILIDAD Y TRASCENDENCIA SOCIAL

La creciente importancia de Internet en la vida personal y social de los jóvenes, está transformando los modos tradicionales de socialización y participación, pero no necesariamente en la dirección de desaparecer o de ser remplazados, sino en la ampliación de sus posibilidades o en la modificación de sus sentidos. Uno de ellos es que la red ha transformado el sentimiento de soledad y de aislamiento que correspondía a la mitología de la isla de Robinson Crusoe. Siguen teniendo mucho miedo a la soledad, como lo señalaron la mayoría de nuestros jóvenes entrevistados, pero el que está aislado y marginado ya no es necesariamente el que no tiene gente a su alrededor sino el que está desconectado. La clave que explica lo trascendente que se ha vuelto estar visible, radica en lo amenazadora que resulta la invisibilidad. En términos de visibilidad social lo que no puede ser visto en los medios o subido a la red *no existe*, y eso lo saben muy bien los movimientos sociales y políticos, las minorías étnicas y sexuales, los grupos musicales y por supuesto los jóvenes.

Las comunidades virtuales, las redes sociales *on line* y el celular, se han legitimado, como nuevas formas de inclusión social. En el fondo se trata de una batalla por forjar una identidad cuyo signo más distintivo es garantizar la inclusión y el reconocimiento en el mundo de sus vínculos sociales. El temor a ser excluido no es un rasgo distintivo de los jóvenes, todos los seres humanos desde Adán y Eva compartimos el temor de ser expulsados del paraíso, pero en el caso de los jóvenes “ser, o no ser parte de algo” y ser aceptado o repudiado por “formar, o no formar parte de ese algo” es una marca fundamental en el proceso de construcción de la identidad tanto *on line* como *off line*.

CAPÍTULO IV. LA CONEXIÓN, ÁMBITO DE CONSUELO Y MANIPULACIÓN DE LA BIOGRAFÍA

Internet y el teléfono celular son una poderosa fuente de consuelo disponible, permanente e instantánea, para aliviar el sufrimiento social y personal que provocan las enfermedades físicas, los padeci-

mientos psíquicos, las adicciones, la estigmatización, la amenaza de disolución familiar y el riesgo de fragmentación biográfica. Necesitamos consuelo porque las fuentes que tradicionalmente nos brindaban certidumbres están erosionadas real e imaginariamente. El vínculo social que permitía integrar nuestras biografías en un imaginario colectivo e histórico de pertenencia se ha fragmentado y debilitado. Los relatos que tradicionalmente organizaban el sentimiento de pertenencia a comunidades imaginarias como la nación, la patria, o el ser nacional, han menguado su capacidad de cohesión frente a los embates de la globalización. Lo mismo sucede con las instituciones tradicionales como la familia, la escuela, la colonia, el trabajo, el sindicato y los partidos políticos, que ya no son lugares evidentes de integración e identificación. Internet y el teléfono celular nos brindan la posibilidad de recrear y nombrar permanentemente los vínculos familiares, creando realidades paralelas donde se multiplican los escenarios que nos confirman una y otra vez que existimos y que los otros existen para aliviar el sinsentido que nos provoca la incertidumbre. En esos escenarios virtuales la identidad y el cuerpo pueden ser objeto de recomposición, y la biografía, amenazada de fragmentación y del *sin sentido* (Lechner, 2002:55) puede recuperar o rehacer su sentido individual y social.

CAPÍTULO V. LA CONEXIÓN, ESTRATEGIA DE COHESIÓN FAMILIAR Y AFIRMACIÓN DE LO LOCAL

En este capítulo se sostiene la idea de que Internet y el móvil han sido incorporados en el hogar porque sirven fundamentalmente para sostener y reforzar el ámbito de lo local y la comunicación en el ámbito familiar extenso. Cuando las parejas, o los padres e hijos se encuentran separados, en ocasiones en la misma ciudad, la utilización del teléfono celular, del correo electrónico, del *Messenger*, de *Skype*, la *webcam* y otros recursos informáticos, recrean un hogar desterritorializado, que no obstante está fincado en espacios físicos concretos, conocidos e íntimos. A pesar de las diferencias de horario y los miles de kilómetros que los separan, comparten las rutinas e intimidades hogareñas de un lado y del otro. El espacio para encontrarse no es el inmenso océano informático atemporal y deslocalizado, sino el espa-

cio conocido y acotado de la casa, la mesa, la recámara o la sala que compartieron en muchas ocasiones cara a cara.

Los escenarios donde se desarrolla la comunicación familiar han trascendido con mucho a los espacios domésticos y fijos enclavados en lo local. Ahora se produce en lugares cambiantes, en movimiento y rompe con todas las definiciones de carácter formal que establecían los límites de lo que era un acto privado, familiar, o íntimo, respecto a uno público, laboral, escolar o institucional. No obstante, el centro regulador y gravitacional de estas “privacidades nomádicas” (Aguado y Martínez, 2006) que se ejercen en el espacio público, sigue siendo el hogar sedentario, y todavía, en muchos casos, bajo el cobijo de la madre.

CAPÍTULO VI. LA CONEXIÓN, TERRITORIO DE MEDIACIÓN Y CONFLICTO GENERACIONAL

Este capítulo explica cómo la incorporación de Internet y el teléfono celular en el hogar han inaugurado una nueva clase de alteridad que se expresa generacionalmente. Las habilidades informáticas de los hijos *versus* las dificultades de los padres, están generando nuevas formas de extrañamiento en la vida familiar. En la mayoría de los casos la iniciación de los adultos mayores de 40 años en Internet fue propiciada por los hijos, a quienes recurren permanentemente para solicitar ayuda y “paciencia”. Este fenómeno de inversión de la autoridad, que también es habitual en las escuelas, provoca situaciones inéditas de tensión y reorganización simbólica del poder en la familia, que no sólo afecta el lugar del conocimiento sino también los códigos morales y normativos que regulaban la comunicación doméstica. Los padres al mismo tiempo que reconocen sus ventajas, se sienten inseguros y amenazados, porque a sus ojos Internet y el teléfono celular aparecen como mundos autorreferentes que no necesitan de su intervención para adquirir significados para los jóvenes. No sólo que ya no pueden calibrar ni controlar la calidad y la cantidad de lo que ven sus hijos, sino fundamentalmente no pueden inculcar ni dominar el sentido de la experiencia. Internet y el móvil también introducen “extraños” en el hogar que escapan al control de los padres, estos extraños (conocidos o desconocidos) que están

en la red con sus hijos en espacios y tiempos inaccesibles, provocan celos y fantasías de exclusión.

CAPÍTULO VII: LA CONEXIÓN, RECURSO DE INCLUSIÓN SOCIAL ENTRE LOS POBRES

En realidades sociales como la de México, marcadas por la desigualdad, la pobreza y profundas diferencias socioculturales, establecer cuál es la forma de apropiar y usar las nuevas tecnologías de comunicación, pasa no sólo por la preocupación acerca del acceso, sino también por el reconocimiento de “racionalidades culturales” no convencionales (Cabrera Paz, 2001:42). En este contexto de reflexión, el capítulo aborda el problema de las condiciones en las que se realizan los procesos de apropiación socioculturales a partir de las representaciones que tienen los sectores populares acerca del uso y las posibilidades de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, y de cómo estas representaciones inciden en la reorganización del espacio doméstico, las prioridades de consumo y las estrategias de inclusión social.

Entre los pobres, la representación social sobre los usos y posibilidades de la computadora se construye fundamentalmente sobre la base de la experiencia social de la desigualdad en el acceso a otros bienes culturales, donde muchas otras formas de “no tener acceso” contribuyen a configurar el sentido primordial de esta nueva forma de no tener acceso. Las familias de sectores populares están incorporando las nuevas tecnologías de comunicación e información con el objetivo de evitar la exclusión de sus hijos del circuito educativo y aumentar sus posibilidades competitivas en el mercado laboral. Los padres, por lo general, no muestran mucho interés en aprender ni las consideran socialmente relevantes en términos de su mundo cultural, social o laboral. La decisión de generar una estrategia de ahorro o endeudamiento para adquirir, primero una computadora y luego una conexión a Internet, se relaciona casi exclusivamente con la expectativa de que estas tecnologías apoyen la aspiración de movilidad social depositada en los hijos, que sigue pasando principalmente por el ingreso a la universidad.

CAPÍTULO I. LA CONEXIÓN, DISPOSITIVO SIMBÓLICO PARA CONTROLAR LA INCERTIDUMBRE¹

En estos momentos la mitad de la humanidad tiene un teléfono móvil,² y de la mitad restante muchos aspiran a poseerlo para poder comunicarse con los suyos que migraron al otro lado del océano,³ o simplemente con los que viven a diez cuadras a la redonda. Esta aspiración, trasciende la pertenencia de clase, la inclinación sexual, las diferencias de género y generacionales, el grupo étnico o el capital cultural. La pregunta de rigor que se nos plantea es: ¿qué fue lo que lo volvió tan necesario e imprescindible?⁴

En el cine anterior a los noventa era muy habitual ver a los protagonistas con un cigarrillo en los dedos o en los labios en las situaciones de espera, de placer, de nerviosismo, de tristeza, de terror, de

nostalgia, de transgresión, de furia, de incertidumbre, de tensión, de antesala o de seducción. A partir de los noventa, lo que portan los personajes con mayor compulsión y adicción es un teléfono móvil. Como dice el escritor Javier Marías: “Alguien debería poder explicar por qué provocan tanta adicción como el denostado tabaco, y mucha más incontinencia” (2006:106).

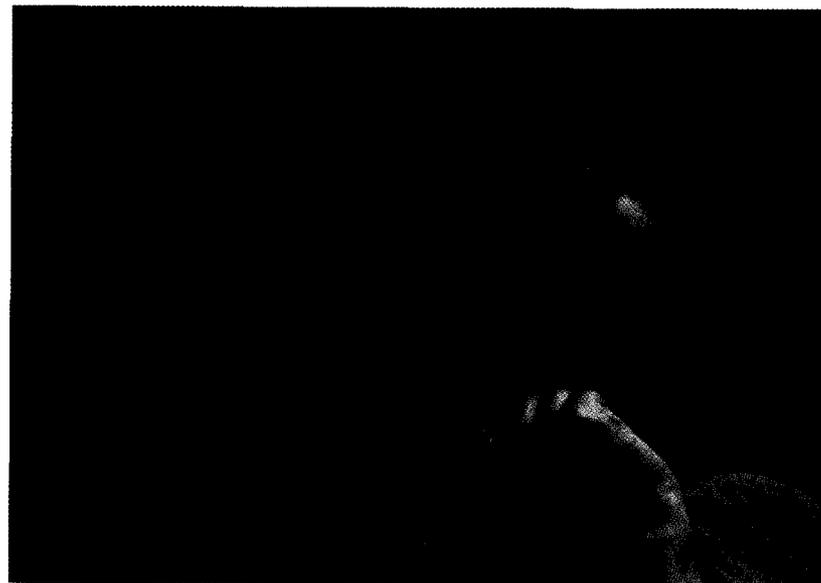
Es probable que las campañas antitabaquismo, cada vez más agresivas y estigmatizadoras del fumador hayan hecho lo suyo, pero el remplazo del cigarro por el móvil no representa una simple sustitución de un ansiolítico nocivo para la salud por otro —que al menos no produce cáncer—, sino que comporta una alta carga simbólica que es preciso desentrañar. Y esto nos lleva a preguntar: ¿Por qué se ha vuelto tan perentorio, indispensable y trascendente, estar comunicados a todas horas y en todos los lugares?, ¿qué terrores, fantasmas, ansiedades y dilemas no resueltos —individuales y colectivos— estamos depositando en esos pequeños aparatos, que clonan nuestras voces, amplían nuestros sentidos, extienden nuestros cuerpos y siempre llevamos empuñados en las manos?, ¿qué fragmentos dispersos de sentido en nuestra vida cotidiana están completando o anudando?, ¿qué espacios vulnerables de nuestra fisonomía están deificando?, ¿qué fantasmas de la otredad es-

¹ Este capítulo es una versión ampliada y modificada del artículo del mismo nombre que publicó la revista electrónica *Alambre*, dirigida por Anibal Ford, en su primer número de marzo de 2008.

² Datos proporcionados por la UIT de diciembre de 2008, indicaban que en estos momentos 3 300 millones de personas tienen acceso a un móvil, lo cual significa que 50% de la humanidad está conectado de alguna forma a través de un celular. Fuente: Unión Internacional de Telecomunicaciones (UIT).

³ En África muchas aldeas se comunican con sus parientes que migraron a Europa a través de un solo aparato.

⁴ Se entrevistó a los miembros de 20 familias de la ciudad de México de diferente composición doméstica. En el caso del celular las familias fueron seleccionadas atendiendo al criterio fundamental de que todos sus miembros tuvieran un celular y lo utilizaran habitualmente para comunicarse. Esta decisión se tomó en virtud de que las variables socioeconómicas clásicas no constituyen categorías relevantes para explicar el fenómeno en estudio a partir de los interrogantes que orientaron la investigación: ¿Por qué se ha vuelto tan perentorio, indispensable y trascendente, estar comunicados a todas horas y en todos los lugares?, ¿qué fue lo que volvió al celular tan necesario e imprescindible? La entrevista estaba organizada en bloques temáticos dirigidos a los distintos miembros de la familia, donde se recababan sus motivaciones para usar el celular y se les preguntaba por las motivaciones de los otros integrantes de la familia. También se les preguntaba en tercera persona en abstracto. Por ejemplo, ¿por qué crees que algunas personas no quieren usar celular? Era una entrevista muy centrada en indagar la fuente de sus certezas e inseguridades, de sus temores existenciales y cotidianos, y explorar en qué medida la posibilidad imaginaria de neutralizar o exorcizar estos temores se asociaba con el uso del celular.



tán cubriendo bajo el manto protector que nos brinda el hecho de estar siempre comunicados con los nuestros?; ¿qué bálsamo de certidumbres domésticas nos proveen en cada repiqueteo cuando suenan en la desesperación del tráfico, la circularidad de la fila, la impotencia frente a la ventanilla, o el anonimato de nuestros gestos y palabras en la muchedumbre?; ¿qué cordón umbilical restablecen entre los que se quedan en casa y los que transitan en las selvas citadinas?; ¿qué actos rituales están inaugurando o reforzando en las nuevas y viejas tribus urbanas?

Suele mencionarse al reloj como analogía del celular para marcar su carácter de imprescindible, pero en el caso del celular lo que portamos es algo mucho más significativo que la personalización del tiempo en espacios deslocalizados. Cuando alguien deja olvidado su reloj en casa se queja de que “ha perdido la noción del tiempo”, pero cuando alguien deja olvidado su celular lo que siente es:

Ando por la vida histérica. ¡Ando sin teléfono! ¡Estoy desesperada! [...] ¡Vivo del celular! (Elizabeth, 27 años, odontóloga).

Se me va la vida, tengo que regresar por él (Claudia, 25 años, empleada en SKY).

Me siento desprotegida (Guadalupe, 51 años, directora de escuela secundaria).

¡Ay!, siento como si no tuviera nada [...] aparte de que me sirve para la hora siento como si me faltara algo, yo creo que ya se ha vuelto muy esencial el celular (Eric, 24 años, empleado en una vinatería).

No puedo salir de casa sin el celular, me siento como si estuviera desnuda, es extraña la manera en que ese pequeño aparato se volvió imprescindible para mi vida diaria (Martha, 49 años, psicóloga, directora de primaria).

En enero de 2009 salió una noticia en el portal de *Yahoo* que narraba la lamentable experiencia de un joven de 26 años en el baño de un tren que viajaba de la Rochelle a París. Al tratar de rescatar su celular, que se cayó accidentalmente, se le quedó atrapado el brazo en el excusado. Fue necesario que el tren se detuviera, y que los bomberos se lo llevaran a un hospital de urgencias con todo y excusado atorado en su brazo. ¿Alguien puede imaginarse un acto semejante de arrojo en un inodoro público para otra cosa que no sea recuperar

un celular o una valiosa joya herencia de nuestra tatarabuela? La noticia del desafortunado pasajero y el testimonio de nuestros entrevistados, nos hablan claramente de que la relación adictiva con el celular no puede explicarse únicamente como un efecto nocivo de las nuevas tecnologías de comunicación en nuestras vidas.

Las ofertas tecnológicas en su multiplicación exponencial, ofertan a las pulsiones amplias y fuertes fantasías de realización. A la mayoría de los seres humanos los domina impetuosamente la voracidad, el mirar disecante, la escucha de lo que se les rehúye. En los labios se sostienen el cigarillo, el porro, el paco, el mate, las bebidas alcohólicas y azucaradas. En los dientes, la masticación devoradora, siempre excesiva o inhibida. La nariz aspira la cocaína. Como puede relatar cualquier habitante de barrio, pueblo chico, casita de villa o edificio de departamentos, la mirada y el oído curiosamente rasgan de los prójimos y de los otros en general. A todas esas pulsiones les dan nuevo alimento las nuevas tecnologías. El sobrepeso de su consumo es así resultado de cómo se articulan con la red pulsional que, a la vez que nos energiza, nos esclaviza (Rodríguez, 2007).

No es sólo un síndrome de abstinencia digital lo que sufren sus poseedores cuando lo pierden o lo olvidan, sino un trauma de separación, una angustia de desconexión, y una amenaza de exclusión. Giddens (2000) nos ofrece una explicación interesante, donde la adicción a las nuevas tecnologías podría actuar, al igual que en el caso de otras adicciones, como un recurso de sustitución para afrontar la orfandad en la que nos deja el quiebre de las certezas que nos proveían los grandes relatos colectivos que le daban sentido a nuestras biografías individuales y que también encarnaban en el pasado familiar. La adicción, en ese sentido, nos dice Giddens, es sintomática de la “autonomía congelada”, entendida como la dificultad de ejercer los márgenes de autonomía que nos habilitó la modernidad para independizarnos de la tradición, y asumir la cuota de riesgo e incertidumbre que lleva implícita como una impronta cultural.

Una sociedad que vive al otro lado de la naturaleza y de la tradición [...] exige tomar decisiones, tanto en la vida cotidiana como en el resto de las esferas. El lado oscuro de eso es el aumento de las adicciones y compulsiones [...] Como la tradición, la adicción tiene que ver con la influencia del pasado sobre el presente; y como en el caso de la tradición, la repetición tiene un papel crucial. El pasado en cuestión es más bien individual que colectivo, y la repetición está impulsada por la ansiedad. Veo la adicción como auto-

nomía congelada. Todo contexto de destradicionalización ofrece una mayor libertad de acción de la que existía antes. Hablamos aquí de emancipación humana de las ataduras del pasado. La adicción entra en juego cuando la elección, que debiera estar impulsada por la autonomía, es trastocada por la ansiedad. En la tradición el pasado estructura el presente a través de creencias y sentimientos colectivos compartidos. El adicto también es siervo del pasado, pero porque no puede romper con lo que al principio eran hábitos de vida libremente escogidos (2000:59).

DISPOSITIVO IMAGINARIO PARA MANTENER BAJO CONTROL LA INCERTIDUMBRE

La vida cotidiana está hecha de certezas e incertidumbres, de seguridades y amenazas, que se mueven por igual en un plano real e imaginario. Las primeras provienen de la familia tradicional o “reinventada” (Beck-Gernsheim, 2003), del hogar físico con sus extensiones virtuales, del consumo rutinario de los medios, y de los trayectos y espacios cotidianos vinculados con el trabajo y el esparcimiento. Paradójicamente, las incertidumbres provienen de los mismos ámbitos donde se constituyen las certezas. Las provocan los procesos de transformación que sufre la familia tradicional, la dispersión y mudanza de sus miembros, la erosión de la autoridad parental, la deslocalización del ámbito doméstico, la amenaza de perder el empleo o de no conseguir empleo, el deterioro de la calidad de vida, y las imágenes que proyectan los medios sobre lo que está fuera de nuestro control: el narcotráfico, el terrorismo, la degradación del medio ambiente, las catástrofes naturales, las guerras fratricidas, la amenaza nuclear y el calentamiento global. Particularmente estas últimas, como refiere Beck (1998), instalan en todas las sociedades “el poder invisible de los riesgos” como una amenaza que atraviesa en mayor o menor medida a todos los grupos sociales:

Las certezas de las sociedades de clases son las certezas de la cultura de la visibilidad: el hambre contrasta con la saciedad, los palacios con las barracas, la pompa con los harapos. Estas evidencias de lo palpable ya no valen en las sociedades del riesgo. Lo visible queda a la sombra de las amenazas invisibles. Lo que se sustrae a la perceptibilidad ya no coincide con lo irreal, incluso puede poseer un grado superior de realidad amenazante (1998:51).

En este panorama de incertidumbre donde el pasado no puede asegurar el futuro, el hoy del día a día, se vuelve omnipresente. De ahí la ansiedad por amarrar el presente, única cosa que sentimos que puede ser controlada actualizando, nombrando y recreando permanentemente los vínculos afectivos, porque si dejamos de hacerlo tememos que se diluyan o corran grave riesgo de perderse. En la vida cotidiana la incertidumbre se expresa como una conciencia “implícita” de los peligros que sufrimos, que los medios de comunicación se encargan de actualizar permanentemente. La mayoría de nuestros entrevistados cuando se les preguntó cuáles eran las cosas que los hacían sentir más seguros en la vida, contestaron que la familia y la pareja:

Ves la televisión y te enteras de cada cosa, entonces miras al lado y la gente que quieres está bien. Eso me hace sentir bien, segura (Alejandra, 20 años, estudiante de enfermería).

El teléfono móvil es clave para mantener la cohesión imaginaria de estos espacios familiares seguros donde habitan nuestras certezas, cuando nos cubre bajo el manto protector de estar siempre comunicados con “los nuestros”. En la mayoría de las ocasiones no lo usamos para ampliar nuestras redes de conocidos o entablar nuevas relaciones, como sucede con Internet, sino para no perder el contacto con los nuestros, un circuito de afectos y reconocimientos mutuos que excluye a los otros:

El celular hace lo que antes no podías, comunicarte con la persona que está en la calle, fuera de casa o de la oficina [...] se ha vuelto una necesidad más que un lujo, ya no es una ventaja o una desventaja el tenerlo o no tenerlo, es más bien cuestión de cuánto necesitas estar comunicado con las personas que te rodean... (Guadalupe, 51 años, psicóloga, directora de secundaria).

Como bien lo expresa Silverstone, los medios actúan cada vez más “como profilácticamente sociales, por cuanto se han convertido en sustitutos de las incertidumbres habituales en la interacción cotidiana, al generar incesante e insidiosamente los ‘como si’ de la vida diaria y crear cada vez más defensas contra las intrusiones de lo inaceptable o lo inmanejable” (Silverstone, 2004:17).

En otro sentido convergente con el anterior, también podríamos pensar al celular como un artefacto que nos permite exorcizar a los

fantasmas de la otredad. La otredad la constituyen todos aquellos que amenazan real e imaginariamente nuestras certezas, y ésta a menudo se disfraza de inmigrante, delincuente, chavo banda, indígena, o nuevas tecnologías, porque ellos encarnan todo lo que tememos: quedarnos sin casa o trabajo, vivir lejos de nuestras familias, perder los afectos, sufrir el desarraigo, quedar excluidos del universo digital o extraviar la brújula de nuestras frágiles identidades.

El otro distante, “el invasor absoluto, que engendra más temor que el vecino que agrede” (Dubey, 1995:60), se ha desmarcado de sus nichos habituales en las narrativas mediáticas para transitar de la categoría del “buen salvaje” que nos proyectaba Discovery Channel en sus programas sobre culturas exóticas, al peligroso inmigrante de la nota roja. Éste dejó de ser el buen salvaje desde que abandonó los confines de su mundo de danzas rituales y conjuros mágicos y se convirtió en un mal salvaje, incivilizado en nuestras sociedades occidentales. Aunque en Estados Unidos y Europa son una realidad concreta, lo que los vuelve amenazadores no es su presencia en las calles, sino su inquietante visita en nuestra salita de ver la televisión.

Los medios de comunicación no hacen más que confirmar lo que imaginamos y damos por cierto acerca de las motivaciones y comportamientos de estos inmigrantes o marginales que atiborran nuestras ciudades, o a la inversa, en un juego de espejismos, ratificamos lo que dicen los medios porque, cual profecía autocumplida, siempre sabemos de alguien, hermano de la novia de mi amigo, que vio o escuchó, que un extranjero, es decir un delincuente, mal salvaje, le robó el móvil, el *iPod* o la billetera, al primo de la cuñada del vecino de enfrente.

En estas condiciones de desasosiego provocadas por los otros, el celular constituye un bálsamo tranquilizador que nos permite amarrear a los nuestros en tribus de pertenencia constituidas en redes de familias, amigos, empleados, compañeros de trabajo, clientes, alumnos o pacientes, y también, un mecanismo de afirmación de la identidad individual, familiar y grupal a través de las conversaciones, referencias y complicidades que sólo hacen sentido entre los miembros de cada tribu. Tal vez eso explique lo que nuestros entrevistados denominan la necesidad “de hablar por hablar, nomás” a todas horas y en todos los lugares con los más cercanos, y, la indiferencia que provocan en los “otros” esas conversaciones ajenas:

Yo creo que todos oímos esa conversación indirectamente, sin querer uno la oye, pero la oyes un segundo o dos y sigues con tu tema con la persona o con tus cosas (Éric, 23 años, empleado en una vinatería).

OBJETO TRANSICIONAL PARA ALIVIAR LA SEPARACIÓN DE LOS NUESTROS

Cuando los hijos y los padres están fuera de la casa, el modo más habitual de comunicarse es a través del teléfono celular. Antes también lo era el teléfono, pero lo que ha cambiado es el sentido de la comunicación y de la disponibilidad. La ansiedad de “no estar localizable” o la necesidad de “estar permanentemente localizable” no se relaciona tanto con la compulsión por privatizar, interrumpir o invadir el espacio público —como sostiene mucha de la bibliografía y el sentido común—, sino con la necesidad de extender el anclaje doméstico y familiar en el espacio público como una forma de contrarrestar la incertidumbre, y de llevar consigo las certezas.

No obstante esta comunicación tiene sentidos distintos para los padres y para los hijos. Los padres necesitan establecer una “correa digital” (Ling, 2002), con el objeto de que sus hijos estén disponibles y visibles para calmar la ansiedad *del afuera* que no pueden controlar desde *el adentro*. Y los hijos, aunque reconocen esta necesidad de los padres, y en muchos casos les sirve para ampliar las concesiones de horarios o cambiar los acuerdos preestablecidos, necesitan, por una parte, marcar distancia de sus padres, y por otra, estar disponibles y visibles en un entramado virtual que conecta a través del teléfono móvil, Internet y el *iPod*, sus propias redes de pertenencia que transitan del mundo *off line* al *on line*:

Con los amigos está el rollo de qué haces, o cómo te va, que si te quedas de ver [...] Cuando son compañeros de la escuela de las tareas o de algún trabajo que tengas. A veces nada más por simple gusto de que andas solito y pues le marcas a alguien [...] Con mi familia que si vas bien, que si llegas tarde, o para regañarte porque no aviso que llego tarde [...] Mi mamá a veces me habla y me desespera porque me dice las cosas como si no fuera a llegar a la casa (Alejandra, estudiante de enfermería, 20 años).

La tensión entre la necesidad paradójica de aumentar el grado de autonomía, y al mismo tiempo no perder las certezas que brinda la red de protección familiar, se expresa en una especie de “pacto de

simulación" (Fortunati y Manganelli, 2002) que se instituye a través del celular, donde los padres simulan tener el control de sus hijos sin conseguirlo del todo, y los hijos simulan la independencia de los padres sin lograrlo del todo. Este pacto de simulación, que también constituye una condición de inclusión y visibilidad dentro de la red de pertenencia, le exige a sus miembros estar siempre conectados, disponibles y localizables. Hay varias frases que se han popularizado cuando se inicia la comunicación con el celular y que son altamente significativas: ¿Dónde estás?, ¿por qué no respondías el celular? o ¿por qué lo traías apagado? Salvo que se tenga una buena excusa y que además sea creíble, ¿quién se puede dar el lujo de apagar el celular y no ser sospechoso de infiel, desconsiderado con la angustia de los suyos, o de estar ocultando algo? La renuncia a estar visible también puede ser interpretada en clave de alarma: sufrió un accidente, fue víctima de la delincuencia, o simplemente está deprimido:

Apenas lo apagas ya toda la banda se histeriza [sic] "¿dónde está? ¡Lo asaltaron! ¡Se le cayó! ¡Ya lo perdió! Entonces creo que más bien te esclaviza (Claudia, 25 años, empleada en SKY).

La visibilidad es la condición de la existencia, de la integridad física y mental, y de la lealtad a la familia, a la empresa o al grupo de amigos. A diferencia de Internet, que fue definido por la mayoría de los entrevistados como un espacio público, abierto, de información, que posibilita relacionarse o coquetear con desconocidos o conocidos, salir y entrar cuantas veces se lo desee sin sufrir condena, sanciones, marginación, el móvil siempre fue señalado como un ámbito de redes privadas, personales y locales. Difícilmente alguien puede integrarse a una lista de contactos del móvil de otra persona si no fue presentado, derivado, autorizado o recomendado.

En el mismo sentido, en la red las personas pueden mantener una relación de mayor independencia o prescindencia con los canales que brinda el correo electrónico, el *Messenger*, las comunidades virtuales o el *Skype*. Se tolera que alguien no conteste enseguida o simplemente no conteste, que decida entrar y salir de una comunidad, que se desconecte de un juego *on line* para conectarse más tarde, o que juegue a ser otro. Pero estas licencias no están autorizadas para el teléfono celular. "Mientras los posmodernos celebran la movilidad y el nomadismo, la desterritorialización y la facilidad con que nos

comunicamos, en verdad no todos pueden escapar a la exigencia de disponibilidad constante" (García Canclini, 2007:60). Una vez que se es iniciado en la comunidad de los que ya son responsables de poder sostener la red de pertenencia y protección familiar –cosa que generalmente hacen los padres a través del ritual de regalar un celular a los hijos o a sus padres mayores para Navidad o el cumpleaños–, difícilmente se puede escapar sin sufrir severas sanciones. Una de mis informantes me relató cómo su madre le dejó de hablar por dos meses cuando después de perder su celular se negó a comprar uno nuevo:

Al perder el celular mi madre me ofreció dinero para que comprara uno nuevo y me negué [...] Era ya una decisión tomada, así que en medio de una comida de domingo tuve que comunicar con la seriedad debida, como cuando avisé que me retiraba formalmente de la iglesia católica, que no volvería a comprar un celular, que no me insistieran más en ello, que no quería que nadie me regalara uno y que simplemente ya no quería un celular y punto [...] El resto de la comida no volvimos a hablarnos [...] Los días pasaron y ella seguía sin hablarme [...] Cuando avisé mi salida de la iglesia ni siquiera se enojó conmigo, y no es que ella aprobara esa decisión [...] pero lo del celular fue para ella un definitivo exceso, no tenía que ver con mis ideas de joven rebelde, tenía que ver con cortar el vínculo que ya habíamos establecido sin palabras; como si el celular fuera el cordón umbilical moderno y yo lo había cortado [...] (Gabriela, 26 años, empleada en una tienda de arte).

La metáfora que utiliza nuestra entrevistada para definir el tipo de relación que su madre quiere reinstalar a través del celular: "el cordón umbilical moderno", nos parece altamente significativa para explicar el fenómeno de la codependencia. A lo largo de nuestra vida existen diversos rituales como el bautizo, la fiesta de los 15 años, recibir las llaves de la casa, obtener la credencial para votar a los 18 años, la ceremonia de graduación, el casamiento, etc., para marcar el pasaje de etapas de mayor dependencia e inmadurez a otras de mayor autonomía y madurez, pero el celular ha inaugurado un ritual de regresión a la seguridad del vientre materno.

Una psicoanalista entrevistada se quejaba de cómo los pacientes no podían desconectar su celular antes de entrar a la sesión: "Éste es un espacio donde simbólicamente se deja a los otros reales afuera para poder procesar la relación con ellos en un plano imaginario, pero si estos otros están permanentemente interrumpiendo se pierde la necesaria distancia analítica" (Graciela, 59 años, psicoanalista). Otro psicoanalista comentaba del caso de un paciente (Federico, 58 años), que por el contrario,

no podía tolerar que el espacio de análisis se redujera a las dos o tres horas semanales pactadas, y le enviaba mensajes todo el tiempo a su celular tratando de ampliar los límites de la relación instalándolo dentro de sus redes cotidianas.

Otros que se han visto beneficiados y también castigados, cuando son descubiertos, por las bondades del celular son los amantes. Los amantes junto con los adolescentes hacen un uso intensivo y extensivo de todos los recursos de Internet y del celular a su alcance. Se envían correos y SMS, chatean y hablan, a veces pasando de una aplicación a otra sin transición, sin esperar la respuesta del otro. Al punto que hay amantes que poseen un número de celular exclusivo para comunicarse entre ellos. Los amores clandestinos, signados por la privación del otro, son una permanente fuente de ansiedad. Toda comunicación parece escasa y mezquina, todo contacto resulta efímero y volátil, de ahí la necesidad de recrearlo y actualizarlo permanentemente:

Él me llamaba por teléfono o me encontraba su SMS de ánimo y de amor [...] Cuando iba caminando de un trabajo a otro (quince minutos que los alargaba a media hora) todos los lunes y miércoles, él me llamaba y yo caminaba acompañada de su voz. Era como si caminara a mi lado, realmente me sentía acompañada de una manera real. No estaba su cuerpo, pero estaba más presente que cualquier otra persona que estuviera aquí conmigo. Su calidez, humor, amor y entrega era muy potente. Realmente se convirtió en una relación intensa y necesitábamos hablarnos y vernos por Skype cada día. [...] Los fines de semana se nos hacían eternos (Valentina, 51 años, psicóloga).

La condición de amante implica aceptar que se está excluido de casi todo lo relevante y significativo en la vida del otro: la familia, el trabajo, las relaciones sociales, los fines de semana, en síntesis, de todos sus tiempos y espacios legítimos. Eso introduce una tensión permanente entre el deseo y la frustración que por lo general no tiene resolución. El celular posibilita un espacio de mediación en esa tensión irresoluble, la ilusión de la disponibilidad inmediata del otro aun en los territorios vedados. Pero a la inversa, el celular también representa un espacio de exclusión para los esposos y los padres, y todos conocemos casos, y si no los conocemos los hemos visto en las pantallas, donde en un descuido del amante, la esposa o el esposo revisan su celular y encuentran los SMS que les confirman sus sospechas.

Más allá del sentido particular que estos actos puedan tener en la

historia de cada persona, lo que resulta interesante de recuperar desde el punto de vista antropológico es cómo en condiciones sociales de amenaza o de privación, reales o imaginarias, las familias, los pacientes o los amantes, no pueden elaborar el duelo de la separación y necesitan recrear “un objeto transicional” en el sentido de Winnicott (1999), una “zona de experiencia intermedia”⁵ como aquella que le permitía al bebé separarse del pecho materno y aferrarse al osito de trapo para poder tolerar la separación.

La vida no te permite establecer otra manera de contacto, las distancias cada día son más grandes [...] resulta imposible tener contacto personal con mucha gente [...] uno busca la manera de acortar distancia. Otra es también la situación de inseguridad [...] mi mamá cree que si tenemos un teléfono en el que nos encuentren todo el tiempo, la posibilidad de que nos pase algo baja (Manolo, 27 años, empleado bancario).

Pensamos que el celular en ese sentido reúne todas las cualidades de un objeto transicional: al igual que el osito de trapo es portable, manipulable, al hablar siempre se lo mantiene cerca de la boca, puede ser personalizado a través de un nombre, fotos, canciones o repiques, tiene un efecto calmante, y su pérdida u olvido produce mucha angustia.

Desde otra perspectiva, Vicente Verdú describe el tipo de relación narcisística que establecemos con los objetos, “El objeto rezuma su amor propio cuando constata que se le atiende; el objeto es elegido por el sujeto y en ese momento de su selección, transmite como respuesta su adhesión o su rechazo, su inaccesibilidad o su entrega. De esa dialéctica amorosa, desde el sujeto hasta el objeto y del objeto al sujeto se genera una gimnasia emocional de notables efectos internos” (Verdú, 2008:33). Esta relación en el caso de las computadoras y de los celulares resulta más obvia todavía, porque a diferencia de otros objetos la interacción con ellos provoca formas de apropiación, o de rechazo ante las dificultades, que se vinculan directamente con la experiencia del yo y del sí mismo. Sobre esta experiencia haremos

⁵ Según Winnicott, la necesidad de un objeto transicional “Puede que reaparezca, a una edad más avanzada, cuando la privación se cierne sobre el individuo” (1999:311). “La tarea de aceptación de la realidad jamás es completada, que ningún ser humano está libre de la tensión que ocasiona el relacionar interior con exterior y que el alivio de tal tensión lo aporta una zona intermedia de experiencias que no es disputada (el arte, la religión, etc.) (Winnicott, 1999:322).

énfasis en diferentes capítulos de este libro, particularmente en el que aborda a la computadora e Internet como espacios para manipular y rehacer la biografía.

Uso la Blackberry como un maniático, pero no es mi objeto favorito: la odio. Me gustan mis anteojos, pero preferiría no usarlos. Lo mismo con el reloj: viviría mejor sin el conteo de las horas. La televisión me deja indiferente. No tengo un libro preferido. Mi laptop, quizá; es una iBook negra más inteligente que yo, por lo que me provoca cierto temor reverencial (Felipe Soto Viterbo, editor, escritor, profesor de periodismo, humorista y bloguero).⁶

La pérdida, o la falta del celular provoca en muchos casos el síndrome del “órgano fantasma”, padecimiento que suelen tener las personas que sufrieron una mutilación en alguna de sus extremidades y en ocasiones sienten dolor o sensaciones donde antes se encontraba el órgano faltante. Este síndrome, que ha sido denominado *Vibransxiety*, *ringxiety* o *fanxcellarm*, que puede traducirse aproximadamente como ansiedad del ring o de la vibración, o falso miembro celular, se presenta cuando se siente la vibración del teléfono móvil, aunque éste esté apagado o no se lo lleve consigo.

En casos extremos de dependencia, como el de las adolescentes bulímicas y anoréxicas, el tratamiento prescribe que al llegar a la clínica de rehabilitación lo primero que se les debe confiscar son sus teléfonos móviles, tampoco pueden usar el teléfono fijo ni entrar a Internet, ni ver la televisión ni leer revistas de modas. Una parte clave del tratamiento consiste literalmente en *desconectarlas* de sus mundos reales y virtuales. La mayoría de las investigaciones sobre el tema apuntan a mostrar el papel de los medios de comunicación y de las nuevas tecnologías, como uno de los mayores promotores de un modelo físico donde la delgadez se vende como un producto más.

Muchas jóvenes se ven envueltas en esta manipulación de esta cultura reinante, desarrollando un trastorno alimentario [...] el alejamiento de cualquier medio electrónico es básico en estos tratamientos de internación; por ello es que las terapias psicológicas juegan un papel importante en este proceso, es de limpieza mental, de regresar a la realidad en cuanto a la percepción del cuerpo mismo (Ernesto, 56 años, médico especialista en trastornos alimentarios).

Tal vez éste constituya un caso extremo del uso y complicidad

⁶ Citado por Alberto Chimal en su artículo “Objetos de poder”, revista *Lee*, Gandhi, año 01, núm. 3, mayo 9, p. 9.

de las nuevas tecnologías para disciplinar el cuerpo imponiéndole duras pruebas de abstinencia, pero el ejemplo de las (los) bulímicos y anoréxicos no deja de ser especialmente emblemático del tipo de alianzas simbólicas e imaginarias que establecemos con ellas. El celular, que sintomáticamente tiene forma alargada y no redonda, lo portamos en el cinturón donde las películas nos enseñaron que se portaban las armas blancas y de fuego. También lo empuñamos para señalar, reprender, acompañar nuestra gesticulación, o lo manipulamos compulsivamente para jugar, revisar o mandar mensajes de texto. Al parecer, esta dimensión fálica y masturbatoria que revela el uso compulsivo del móvil, se acaba de volver explícita en el imaginario popular cuando el presidente Hugo Chávez anunció recientemente la producción del primer celular ensamblado en Venezuela, al que bautizó el *Vergatario*.⁷ Yendo más lejos aún, una película norteamericana de 2006, *El punto G*, muestra cómo la protagonista originalmente frígida por la incapacidad de su marido de provocarle placer, se masturba con el vibrador de su teléfono móvil y de esa forma alcanza el orgasmo.

¿Qué nos dicen todas estas experiencias de relación corporal con las nuevas tecnologías?, que el cuerpo se ha vuelto un lugar clave para relacionarnos con ellas:

Si le sumo a mis órganos naturales los medios como extensiones del cuerpo, no sólo cambio su naturaleza, su capacidad de mirar, escuchar, sentir, escribir, leer y transmitir, sino que también cambio mis coordenadas temporales y espaciales: me vuelvo al mismo tiempo ubicuo e instantáneo. Así, mi territorio personal está redefinido por la aparatología que me acompaña al tiempo que la topología corporal sufre un cambio imprevisto: me pierdo en el mundo para volverme enteramente encontrable (Quevedo, 2007:8).

El cuerpo, amenazado más que nunca de precariedad, fragmentación, displacer y migración, necesita llevar consigo todas las certezas ontológicas *del lugar* —en sentido antropológico—, inscritas en la familia, el ámbito doméstico y la localidad. El cuerpo ha adquirido a través del celular y de Internet, particularmente a través del primero, una capacidad omnipotente para la conexión *del lugar* con las diversas errancias físicas y simbólicas que nos impone la globalización.

⁷ Noticia de la agencia Notimex aparecida en el periódico *La Jornada* del 12 de mayo de 2009, “El primer celular de Venezuela vende en un día 5 mil aparatos”, p. 21.

Y al mismo tiempo, también el cuerpo ha potenciado su autonomía para dominarse o consolarse a sí mismo real y simbólicamente, a través del castigo o la autosatisfacción.

DISPOSITIVO SIMBÓLICO DE CONTROL, CASTIGO Y DISCIPLINAMIENTO SOCIAL

Entre 1988 y 2006, la famosa modelo Naomi Campbell recibió tres demandas por haber golpeado a sus asistentes con el teléfono fijo, el teléfono móvil y la agenda electrónica, respectivamente (Aguayo, 2006:64). Podríamos pensar que en el momento de la furia la famosa modelo atacó a sus asistentes con un teléfono celular porque era lo “que tenía a la mano”, o simplemente “en la mano”, el caso es que el teléfono fue usado como un artefacto para agredir y no para comunicarse, o más precisamente para “comunicarse agrediendo”.

Umberto Eco, impresionado por la noticia que apareció en un periódico italiano sobre un inmigrante magrebí que se había tragado un móvil en Roma, esboza esta sugerente y caústica observación sobre el valor simbólico del celular como artefacto para aplicar un castigo ejemplar:

Es más verosímil que el móvil se lo hayan metido en la boca a la fuerza, no como *delicatessen* sino como castigo [...] La piedra en la boca es un ultraje de origen mafioso y se suele hundir en las fauces del cadáver de alguien que haya revelado secretos a extraños [...] ahora bien, esta vez no se trata de una piedra sino de un móvil: me parece extremadamente simbólico. La nueva criminalidad ya no es rural, sino urbana y tecnológica, es natural que los rituales mafiosos se ‘cyborgicen’. No sólo eso, sino que hundirle a alguien el móvil en la boca es como si le metieran los testículos, es decir lo más íntimo y personal que posee, el complemento natural de su corporeidad, extensión de la oreja, del ojo y a menudo también del pene [...] Sofocar a alguien con el móvil es como estrangularlo con sus propias vísceras (2008:9).

Está claro que la mayoría de nosotros no usamos el celular para agredir físicamente a los demás, y mucho menos se los hacemos tragar para castigarlos por revelar nuestros secretos. No obstante nos gustaría señalar que éste no sólo es un recurso simbólico para afianzar nuestras redes afectivas o laborales, sino también para ejercer nuestra

cuota de poder cotidiano y practicar la capacidad de autosuficiencia. El celular alberga y sostiene nuestras redes, contactos y afectos, pero también expresa poder sobre nuestro cuerpo y el cuerpo de los otros, sobre nuestro tiempo y el tiempo de los otros, sobre nuestros territorios reales, imaginarios y virtuales. Si alguien recibe pocas o muchas llamadas o mensajes, expresa no sólo su pertenencia, sino su control sobre el sistema de redes. El poder simbólico se mide por el acceso a la información clave en la red y también por la lista de contactos disponibles. Se trata de un capital social cuya condición no sólo se ejerce en el tamaño de las redes de pertenencia, sino en la exhibición de las reciprocidades virtuales que generan o ratifican símbolos de identidad en cada grupo: “Te mando una foto de la última vez que estuvimos juntos, me mandas un tono de celular que no tenga nadie, te bajo una canción para que se la pases a todos los del grupo”.

En el concierto de los ruidos urbanos, los tonos de celular han adquirido su propia marca de identidad (Trejo Delarbre, 2007), nos vuelven identificables, proclaman que no estamos solos y marcan territorios de inclusión y exclusión. Cuando las personas deciden a quién atienden o a quién no, cuando cuchichean para evitar que los otros se enteren del contenido de la conversación, o cuando hablan en voz alta para marcar un territorio o exhibir la extensión o la solidez de una red de pertenencia, no queda la menor duda de quiénes están incluidos en el circuito de la comunicación y quiénes no. Dentro de este esquema de poder el celular también se usa para castigar a los nuestros, negándoles la fuente primaria del control de la incertidumbre. Conscientes como estamos de lo imprescindible que se ha vuelto estar siempre visibles para los nuestros, podemos ejercer el poder de incomunicarlo, simplemente desconectando el teléfono, no atendándolo o pasándolo al buzón.

Hay gente que es muy pesada y entonces finges demencia y ya después, cuando te llega a pescar, te inventas algo como que no escuchaste o se te olvidó en algún lado [...] la verdad eso lo aplicamos muchos (Alejandra, estudiante de enfermería, 20 años).

No tener acceso (al celular y a Internet) limita a las personas [...] es como no tener televisión [...] te limitas y se hace una onda marginal (Manolo, 27 años, empleado bancario).

Los que se resisten a usar el celular argumentan que no quieren someterse a la esclavitud de estar todo el tiempo localizables, lo viven como una pérdida de independencia radical, y son muy críticos de lo que denominan una adicción al celular. Dicen que la gente se aísla, que se pierde el contacto cara a cara, que los vínculos se empobrecen. Esta postura puede ser interpretada como un acto de reafirmación de su autonomía o de reivindicación de la privacidad, pero también de rechazo a la exclusión a la que se ven sometidos cuando están con alguien y éste se desconecta momentáneamente de su mirada, de su atención e interlocución para mandar un mensaje, o contestar una llamada en una plática de café, una reunión de trabajo, o un momento de intimidad con la pareja.

Me molesta cuando estás hablando algo importante, suena el celular y atienden más al teléfono y te dejan plantado [...], también me enoja que hablen cuando estás comiendo con alguien (Manolo, 27 años, empleado bancario).

Al parecer, en las redes familiares, quienes organizan, sostienen y fiscalizan la cohesión, extensión y disciplina de sus miembros, son las mujeres, particularmente las madres. Entre nuestros entrevistados muchos coincidieron que quienes hacen un uso más intensivo y extensivo del celular son las mujeres:

Una mujer es todo, es ama de casa, se preocupa por sus hijos, se preocupa por saber dónde están, si se pagó esto, porque es un medio para estar comunicada ¿no? Para mantener contacto con las cosas y es ése, al fin y al cabo, mantener control sobre algo y el hombre es más así como "pues no llegó, al rato llegará" (Claudia, 25 años, empleada de SKY).

Internet se ha convertido en un desafío mayúsculo a la autoridad de los padres, no sólo porque los vuelve impotentes para controlar sus pasos dentro de la Web, sino que los excluye de todo lo que se ha vuelto relevante para sus hijos en términos de intereses y sociabilidad.⁸ Por

⁸ Un libro que acaba de salir a la venta, *Técnicas de hacker para padres*, sostiene como declaración de principios que "espíar a los hijos es casi un deber". Mediante las técnicas y recursos facilitados por la autora, Mar Monsoriu, los padres podrán leer lo que sus hijos escriben en el correo electrónico, revisar qué páginas visitan, con quién chatean y qué fotos o videos suben a la red. Además la autora aconseja no comunicar a los hijos adolescentes que se instalarán los controles: "Reaccionarán exigiendo su derecho a la intimidad y el control se convertirá en una fuente de conflicto" (Zafra, 2007:47).

el contrario, el teléfono celular restablece cierto orden familiar basado en la autoridad y el derecho de los padres, particularmente de la madre, a saber siempre dónde, y con quiénes están sus hijos:

Los papás usamos más el celular, si no cómo los vigilamos, cómo andamos atrás de ellos [...] Porque yo tengo dos monstruos, entonces el monstruo grande va por el monstruo chiquito a la escuela, entonces tengo que hablarles para ver dónde andan, para ver si ya llegaron a mi casita (María de los Ángeles, 47 años, contadora).

Como bien lo señala Paula Sibia (2005) "Más allá de 'virtualizar' los cuerpos extendiendo su capacidad de acción por el espacio global, la convergencia digital de todos los datos y tecnologías también amplía al infinito las posibilidades de rastreo y colonización de las pequeñas prácticas cotidianas" (2005:66). De a poco se va instaurando un régimen de control sobre la base del mapeo cotidiano de nuestras rutinas, "¿ya llegaste?, ¿estás en el autobús?, te llamé y me decía que estaba fuera de servicio, ¿estabas en el metro?, siento mucho ruido, ¿estás en la calle?, ¿vas en el coche? Llámame cuando llegues a la oficina". Estas preguntas van acompañadas de los ruidos y sonidos característicos e implícitos de cada escenario de nuestros recorridos habituales que el oído ya aprendió a reconocer como propios de cada situación. Sabemos que está en la calle porque sentimos el ruido de los coches, los gritos de los vendedores ambulantes y también nos damos cuenta si está en la oficina porque escuchamos el tecleo de las máquinas y ciertos rumores típicos de los espacios.

En el sentido expuesto, podríamos pensar al celular como un dispositivo de disciplinamiento y control social que opera fuera de la órbita del Estado: de los padres hacia los hijos, de los jefes hacia sus subalternos, de la esposa hacia su marido infiel, o del líder de la banda hacia sus integrantes. Aunque cada una de esas redes tenga una autonomía relativa, miradas en conjunto parecieran haber instaurado un nuevo orden social basado en un régimen de visibilidad y comunicabilidad absoluta: sólo lo que es visible es comunicable, y sólo podemos comunicar lo que es visible.

UNA REFLEXIÓN FINAL

A diferencia de otras tecnologías de comunicación donde el mercado marcó desde el comienzo las tendencias del consumo, en el caso del móvil fue la adhesión inusitada y explosiva de los usuarios la que puso a trabajar al mercado para generar opciones de diseño y paquetes tarifarios para todos los gustos y diferencias socioculturales. Actualmente los hay muy caros con sofisticadas aplicaciones multimediales destinados a las élites informáticas, los ejecutivos, los ricos y los jóvenes con alto poder adquisitivo, y, también, los hay muy baratos y simples para los pobres, ancianos, amas de casa, indígenas e inmigrantes: "La mercadotecnia comenzó a entender que la industrialización de la cultura prospera si se hace cargo de las diferencias entre las naciones y las etnias, los hombres y las mujeres, si produce bienes diferentes para los de 60, 40, 15 y 8 años" (García Canclini, 2006:7).

Por lo cual en la última década pasó de ser un objeto de lujo, ostentación o esnobismo entre las clases más pudientes, a ser un objeto indispensable. Se produjo un "desmoronamiento progresivo de las fronteras en las calificaciones sociales de este soporte, que han



recorrido este itinerario: interesante-útil-conveniente-necesario-imprescindible" (Vílchez, 2000:3). El tránsito de lo "esnob" como sello de distinción, a lo "imprescindible" como símbolo de pertenencia y seguridad se explica porque el celular se volvió clave para mantener la cohesión imaginaria de los espacios seguros donde habitan nuestras certezas, porque nos permite exorcizar a los fantasmas de la otredad, cuando nos cubre bajo el manto protector de estar siempre comunicados con "los nuestros".

El teléfono móvil representa una extensión del hogar y, consecuentemente, del ámbito privado. La escena de los móviles repicando y las personas hablando a través de estos aparatos en el tren, el autobús o el metro, ya es parte de la estética global de las nuevas formas de visibilidad y comunicación, sin embargo los asuntos que tratan son de orden estrictamente personal, familiar o laboral, y eso le imprime a la comunicación digital un rasgo cultivadamente local. "La revolución del móvil hay que entenderla no desde la 'movilidad' sino que este aparato es fundamentalmente personal, privado, para uso local y para relaciones de tipo afectivo" (Lorente, 2002:16).

CAPÍTULO II. LA CONEXIÓN, ESPACIO DE VIDA ENTRE LOS JÓVENES¹

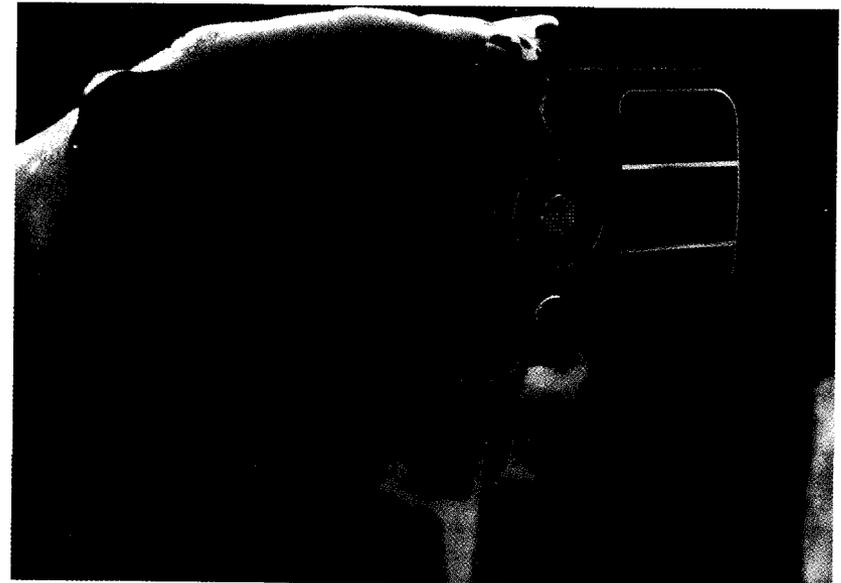
En la bibliografía existe un consenso general de que cuando se habla de jóvenes en la sociedad contemporánea, en realidad nos estamos refiriendo a múltiples experiencias ubicadas en realidades heterogéneas, que muchas veces trascienden las fronteras nacionales. Es más probable encontrar similitudes entre pandillas de ciudades tan distintas como México, Madrid y Río de Janeiro, que entre los diversos grupos de jóvenes que viven en una misma ciudad. Al mismo tiempo, se está redefiniendo el concepto de transición de las etapas de menor a mayor madurez, porque las fronteras entre unas y otras se han desdibujado “El concepto de frontera que marcaba la edad, en la actualidad ha perdido parte de su significado. Resulta más apropiado referirse al proceso de transición como una condición ‘entre dos fronteras’ o un ‘estado liminar’” (Moreno Mínguez, 2008:18-19).

Ya no existe algo parecido a un proceso de evolución lineal y previsible de la juventud a la adultez, donde los que no podían superar el tránsito eran tachados de inmaduros o marginales, porque ya nada indica que si se siguen ciertos caminos, se cumplen ciertos rituales, y se cuenta con ciertas oportunidades –como el acceso a la educación superior–, esto garantice un futuro de estabilidad y empleo. Como bien lo demuestra Martin Hopenhayn en diversos trabajos (2005; 2008), se comprueba una relación inversamente proporcional entre capital simbólico y oportunidades materiales que se va agudizando, paradójicamente, con el acceso cada vez más generalizado a las nuevas tecnologías. En la cita que sigue Dina Krauskopf sintetiza claramente estas nuevas redefiniciones conceptuales que devienen de las transformaciones sociales en curso en el ámbito familiar y laboral:

La estabilidad ha dejado de fundarse en secuencias predeterminadas, espacios geográficos delimitados y proyectos unívocos. Ya no se trata de una

continuidad lineal en las trayectorias, sino de sentidos que se expresan en estrategias de vida y uso de recursos que se abren en un abanico profuso de alternativas. En la constitución de los proyectos influye la individualización del sentido y de las estrategias de vida, la reformulación de metas en el camino, el valor creciente de la intensidad frente a la permanencia, y el horizonte de corto plazo para validar metas con resultados palpables. Los recorridos existenciales se han hecho flexibles y diversificados. Las distancias generacionales con los adultos se modifican y resignifican [...] Los nuevos patrones de estructuración de la vida social y del mercado laboral, así como las crecientes capacidades juveniles, hacen que la postergación y tiempo de espera implícitos en la moratoria vean debilitada su justificación, y evidencian más fuertemente las desventajas de la marginación en la toma de decisiones y en el acceso a posiciones que valoricen las capacidades y búsquedas de los jóvenes. Las identidades de los jóvenes se han recreado y diversificado, y no pueden considerarse sujetos en transición. Requieren de participación que los valide en su calidad de sujetos y articule reconocimiento simbólico con promoción material (2008:168).

García Canclini (2008:13) describe muy bien la naturaleza múltiple, flexible y adaptativa de las estrategias que desarrollan los jóvenes artistas para gestionar y obtener recursos para sobrevivir, pero esto podría aplicarse a los jóvenes en general. En ese sentido, Internet y el móvil



¹ Este capítulo constituye una versión ampliada y reformulada del artículo intitulado “Internet en la vida cotidiana de los jóvenes”, que publicó la *Revista Mexicana de Sociología* en su número 3 de 2006.

les brindan una plataforma simbólica compensatoria y sustitutiva de la falta de poder real en la vida cotidiana. Frente a la dificultades de inclusión que les plantean la mayoría de las instituciones tradicionales, particularmente las que se relacionan con la formación, el empleo y el acceso al poder, los jóvenes generan estrategias flexibles y móviles de inclusión en los escasos márgenes que les brindan los circuitos formales, pero fundamentalmente en los circuitos informales que generan ellos mismos, donde Internet constituye un espacio privilegiado. Y eso es parte del capital simbólico que están adquiriendo en la red: se mueven rápido, en múltiples direcciones, brincan de un mundo a otro, abren varias ventanas simultáneamente, y desarrollan habilidades sociales y cognitivas para trabajar, socializar y jugar en red, optimizando los enlaces y los atajos entre un mundo y otro.

EL PROCESO DE SOCIALIZACIÓN DE INTERNET

En el proceso de socialización de las computadoras e Internet entre los jóvenes que participaron en el estudio,² intervienen fundamentalmente cuatro agentes: la escuela, los pares, los cibercafés y los medios de comunicación. En la mayoría de los casos fue la escuela

² Este capítulo, como el siguiente, se basan en un estudio realizado en la ciudad de México en el año 2007. La estrategia metodológica combinó una entrevista cualitativa semiestructurada, con autobiografías de los jóvenes acerca de su experiencia con Internet desde sus inicios en la primaria o en la secundaria, hasta la universidad. En el estudio participaron 40 jóvenes entre 22 y 29 años de ambos sexos en dos etapas. Todos eran estudiantes del último año de diferentes carreras de universidades públicas. La mayoría había concluido sus estudios en el tiempo previsto por los programas de formación. En este grupo, que en el momento de la investigación tenían entre 21 y 27 años, el primer contacto con las computadoras e Internet se produjo en el tercer año de la secundaria o en la preparatoria, es decir entre los 15 y los 18 años. Aunque en el caso de los que asistieron a escuelas privadas, este contacto empezó en 6o. de primaria o en primero de secundaria. La variable escolaridad de los padres fue determinante para establecer el origen socioeconómico de las familias. La mitad de los estudiantes tenía padres con escolaridad primaria, secundaria y preparatoria, de ocupación obreros, empleados, secretarías, choferes, maestros, costureras, amas de casa y trabajadores por cuenta propia. El resto de los padres eran profesionistas con estudios superiores ocupados en el sector público o privado. El 90% de los jóvenes vivían con sus padres en el Distrito Federal o en el estado de México, el resto compartía la vivienda con compañeros o hermanos. La técnica del registro autobiográfico fue utilizada con mis estudiantes de comunicación, quienes participaron de forma activa y entusiasta en la investigación, compartiendo y reflexionando colectivamente sobre sus experiencias.

la secundaria la que brindó los primeros escenarios de contacto y aprendizaje una década atrás. Sin embargo todos coinciden en señalar que las primeras experiencias fueron frustrantes y poco estimulantes:

bien, bien, aprendí en la casa de mis amigos, porque lo que me habían enseñado en la escuela nomás no me entraba. Ya cuando compré mi computadora aprendí picando botones (Milton, 24 años, estudiante de comunicación).

En sus relatos señalan que al principio la clase de computación se asemejaba mucho a una de mecanografía, sólo se enseñaban comandos y programas para procesar textos elementales. A lo cual se agregaba el bajo nivel de alfabetización informática de los maestros y la prohibición de manipular libremente las máquinas:

La maestra nos trataba como descerebrados [...] al principio no nos dejaba ni prender la computadora, después cuando ya nos dejó prenderla nos decía que no moviéramos nada, casi nos decía que no respiráramos (Bernardo, 18 años, último año del bachillerato).

En esas condiciones, donde la enseñanza estaba desprovista de todo sentido lúdico y creativo, era difícil advertir las virtudes del uso de una computadora. Los problemas que referían no sólo tenían que ver con la deficiente infraestructura (programas y máquinas obsoletas), las condiciones de acceso (4 o 5 estudiantes por máquina), la poca capacitación de los profesores, la prácticamente nula integración del taller de computación con el resto del plan de estudios, la censura y las prohibiciones (no se podía jugar); sino también con la profunda contradicción entre la cultura escolar y las culturas juveniles:

Pensar el sentido de Internet en la escuela pasa primero por pensar el sentido mismo de la escuela. La cultura escolar, sus códigos y representaciones, no ocupan el lugar más importante en el espacio simbólico en el que se mueven los jóvenes. La socialización en los medios de comunicación y los grupos de pares han incrementado su poder como marco de referencia y con ellos la escuela, con frecuencia, no guarda relaciones de sintonía [...] Los muchachos quieren comportarse como jóvenes en la escuela, pero ella no parece tener más espacio que para los "estudiantes" (Cabrera Paz, 2001:53).

No obstante la escuela, en los mismos márgenes que ella propicia, o en las complicidades que suscita frente a las exigencias y arbitrariedades del sistema, sigue siendo un espacio fundamental de socialización de las nuevas tecnologías entre los adolescentes. En ese sentido, la salida y la entrada, los recreos, los baños, los trabajos en equipo y el uso del celular, constituyen espacios de socialización e intercambio altamente significativos de las culturas juveniles.

El primer signo de interés por parte de los adolescentes se presentó cuando algunas escuelas incorporaron Internet en el taller de computación, aunque el acceso estaba limitado a ciertas páginas y buscadores, y no les estaba permitido jugar, chatear o navegar libremente, los estudiantes se fascinaron con las posibilidades de este nuevo medio y comenzaron a buscar alternativas fuera de la escuela para explorarlas y practicarlas. La verdadera iniciación llegó de la mano de los amigos, los novios, los hermanos, los cibercafés, y de la propia Internet. En México, según la *Encuesta Nacional de Juventud 2005*, sólo 28% de los jóvenes entre 15 y 29 años, contaba con una computadora en su hogar, aunque sí sabían usarla prácticamente 70% (69.55%). Respecto a Internet sólo el 20% disponía de una conexión en su hogar, no obstante 60.75% estaban familiarizados con su uso. Para el caso del celular, sólo contaban con el mismo 56.5% de los jóvenes, pero sabían hacer uso de él prácticamente 80% (79.95%).³ Otro dato relevante es que sólo 49.7% está en algún sistema formal de educación. ¿Qué nos dicen estas cifras? Que la socialización de las nuevas tecnologías de información y comunicación en el caso de los jóvenes no depende fundamentalmente de la posesión de una computadora o de una conexión a Internet en el hogar sino del acceso a las mismas en otros ámbitos como los cibercafés, las escuelas y las universidades. En varios países de América Latina, entre los que se encuentra México, la principal fuente de socialización de Internet entre los jóvenes de 15 a 19 años son los locales comerciales que cuentan con Internet (OSILAC, 2007).

Esta demanda ha generado en los últimos dos años un florecimiento inusitado de diversos locales que ofrecen sus servicios de renta de computadoras, acceso a Internet y elaboración de tareas escolares por encargo en todas las colonias populares. En la mayoría de los casos se trata de establecimientos improvisados y *piratas*, que

³ Fuente: *Encuesta Nacional de Juventud 2005. Resultados Preliminares*, Instituto Mexicano de la Juventud, <www.imjuventud.gob.mx>.

se instalan con tres o cuatro computadoras en escritorios públicos, fotocopiadoras, papelerías, tiendas de abarrotes y casas de familia que disponen de la sala o el estacionamiento para ofrecer sus servicios. A pesar de la fragmentación y el desorden de las búsquedas, el mal uso y aprovechamiento de los exploradores, la dudosa eficacia pedagógica del “cortar y pegar” por encargo, la informalidad y las fallas técnicas que padecen la mayoría de estos lugares, no podemos negar su importancia como fuente de socialización, iniciación y aprendizaje del manejo de la computadora e Internet entre los jóvenes de sectores populares: “...podría considerarse a los cibercafés como puntos de difusión de una innovación cultural profunda. Son lugares donde se permite el acceso, casi sin supervisión ni censura, a contenidos culturales ajenos, exóticos, eróticos, prohibidos y muy contrastantes con los códigos cotidianos de los usuarios jóvenes” (Robinson, 2003:2).

Mientras los jóvenes de clase media y alta pudieron contar con la computadora, prácticamente desde su generalización en el mercado 15 años atrás, los de sectores populares tuvieron que esperar a llegar a la universidad para poder plantear la demanda como legítima. En el caso de Malena, logró convencer a su papá herrero de la necesidad de una computadora cuando pudo presentársela como una herramienta para mejorar su competitividad escolar: “*Por fin mi papá empezó a creer que valía la pena hacerse de una computadora, pues para nosotros sería útil, ya que mi tía lo convenció de que al estar estudiando era una herramienta necesaria y nos facilitaría la elaboración de tareas*”. Eso sucedió apenas al entrar en la universidad, en cambio, Jessica, obtuvo la computadora a los 10 años sin solicitarla porque sus padres la adquirieron no sólo por sus posibilidades de acceso a la información, sino también como un artefacto lúdico y una herramienta de exploración del mundo: “*En ese entonces yo iba a una escuela primaria de paga y recuerdo con claridad que en cuanto mi papá supo que llevaba clases de computación en seguida me compró una computadora*” (Jessica, 21 años, estudiante de comunicación social).

No obstante, tener acceso a Internet tampoco garantiza la igualdad de oportunidades para informarse, pertenecer, debatir, o simplemente jugar. El capital cultural y simbólico y los procesos de socialización tecnológica de jóvenes de diversa pertenencia sociocultural, crean distintos contextos de apropiación de la cultura a través de Internet: “Algunos jóvenes, aprovisionados en un recorrido previo

por el 'circuito mediático' en el que se mueven con fluidez, llegan hábiles y preparados para transitar en la red y, en una fusión total con la máquina, se vuelven los más diestros navegantes; otros jóvenes, y la mayoría de sus maestros, por su parte, extraviados entre la dificultad técnica, el poco entrenamiento en ámbitos tecnológicos y un bajo equipamiento en su capital cultural, naufragan con prontitud, facilidad y angustia" (Cabrera Paz, 2001:40).

¿TUS AMIGOS TE CONTABAN ALGO SOBRE LAS COMPUTADORAS? No, pues estamos igual de pobres, entonces nunca platicábamos de esas cosas.

¿ANTES DE TENER CONTACTO CON ELLAS CÓMO TE LAS IMAGINASTE? Pues la verdad ni me las imaginaba, lo que pasa es que siempre he estado como muy alejado de esas cosas, platico del futbol o de las cosas que tenemos.

¿DÓNDE APRENDISTE A USARLA? Pues en la escuela (Bernardo, 18 años, bachillerato).

La universidad pública, independientemente del origen sociocultural de los jóvenes, constituye un ámbito privilegiado de socialización informática vinculado no sólo a las exigencias curriculares sino también a la cultura universitaria. La universidad constituye un universo simbólico que establece códigos de pertenencia sobre la base de privilegiar ciertos símbolos y circuitos de consumo cultural, de alimentar aspiraciones de superación personal, y de crear expectativas de desarrollo profesional exitoso. En los últimos diez años este imaginario ha incorporado la necesidad subjetiva y práctica del manejo de las nuevas tecnologías, vinculada al acceso calificado a la información y a las redes académicas.

En nuestro universo de estudio —jóvenes universitarios que estuvieran en el último año de la carrera o recién graduados—, no encontramos diferencias significativas en los usos, competencias y preferencias en la red entre ambos grupos de referencia. Los jóvenes provenientes de familias de sectores populares mostraron las mismas destrezas y habilidades que los de clase media. Las diferencias se presentaron en la disponibilidad de recursos tecnológicos en los hogares y en la posibilidad de actualizarlos regularmente. Los de sectores populares tenían computadoras más antiguas, con menor capacidad y velocidad, y la mayoría no disponían de conexión a Internet. Los de clase media poseían computadoras más modernas y mejor equipadas. Por lo general en cada hogar había más de una computadora, porque los padres también tenían la suya. Todos te-

nían acceso a Internet, y la mayoría tenía contratado un servicio de banda ancha.

Respecto a las diferencias de género, entre los varones se observa una tendencia más marcada a explorar de manera autodidacta las posibilidades de Internet, a usar de manera más diversificada las aplicaciones, y a experimentar con las opciones de *software libre* y diseño de páginas: "Cuando iba en la secundaria nos comenzaron a dar cursos de computación pero realmente no me empeñé mucho en aprender, y ya cuando tuve mi primera computadora yo solo fui aprendiendo, fue una cuestión autodidacta" (Daniel, 22 años, estudiante de comunicación). En el caso de las chicas se observa una mayor dependencia de los amigos, hermanos y novios para la iniciación, y también un uso más pragmático de las aplicaciones. Es decir, tienden a usar sólo aquellas que por los requerimientos escolares o sociales necesitan para ampliar sus recursos de comunicación:

Creo saber navegar en Internet más o menos bien, pero cuando un chico me pregunta ¿a cuánto corre tu máquina? O preguntas del tipo sólo leo o escucho "blablablá" y ellos no, ellos siempre saben o me hacen pensar que saben de lo que hablan, yo nunca entiendo nada, sólo sé que mi tarjeta de video me deja jugar y con eso me basta (Gabi, 26 años, empleada en una tienda de arte).

Sin embargo cuando se les preguntó por los modos de usar y apropiarse de las nuevas tecnologías, ninguno de los entrevistados percibió diferencias significativas entre muchachas y muchachos, salvo en el aspecto de los intereses de navegación. En cambio sí señalaron que las diferencias generacionales constituyen una limitación en el acceso. Todos ejemplificaron este tipo de situaciones con las dificultades que observan cotidianamente en sus padres y maestros para usar la red que se manifiesta en el constante requerimiento de ayuda para usar diversas aplicaciones de la computadora y de Internet:

[...] los de cuarenta, cincuenta o más, lo más chistoso es que esa gente no sabe utilizar la Internet de la manera en que lo utilizamos nosotros. Siempre le piden al sobrinito o a algún amigo que les enseñe [...] Pero cuando les enseña el sobrinito se da una interacción entre generaciones, pero sólo le enseña, no se mete en el tema (Víctor, 25 años, estudiante de psicología).

También manifestaron que esta dependencia tecnológica de sus mayores, había contribuido en muchos casos a hacer variar el esque-

ma de poder familiar, y que sus habilidades en la red les permitían exhibir un capital informacional que revalorizaba su imagen frente a los padres. Esta idea será retomada y desarrollada en profundidad en el capítulo VI cuando se aborden las diferencias generacionales en la apropiación de Internet y del celular.

LA ILUSIÓN DE PODER INSTANTÁNEO

La exuberancia de las imágenes, el traslape de los tiempos, la exhibición cruda de las diferencias, la recreación del odio y del amor, del dolor, de la felicidad, de la enfermedad, de la muerte, de lo sobrenatural en diversas culturas, y la escenificación de las luchas por el poder en todas sus formas posibles que ofrecieron el cine y la televisión por décadas, pusieron a los jóvenes a desear el mundo, pero Internet les generó la ilusión de que pueden poseerlo y controlarlo instantáneamente.

Internet se volvió un objeto deseado en el imaginario de los jóvenes mucho antes de que pudieran acceder a él, a través de las narraciones que circulaban en el cine y la televisión. Se trata de un imaginario signado por una fuerte ilusión de control y de manipulación del entorno, ya no colectivamente, como lo expresaban las utopías de los setenta, sino individualmente:

[...] me sentí maravillado con la capacidad que tenemos para crear, manipular y programar todo tipo de actividades controladas por una computadora, incluso la destrucción masiva del planeta (Ricardo, 23 años, estudiante de comunicación social).

Me imagino que en el futuro podremos adaptar nuestro entorno a nuestro gusto a través de activar o apretar un solo botón (Lyssette, 22 años, estudiante de comunicación).

Esta necesidad individual de control de la realidad es explicable porque casi todos los senderos que transitan los jóvenes están repletos de incertidumbres. Incertidumbre sobre el pasado porque ya no constituye una fuente de certezas que se proyecta hacia el presente y el futuro en términos de capital cultural y movilidad social. Incertidumbre sobre el presente porque les genera expectativas laborales y de desarrollo profesional que no pueden cumplirse. A lo cual se suma “la incapacidad de ajuste en los sistemas educativos a los

nuevos requerimientos sociales, los cambios en las estructuraciones familiares, la exclusión de los jóvenes de los mejores empleos debido a las normatividades y una importante segregación residencial” (Valenzuela, 2002:33). Como lo han señalado varios investigadores latinoamericanos en diversos textos publicados por la CEPAL (CEPAL-OIJ, 2004; Hopenhayn, 2005), la juventud latinoamericana vive una serie de paradojas o asincronías que parecieran alimentar la brecha entre expectativas y logros. “De un lado tienen mayores logros educativos que los adultos, medido sobre todo en años de educación formal, pero por otro lado menos acceso al empleo. Manejan con mayor ductilidad los nuevos medios de información, pero acceden en menor grado a los espacios consagrados de deliberación política, y están menos afiliados a los partidos. Expanden exponencialmente el consumo simbólico pero no así el consumo material” (Hopenhayn, 2008:53).

El dominio de la red es la única cuota de poder efectivo que los jóvenes experimentan. Aunque su eficacia sea sólo simbólica no deja de ser relevante en los espacios donde se mueven cotidianamente. En muchos casos el control de las TIC les ha permitido adquirir mayores márgenes de autonomía en los hogares, que muchas veces ocasiona, como veremos en el capítulo VI, francos fenómenos de inversión de la autoridad.

Esta ilusión de poder se expresa y se ejerce de varias maneras. En la posibilidad de conexión-desconexión, es decir, decidir cuándo quiero “ser visible” y para quién, y cuándo quiero “ser invisible”, y para quién. En el recurso de la navegación “infinita” que se traduce en el placer de descubrir y conquistar mundos diversos, contrastantes, extraños e inquietantes, sin moverse de las certezas del hogar y sin correr riesgo alguno. Y fundamentalmente, en la manipulación de la realidad virtual: levantar y derrumbar un imperio en minutos en un juego de estrategia, invadir la privacidad de un compañero ingresando a su cuenta, manipular un *software libre*,⁴ diseñar una pá-

⁴ “*Software libre* se refiere a la libertad de los usuarios para ejecutar, copiar, distribuir, estudiar, cambiar y mejorar el *software*. Se refiere a cuatro libertades de los usuarios: “La libertad de usar el programa. La libertad de estudiar cómo funciona el programa y adaptarlo a tus necesidades. El acceso al código fuente es una condición previa para esto. La libertad de distribuir copias, con lo que puedes ayudar a tu vecino. La libertad de mejorar el programa y hacer públicas las mejoras a los demás, de modo que toda la comunidad se beneficie”. Véase “La definición de *Software Libre*, Proyecto GNU, Fundación para el *Software Libre*, <www.mirror.fr>.”

gina de proyección personal, crear un *blog*⁵ o fundar una comunidad, imponer o censurar los contenidos, establecer las reglas de su funcionamiento y decidir quién puede ser parte o no de ella.

La falta de comunicación o la pérdida de los contactos reales y virtuales generan mucha angustia como mecanismo de exclusión social.

Quien no sabe usar una computadora, quien no usa Internet, está fuera de, ¿no? (Larissa, 25 años, estudiante de comunicación).

Estar desconectado equivale a la idea de volverse invisible, les resulta difícil imaginar que alguien no pueda estar conectado, de ahí que estiman que sólo aquellos jóvenes que viven fuera de las ciudades, en las áreas rurales, son los que quedan excluidos del acceso:

Los que no tienen acceso a Internet son los que viven en las zonas rurales, en donde no se cuenta ni siquiera con luz (Judith, 29 años, estudiante de química industrial).

Parten del supuesto de que si se vive en una ciudad se tiene acceso a una computadora ya sea en la casa, en la escuela o en el cibercafé, y eso coloca a los jóvenes en igualdad de condiciones independientemente de su pertenencia sociocultural:

Actualmente hay cibercafé que cobran muy barato, entonces yo creo que cualquiera puede tener acceso a Internet (Judith, 29 años, estudiante de química industrial).

Pero la ilusión de poder que les provoca Internet a nuestros entrevistados, sólo se traduce en las posibilidades individuales de

⁵ “Un *blog* es una página electrónica personal —un diario íntimo— que cualquier persona puede abrir y lanzar al ciberespacio en pocos minutos. Los denominados *blogs* constituyen un fenómeno de expansión vertiginosa en los últimos 5 años de Internet. Según *Technocrati*, un famoso buscador de Internet, en 1999 sólo había 20, hoy existen por lo menos 5 millones en el mundo [...] Se trata de diarios íntimos electrónicos que pronto traspasaron el ámbito de lo privado para convertirse en foros públicos de debate y fuentes alternativas de información [...] El 92.4% de los *blogs* son creados por personas menores de 30 años [...] Actualmente existen numerosos *blogs* especializados, llamados *aggregators* que cumplen la función de detectar, registrar y clasificar por temas la multitud de páginas personales que pueblan la blogósfera” (Anne Marie Mergier, “Revolución en el ciberespacio”, *Revista Proceso*, núm. 1476, 13/02/2005). También se puede consultar el artículo de Iker Seisdedos, “Mi diario en la red”, publicado por la *Revista El País Semanal*, el 16 de octubre de 2005.

manipular la información y de obtener ventajas competitivas en el entorno inmediato donde se mueven. La percepción de estas posibilidades en ningún caso visualizó una acción o proyecto colectivo de transformación de algún aspecto de la realidad. A diferencia de los “tecnotópicos” y los “tecnofóbicos” (Lins Ribeiro, 2004:63) los jóvenes opinaron que Internet no cambiará radicalmente la vida de las personas (en sentido negativo o positivo), ni volverá a las sociedades más equitativas y democráticas:

Veo muy difícil que haya un impulso a la democracia y a la participación social [...] yo creo que por muchos años va a seguir la vía directa, persona a persona, gente que mueva a las masas para que haya esa participación. Veo muy lejano que por medio de Internet haya una participación social directa para cambiar una cosa (Víctor, 25 años, estudiante de psicología).

Yo creo que la gente cree que la computadora vino a cambiar al mundo y no es así, era lo que te cuento de mi papá que todo el tiempo está con esa idea de que por tener la computadora uno tiene que ser mejor [...] Lo mismo yo creo que es con esto de las sociedades, no todos tienen que ver con las computadoras, yo creo que si el mundo es peor o mejor es por las personas que estamos en él y no por lo que uno pueda hacer con la computadora. Aunque ahora que lo pienso sí puede ser que haya gente que se dedique a hacer cosas con la computadora y a lo mejor eso haga mejor las cosas pero no al grado de cambiar el mundo. Según lo que me acuerdo de la escuela casi todo el tiempo han existido sociedades unas más ricas y otras muy pobres y eso es lo que se está marcando cada día y la computadora pues no tiene mucho que ver, por ejemplo, en mi casa tenemos una computadora y no por eso somos ricos, al contrario, la tuvieron que comprar en abonos porque no tenían para poder comprar una así al contado y tener la computadora para otros quiere decir que ya pertenecen a otro grupo (Bernardo hijo, 18 años, bachillerato).

El investigador Guillermo Sunkel se preguntaba en un sugerente artículo reciente cuál podría ser la percepción de los jóvenes latinoamericanos sobre la estructura social y sus oportunidades de ascenso y movilidad social, a raíz de que el *Latinobarómetro 2007* no había indagado al respecto (2008:196). Sin que los testimonios recabados en nuestra investigación tengan la capacidad de volverse casos paradigmáticos para reflexionar sobre el conjunto de los jóvenes de América Latina, nos parecen significativos del tipo de representación que tienen sobre la desigualdad y el cambio social. A pesar del uso intensivo y extensivo que realizan de las TIC, y de la angustia que les provoca no estar conectados, tienen una relación pragmática con

ellas, no advierten que su manejo pueda colocarlos en una situación de poder para cambiar algunas de las inequidades que padecen cotidianamente por ser jóvenes, y en el caso de Bernardo, también por ser pobre. Es cierto, parecen afirmar los jóvenes, si uno no tiene Internet queda fuera, pero el hecho de tenerlo no te coloca en igualdad de condiciones con el resto de los usuarios. El acceso te da ciertas ventajas pero no cambia radicalmente tu condición social.

LA NATURALEZA DEL CONSUMO

Como consecuencia de este afán “manipulador”, “conquistador” y “fundacional”, lo que los jóvenes requieren y consumen fundamentalmente en Internet es información. Información de todo tipo y naturaleza, pero la privilegiada, particularmente en el caso de los varones, es la que la red produce acerca de sí misma: programas, herramientas y aplicaciones diversas que usan para crear páginas, traducir lenguajes, montar dispositivos multimedia, bajar música, películas, *comics*, etc. También buscan, bajan y editan información para cubrir las exigencias escolares de distintos cursos de la carrera. La mayoría utiliza los exploradores más populares como *Google*, *Yahoo* y *Altavista*, pero algunos también recurren a los *blogs* o a las revistas electrónicas temáticas. Muy a menudo consultan sitios que funcionan como carteleras de espectáculos relacionados con sus gustos sobre cine, música y programas televisivos. Y por supuesto, bajan e intercambian música, juegos y videos de toda clase.

El consumo de información no sólo tiene un valor instrumental, en el sentido de servir para apoyar las tareas de investigación demandadas por la universidad, o para orientar la oferta de espectáculos, su valor fundamental es de carácter simbólico. La red contiene todo lo que en las culturas juveniles se ha vuelto relevante y significativo de exhibir y compartir con los otros:

La información actual es uno de los valores fundamentales del consumo audiovisual y digital de los jóvenes [...] Los jóvenes construyen redes de intercambio conversacional. Hacen de la información un objeto de relación cotidiana con los otros. En esos relatos, editados y reescritos con material de sus imaginarios tecnológicos, los jóvenes afirman su identidad social y cultural [...] La información posibilita la relación social con los pares. Y eso,

en las culturas juveniles, tiene el más alto sentido simbólico (Cabrera Paz, 2001:60-61).

Hasta principios de los noventa el material simbólico básico de conversación lo proporcionaban el cine y la televisión, ahora Internet no sólo ha incrementado considerablemente los temas de conversación, sino que también ha cambiado la naturaleza del intercambio, ya no sólo se comparte información sino nuevas experiencias de interacción social, competencias y habilidades para manipular la red. La naturaleza esencial del consumo en la red es su simultaneidad:

La facilidad de hacer muchas cosas al mismo tiempo, platicar con amigos, checar el mail, bajar música y buscar información al mismo tiempo (Paulina, 19 años, estudiante de comunicación).

Los jóvenes trabajan con varias ventanas abiertas, la de su tarea, la del *Messenger*, la del correo, las de los buscadores y las de los *blogs*. También suelen bajar música, películas, jugar *online* y consultar sitios de espectáculos al mismo tiempo. Estas actividades en la red a menudo conviven con el televisor y la radio encendidos, la ingestión de alimentos o bebidas, y la participación regular u ocasional en las conversaciones y actividades familiares. De ahí que la dimensión real del consumo de Internet en la sociabilidad de los jóvenes hay que valorarla con relación al lugar que ocupa en el conjunto de actividades de la vida cotidiana. El siguiente ejemplo es representativo de las rutinas entre nuestros entrevistados:

[...] un día normal para mí, es levantarme [...] irme a la escuela, desayunar, estar un rato en la escuela y después irme al servicio social [...] Al momento de bañarme pongo un disco, o mis papás siempre acostumbran prender la tele para ver las noticias [...] Y cuando llego de la escuela o incluso en el servicio también vemos la tele. Yo llego aquí y veo a veces la tele, una serie, las noticias no mucho [...] Voy al cine, voy a comer con mis amigas [...] Los sábados o domingos son muy familiares por la mañana, es un día que implica andar de compras y en la calle, viene toda la familia. Y en las noches siempre salgo, voy con Pablo —que es mi novio— vamos a algún bar, al cine, cuando nos quedamos aquí, acostumbramos ver la tele o estar bajando información sobre grupos en Internet (Idalia, 22 años, estudiante de psicología).

En las rutinas de Idalia, se observa un constante ir y venir entre el adentro y el afuera de su casa, la importancia de sus redes de amigos, y la fuerte presencia de otros medios, particularmente del cine y la

televisión que se alterna con Internet. También destaca la relevancia de los vínculos familiares. La familia sigue siendo un eje aglutinador y organizador de las rutinas cotidianas. Con la familia, los amigos y los novios, se comparten las comidas, las salidas, los quehaceres domésticos, el consumo de la televisión, la radio y el entretenimiento. Idalia también se reúne a diario con sus compañeros en la escuela y luego los reencuentra en el *Messenger*. El uso de Internet se suma al concierto de los medios y su cadena de consumo ofreciendo una continuidad más que una ruptura con el “mundo real”. Nuestros entrevistados en sus relatos se desplazan entre sus realidades presenciales y virtuales con la naturalidad con que se abren y se cierran las puertas y las ventanas en la vida cotidiana:

Una vez que puedo abrir el Messenger me doy cuenta de que tengo una enorme lista de contactos y que algunos están en línea pero no me interesa saludarlos [...] Mientras estoy pensando esto intento escuchar la plática de mi familia que está reunida en la cocina, y aunque en otro momento me hubiera molestado por el ruido que suelen hacer, ahora quería estar con ellos platicando, me preguntan de vez en cuando, sobre la huelga y todo eso [...] Mi papá y mis dos hermanas se suben a acostar [...] Susana, mi hermana, se queda viendo una película en la sala y de vez en cuando me asomo por la puerta del cuarto en la que estoy para ver lo que está viendo. Reviso mi correo y abro dos ventanas más para buscar información sobre el INEGI, y mientras las páginas se descargan escucho que he recibido un mensaje instantáneo [...] es Fernando, así que mientras checo las páginas que han terminado de cargarse lo insulto un poco y charlamos sobre cómo nos ha ido [...] Al parecer Fernando está haciendo tarea, así que mientras contesta, hago una llamada telefónica (Malena, 22 años, estudiante de comunicación social).

No es la tecnología en sí misma la que marca los límites y los quiebres entre un mundo y otro, sino el alcance y el sentido de la experiencia con la tecnología dentro de los confines de su universo práctico y simbólico. Aunque Malena está conectada a la red está pendiente de los ruidos domésticos, incluyendo el de otros medios de comunicación, y sigue participando en las conversaciones familiares. Las coordenadas temporales y espaciales del mundo real se intercalan con las del mundo virtual sin que esto represente ningún conflicto de sentido para los jóvenes.

El estudio también sugiere que el consumo de Internet no reemplaza al de otros medios, más bien se integra en la cadena cotidiana de funcionamiento doméstico de los medios en el hogar, reorganizando los tiempos de consumo (para Internet se reserva la noche), u ope-

rando simultáneamente con otros medios. A menudo se piensa que la llegada de un nuevo medio reemplaza a los anteriores, pero lo que reportan diversas investigaciones (Orozco, 2002; Cabrera Paz, 2004) es que éste se integra no sólo en la cadena del consumo mediático de la familia, sino en una red comunicacional donde cada medio se convierte en un referente para interactuar con los otros tanto en los mensajes, como en las estéticas y los géneros. Asimismo, el material simbólico que moviliza el consumo de los medios tradicionales tiene capacidad performativa de muchas modalidades de interacción e integración en Internet, como las comunidades virtuales, los *blogs*, *chats*, los juegos *on line*, o los foros de discusión, y a la inversa, la experiencia de intercambios en dichos foros virtuales, introduce nuevos parámetros reflexivos y valorativos para interactuar con los mensajes mediáticos.

La saturación de actividades y referentes mediáticos en el ámbito doméstico, se traduce en cuatro, o cinco horas diarias del tiempo real, pero mientras se está conectado esta noción del tiempo desaparece porque la experiencia de la simultaneidad impone un presente continuo sobre el sentido del tiempo: estar dentro de la casa y al mismo tiempo trascender sus límites, participar de lo íntimo y de lo público, cerrar la puerta de la recámara y abrir ventanas virtuales en la recámaras de los amigos, o navegar sin un rumbo definido:

[...] me meto en estas autopistas de información y percibo cómo voy navegando de un lado a otro, de pronto siento que me pierdo, ya no recuerdo cuál fue el principio y cuál el final [...] quisiera concentrarme en todo lo que veo pero por momentos parece que es imposible, muchas cosas me atraen de estas páginas (Andrea, 23 años, estudiante de comunicación social).

Cabrera Paz señala que esta experiencia se asemeja al divagar de los jóvenes en el centro comercial: “Cada objeto es un deseo posible, cada lugar es el centro de orientación. No hay un punto de partida ni de llegada, sólo hay un tránsito indefinido, es la lógica de la deriva para la cual se ha diseñado la lógica de los centros comerciales (2001:23)”. Los jóvenes se desplazan en la red, buscando rarezas, ofertas y comparando precios, pero no compran nada, sólo acumulan información sobre sitios, marcas y modelos que convierten en fuente de prestigio para intercambiar con otros.

La intensa experiencia de socialización digital no sustituye al mundo “palpable” sino que cabalga sobre el mismo. No dejan de

estar conectados a la red, aunque hayan interrumpido la conexión física, y no dejan de estar conectados con el mundo real, aunque estén físicamente conectados a la red. Tal vez porque la experiencia de los intercambios virtuales no fue algo que se inauguró con Internet. El teléfono, la televisión, el cine, los videojuegos, naturalizaron en la vida cotidiana la experiencia de estar aquí y allá al mismo tiempo, de participar de otros mundos, de otros tiempos, de otras realidades, sin moverse del sillón de la sala de estar; de simular otras vidas y otras personalidades pegado a la consola del videojuego.

Por último, existe una idea de sentido común —compartida por los padres, maestros y académicos, aunque por razones distintas—, que sostiene que con la llegada de las nuevas tecnologías, lo *local* fincado en el territorio y en la proximidad física habría perdido para los jóvenes todo interés y sentido de realidad, ya que sólo se comunican virtualmente desde sus recámaras o a través de sus celulares. “Es la consolidación de la generación @ y de las culturas de habitación; una cibernavegación que ha moldeado su personalidad en su cuarto, frente al ordenador y para la que lo más natural del mundo es tener amigos y ligar por Internet” (Feixa, 2008:85).

Nos permitimos cuestionar esa idea, no porque sea errónea sino por su nivel de generalización y de clausura de la experiencia con las nuevas tecnologías, al suponer que la habitación adolescente es el lugar privilegiado de apropiación de las TIC. A partir del relato de Édgar sobre un día de su vida el fin de semana podremos advertir la vigencia y la relevancia de otros espacios tradicionales. Édgar está acabando su carrera de comunicación, vive en una colonia popular en Iztapalapa, en el oriente de la ciudad. Édgar y sus amigos, quienes se autodenominan “la banda”, se criaron juntos en cuatros calles que circundan sus viviendas. Todos tienen alrededor de 25 años, y aunque algunos acabaron la preparatoria y se pusieron a trabajar y otros continuaron en la universidad, desde que son niños no han dejado de verse en las escasas cuatro cuadras que los separan. Es probable que en el futuro la gestión de sus proyectos de vida acabe por separarlos, pero mientras tanto, y con relación al tema que nos ocupa, la fuerza de lo local como espacio de sociabilidad se impone sobre cualquier otro espacio de relación, aunque todos tengan acceso a Internet, utilicen el *Messenger* o el *Facebook* para relacionarse con otros amigos o compañeros del presente y del pasado, y utilicen el celular principalmente para comunicarse entre ellos:

Era temprano y me encontraba escombrando mi cuarto, me asomé por la ventana y vi que Alberto “Pez” iba entrando a la casa de Pablo “Niño Jazz” [...] Tomé de mi mesa los cigarros, y me dirigí a la 107, me abrió la puerta Gerson “Patillón” y nos saludamos. Rápidamente nos dirigimos al cuarto de Pablo, me puse a jugar “Mortal Kombat Armagedon” con Gerson, teníamos una cuenta pendiente desde una noche anterior, pero nuevamente Gerson cayó derrotado en tres ocasiones. Me aburrí un poco y salí a gritarle a “Pez” que necesitaba verlo, él se asomó por el barandal y me dijo “chale... cállate hijo, no me dejas comer en paz... ah que chida está tu playera de ‘Impeled Nazarene’, te la quitas o te la quito jajaja, ahorita bajo ‘Mack’”. Mientras lo esperaba me di una vuelta en la bicicleta de Gerson en el patio. Finalmente bajó “Pez” y me dijo que me pagaría mi dinero el viernes que le pagaran, lo cual me dio mucho gusto y también le pedí un número de contraseña para instalar un programa de diseño el cual suelo utilizar en repetidas ocasiones llamado “Photoshop”. El número se encontraba en el celular que hace unos meses le vendí, aún conservaba el número por fortuna. A “Pez” no le interesa la tecnología y menos los celulares, lo utiliza más por necesidad que por gusto. Pablo, “Pez” y Gerson ya se encontraban sentados en la camioneta de afuera. Transcurrieron pocos minutos, llegó Ricardo “Pitufo”. Nos pusimos a platicar de comics que están saliendo actualmente como “Civil War” de Marvel, yo desconozco la historia, así que “Pitufo” nos habló de ella [...] Nos quedamos platicando unos momentos en el camellón mientras “Pez” se daba vueltas en sus patines y Gerson en su bicicleta. Nos fuimos a la camioneta todos juntos [...] comenzamos a hablar sobre un tipo que tiene un puesto en el metro San Cosme el cual vende playeras de futbol y las da muy baratas y quedamos en ir en un par de semanas que todos tuviéramos un poco de dinero. Después comenzó a llover, pero no nos metimos a la casa, nos quedamos bajo un árbol y “Borrego” dijo que si se quitaba la lluvia iba a ir a jugar futbol, lo cual ocurrió, rápidamente la lluvia terminó y el sol salió, me invitaron a jugar pero la verdad es que no tenía ganas. Llegué a casa y dormí en la tarde como siempre suelo hacerlo.

Ventanas virtuales que se abren y se cierran para chatear, ventanas físicas que se abren y se cierran para saludarse de una casa a la otra. Adentro comidas, siestas, videojuegos que se juegan en red con otros del otro lado del océano. Afuera, patineta, bicicleta, futbol y compras baratas en el metro en la cuadra del vecindario. Adentro y afuera, simultánea y diferidamente, confidencias, tertulias, mensajes y complicidades que circulan *on line* y *off line*, sin que nadie se pregunte cuáles son las fronteras que marcan el final de un mundo y el comienzo del otro, porque en realidad nadie advierte la necesidad de separarlos (salvo los padres y los académicos), si es tan cierto como que estamos conectados, que ambos forman parte de la vida.

Édgar y sus amigos son parte de una generación global que “piensa globalmente y actúa globalmente” (Beck y Beck-Gernsheim, 2008). El modo de relacionarse con el mundo que practican a diario

en Internet es un modo globalizado, sus prácticas y aspiraciones de consumo también están globalizadas. La globalización ha naturalizado ciertos códigos estéticos y culturales, que hacen posible que se encuentren entre los suyos en cualquier ciudad del mundo en el modo *on line* u *off line*. Cierta forma de estar, de vestir, de conectar, de moverse en los antros, de manipular el móvil y el *iPod*, los vuelve reconocibles y familiares. Se juntan y deambulan, a pie, en metro o en bicicleta en las plazas, recitales, trenes, los mercados de artesanías, en los cibercafés, los centros comerciales, los *fast food*, y si tienen necesidad de comunicarse lo hacen en el inglés que aprendieron en Internet jugando juegos de estrategia *on line*, usando el traductor de *Google*, chateando con rusos, coreanos y chicanos, o participando de una comunidad de *comics* japoneses. Pero no pierden pie en lo local, porque en última instancia éste constituye el espacio de anclaje simbólico del sentido de la experiencia en la red. También es pertinente señalar que la relocalización de lo global no sólo se produce a partir de la diversidad de marcos culturales, cognoscitivos y afectivos de los referentes locales de estos jóvenes, sino de las profundas diferencias sociales que los atraviesan: “el ámbito de la experiencia de la generación global está marcado por profundos contrastes y líneas divisorias” (Beck y Beck-Gernsheim, 2008:17).

UNA REFLEXIÓN FINAL

La manera como los jóvenes han incorporado Internet en sus vidas, con entradas y salidas simultáneas entre los ámbitos *off line* y *on line*, sugiere que la participación en ambos mundos se integra en la experiencia cotidiana del hoy, en el tránsito permanente entre el adentro y el afuera de la casa, en las distintas formas de ser y habitar en las ciudades, y en distintos ámbitos públicos y privados, cuya localización no se ubica necesariamente dentro y fuera del hogar.

Esta realidad se puede interpretar dentro de otra más general vinculada a los procesos de construcción y reconstrucción de las identidades juveniles en las grandes ciudades. La identidad, como representación de sí mismos, ha dejado de ser una esencia cultural que los encapsulaba en una serie de estereotipos sobre la juventud, para manifestarse en un conjunto de prácticas y representaciones en

permanente redefinición de jóvenes diversos que se mueven en espacios heterogéneos. Ser, o formar parte de uno, o varios grupos, ya no refleja sólo lo que les permite diferenciarse frente a los “otros”, sino la reivindicación de la validez de esas diferencias en el uso, demarcación y simbolización del territorio.

[...] el sentido de pertenencia e identidad se organiza cada vez más a través de lealtades que no reconocen los tradicionales territorios geográficos. No se trata de compartir una monocultura, sino de una hibridación que no deja de tener en su centro la propia experiencia vivida, pero ahora tensada por un horizonte transterritorial y multitemporal de sentidos en el cual las instancias se agregan y se suman, las identidades se redefinen pero no se excluyen, involucrando conflictos y ambigüedades y se integran por los propios requisitos de la vida cotidiana (Martín, 2006:3).

Los jóvenes se mueven en dos mundos de experiencia diferentes pero que no son vividos como antagonicos sino como continuos, convergentes y complementarios. En realidad, la mayoría comprende claramente la frontera simbólica que separa estos mundos: “[...] es la mera existencia de esta frontera, y la habilidad de cruzarla en mayor o menor medida a voluntad, lo que constituye parte del placer”



(Thompson, 1998:288), y es precisamente esta habilidad la que les permite jugar con todas las posibilidades desplazándose de un lugar al otro en el ejercicio sostenido de un presente continuo.

Por último, la exploración del conjunto de las formas de interacción y navegación en la red de los jóvenes entrevistados, demuestra, por una parte, que todo lo que se obtiene en la red: información, entretenimiento, competencias informáticas, nuevas relaciones, se capitaliza y se valida fundamentalmente en el mundo de las relaciones persona a persona. Mucho de lo que ocurre y transcurre en Internet adquiere sentido para los jóvenes cuando pueden ejercer sus beneficios en el mundo de lo real. Detrás de cada coqueteo virtual, se esconde la secreta esperanza de que éste se concrete en una relación de carne y hueso, la mayoría de los correos electrónicos se intercambian entre personas que ya se conocen o entre comunidades académicas de pares, la mayor parte de la información que buscan, consultan y bajan, es utilizada para aumentar sus ventajas comparativas en las tareas e investigaciones en los círculos escolares o académicos donde se encuentran cara a cara, o como una fuente de prestigio y de inclusión en los espacios de sociabilidad con los amigos y compañeros.

CAPÍTULO III. LA CONEXIÓN, LUGAR DE VISIBILIDAD Y TRASCENDENCIA SOCIAL

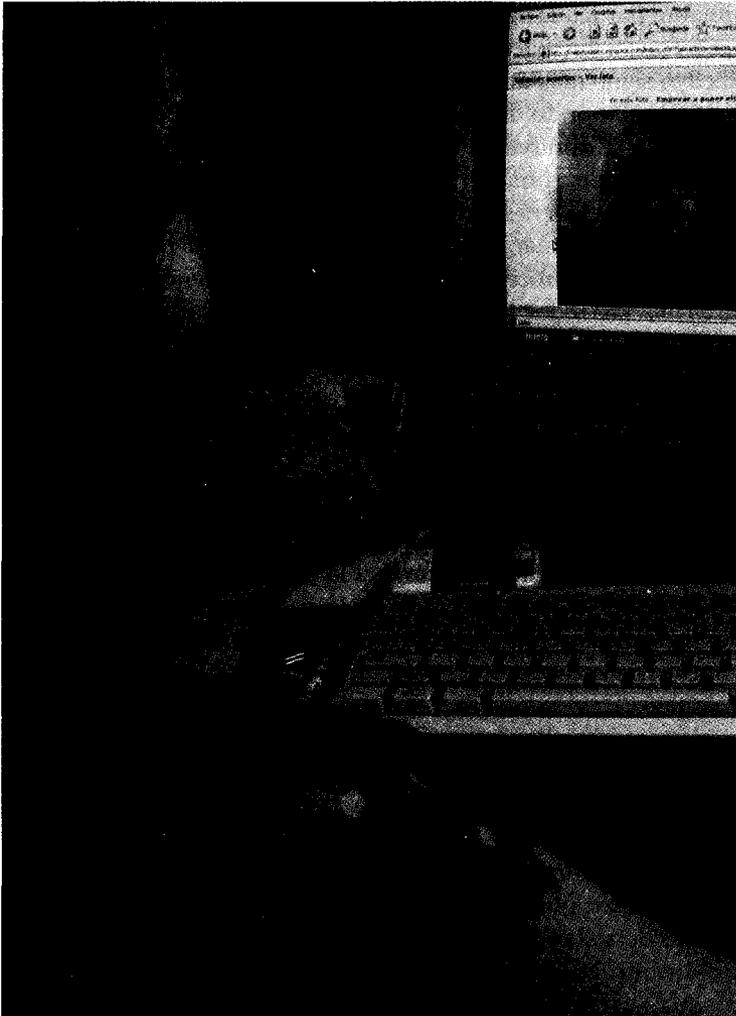
Las comunidades virtuales, las redes sociales *on line* y el celular, se han legitimado, particularmente entre los jóvenes, como nuevas formas de inclusión social. En el fondo se trata de una batalla por forjar una identidad cuyo signo más distintivo es garantizar la visibilidad y el reconocimiento en el mundo de sus vínculos sociales. El temor a ser excluido no es un rasgo distintivo de los jóvenes, todos los seres humanos desde Adán y Eva compartimos el temor de ser expulsados del paraíso, pero en el caso de los jóvenes “ser, o no ser parte de algo” y ser aceptado o repudiado por “formar, o no formar parte de ese algo” es una marca fundamental en el proceso de construcción de la identidad tanto *on line* como *off line*. Las redes sociales y las comunidades virtuales poseen mecanismos mucho más laxos de inclusión y exclusión que les permiten a los jóvenes ejercer el sentido de pertenencia a través de una práctica lúdica y nómada de reinención constante de la identidad.

Estar conectado implica esencialmente estar visible en un sentido amplio. En esta perspectiva la visibilidad no refiere únicamente a la cualidad de lo que puede ser observado a simple vista, sino también a la evidencia de la existencia del *otro* en un sentido real, virtual o metafórico. La visibilidad garantiza la inclusión en un mundo cuya representación se ha desplazado de lo *palpable* a lo *comunicable*: “La era de la comunicación mundial se caracteriza, sobre todo, porque la percepción de la comunicación sustituye a la percepción del mundo” (Boltz, 2006:7).

La clave que explica lo trascendente que se ha vuelto estar visible, radica en lo amenazadora que resulta la invisibilidad. En términos de impacto social lo que no puede ser visto en los medios o subido a la red *no existe*, y eso lo saben muy bien los movimientos sociales y políticos, las minorías étnicas y sexuales, los discapacitados, los grupos musicales y por supuesto los jóvenes. La red ha transformado el sentido de aislamiento que correspondía a la mitología de la isla de Robinson Crusoe, los jóvenes siguen teniendo mucho miedo a la soledad, como lo señalaron la mayoría de nuestros entrevistados,

pero este sentimiento de estar aislado y marginado ya no lo produce la ausencia de personas alrededor, sino la desconexión:

La soledad me da mucho miedo, una tristeza profunda [...] cuando tengo un celular obviamente me puedo comunicar con alguien y ya no sentirme tan sola, a través de un mensaje o llamada [...] y buscar a alguien que me consuele en mi tristeza, en eso me ayuda (estar conectada) (Lizz, 25 años, estudiante universitaria).



Los jóvenes tienen una gran apertura hacia el universo global de las aplicaciones multimedia, las exploraciones virtuales y los juegos *on line*, pero esto no los vuelve necesariamente más cosmopolitas. Casi todas las relaciones que cultivan cotidianamente en Internet o con su celular, son con personas *conocidas* con las que tienen (o tuvieron en el pasado) un contacto diario u ocasional fuera de la red, o con *conocidos* de sus *conocidos*. Estas redes tienen un carácter netamente endogámico, reciben visitas y solicitudes de amigos referidas por alguien a quien conocen, y aunque probablemente nunca lleguen a encontrarlos fuera de la red, forman parte del mismo circuito referencial de familiares y amistades de unos y otros:

Se forman grupos de gente con las mismas afinidades y es chistoso, pero después de un tiempo resulta que tus mismos amigos son amigos de otros que también lo son y piensas que quizá el espacio cuenta con poca gente y por eso coinciden tanto, pero no es así, es simplemente que los gustos y los tipos de personalidades provocan que todos terminen siendo parte del mismo grupo y sí, después todos coincidimos en las mismas tocadas. Al principio yo me imaginaba que era como si todos fuéramos a una misma fiesta y que habíamos sido invitados por una misma persona que nos conocía muy bien y que nos había reunido porque sabía que todos éramos "muy" similares. De verdad, siempre terminamos siendo los mismos amigos, quizá porque a todos nos gusta mucho el cine, o nos gusta la misma música, o somos bisexuales, o nos gusta el teatro, o tenemos los mismos desequilibrios mentales y nos comprendemos, no lo sé, pero somos el mismo grupito de amigos web: D. E., Guanajuato, Ciudad Juárez, Argentina, España. A veces se logra colar algún otro, pero siempre dura poco (Cabi, 26 años, empleada en una tienda de arte).

LAS REDES SOCIALES COMO ESPACIO VIRTUAL DE EXHIBICIÓN Y RECOMPOSICIÓN DE LA BIOGRAFÍA

Jafeth y Maru, rondan los 25 años y los dos terminaron hace poco su licenciatura en comunicación. No participaban habitualmente de las redes sociales como *Facebook*¹ o *Hi5*, pero de repente entre sus amigos

¹ El 83% de los jóvenes españoles son usuarios de redes sociales. Mark Zuckerberg, un estudiante de Harvard de 24 años, fundador de *Facebook*, define su gran invento con estas palabras: "Una herramienta que permite tener una fotografía acertada de lo que está pasando en la vida de alguien. De cómo le van las cosas [...] La gente empezó compartiendo un poquito y luego un poco más y más y yo no veo el final de este proceso ni de lejos [...] La gente querrá seguir contándose todo a sus amigos. No veo nada malo en algo así" (citado por Vicente Verdú en *El País Semanal*, 28-12-08, p. 54).

más cercanos comenzó a producirse una agitación, un movimiento, del que no formaban parte, y eso prometía una exclusión segura.

Yo no era muy apegado a la red en esos días pero algo comenzó a cambiar en el grupo de cuates. De repente todos hablaban de esa foto, de esa fiesta del fin de semana, de lo chusco que fue ese momento. Claro que era bueno recordar, pero cómo podían dar una descripción tan detallada. “¡Diablos! Creo que algo me estoy perdiendo” pensé. Entonces me enteré que la mayoría de mis compañeros tenían en la red gran parte de sus reventones y convivencias [...] me sentí en desventaja respecto a los demás por el hecho de no integrarme a la plática sobre esa estúpida toma donde alguien vomitó en la ropa de otro (Jafeth).

No caeré en el Hi5 y cosas del estilo, por más que la presión de los amigos sea tan fuerte “ay, abre tu Hi5”, ¿No tienes Hi5? Incluso el no tener Hi5 representa una exclusión para quienes no tenemos. Nos perdemos de fotos de fiestas, chismes, etc. (Maru).

Las redes sociales tienen una gran capacidad de inflación y eso es lo que fundamentalmente se exhibe en *Facebook*, aun los que no se caracterizan por ser muy populares pueden acumular amigos. Antes, ese privilegio estaba reservado para los que eran exitosos con las chicas, el baile, los deportes, los videojuegos, o sus calificaciones, pero ahora cualquiera puede adquirir una cuota de fama si consigue exhibir una red de más de cien amigos, lo cual no exige demasiado esfuerzo. Por la propia lógica de funcionamiento del sistema, un nuevo amigo puede acarrear otros diez aunque no tenga intención de hacerlo. Las redes sociales nos permiten incrementar nuestro capital social y nuestro prestigio en pocos días. Una adolescente colombiana de 15 años que vive con su madre en escasos treinta metros en el popular barrio de Lavapiés de Madrid y que reconoce que no tiene más de 3 o 4 amigos reales, consiguió ser nota de *El País* cuando pudo exhibir en Internet una red social de más de cien mil “amigos”. También declaró que sostener esa compleja telaraña no le llevaba más de cuatro o cinco horas diarias. Puede que se trate de un capital social de naturaleza líquida y efímera, que a diferencia de los mecanismos de acumulación del capital social tradicional, no requiere de años de tejer redes de apoyo, lealtad y solidaridad que en muchas ocasiones se heredan de una generación a la otra a través de las redes parentales y de compadrazgo, pero genera un gran impacto de marketing entre los jóvenes:

En lo que me corresponde, tengo menos de cien visitas, en mi lista de “amigos” (¡juar! Cuáles amigos) figuran alrededor de setenta y como a diez no los reconozco; y la gente me ha etiquetado como buena onda, gracioso y fiestero (este último fue bastante absurdo o así me pareció, pues lo puso una chica con quien me encontré en una fiesta [...]) ésa fue la única fiesta a la que fuimos juntos, y ahora, soy fiestero, ¡Maravilloso! También, he podido revisar cuentas de otras gentes en donde aparece mi carota: fotos mías con la persona que administra la página, o fotos de cuando estaba en la secundaria. Es decir, el jai es un lugar en donde las posibilidades de volverte famoso o conocido se elevan bastante: el sueño de todo ser humano (Diego, 25 años, asistente de investigación).

Algunos definen esta intensa actividad de buscar amigos del pasado y de incrementar los amigos del presente como una nueva filatelia social y les preocupa que la palabra amigo llegue a devaluarse porque algunas redes la usan como sinónimo de contacto, cuando el concepto es realmente diferente.² Pero lo que ocurre en realidad es que los contactos que no son significativos desde el punto de vista real y afectivo para quien los exhibe, terminan eliminándose de la lista de amigos.

Muchas de estas redes han montado sus escaparates de visibilidad, reconocimiento y prestigio en Internet, generando un efecto ilusorio de que lo que no está en la red no existe, aunque para estar en la red sea necesario existir fuera de la red, y, lo que está fuera de la red para poder ser un suceso digno de trascender a la red, deba alimentarse cotidianamente de lo que circula en ella. Icaró Moyano, responsable de comunicación de *Tuenti*, la red social con más adeptos en España,³ señala que el uso más intensivo de las redes se produce el día domingo después de que la gente regresa a su casa y se conecta para subir las fotos del viaje de campo, la última fiesta o el cumpleaños de la prima, pero aclara “si no tienes una vida real interesante, de poco te sirven las redes sociales”. No se trata sólo de una continuidad de sentido entre un mundo y otro, sino también de un efecto de resonancias y de trascendencia. Como veremos en el ejemplo a continuación, el reclamo de la novia de Diego no es que no la considerara parte de su vida, sino que no lo hubiera hecho explícito, que no lo mostrara como parte de lo destacable para compartir con los otros:

² Citado por Sergio C. Fanjul en su artículo “Amistad 2.0”, publicado en *El País Semanal*, núm. 1694 del 15 de marzo de 2009, p. 70.

³ *Idem*.

Mi novia, un día, mientras elaboraba una tarea, le dio por conectarse al jaifaib, me tecleó en la ventana de búsqueda y pudo checar mi cuenta [...] Tiempo después, mi novia se mostró un tanto extraña [...] El motivo de tal ofuscamiento fue que, luego de haber revisado mi página en el Hi5, todo con buenas intenciones, se pudo dar cuenta que no había fotos nuestras y que eso significaba, entre otras cosas, que no la consideraba en una parte de mi vida, que ése que estaba ahí, era yo pero sin ella, una porción de mí en donde no la consideraba (Diego, 25 años, asistente de investigación).

La experiencia de amar y hacer amigos en línea a los veinte años, es de una naturaleza profundamente social, extrovertida, visible y compartible. La consigna aquí no es recuperar algo perdido o desconectado en su biografía, como veremos en el capítulo siguiente destinado a la generación de más de cuarenta años, sino la de exhibir y recomponer la biografía según los estados anímicos y las coyunturas sociales que pueden cambiar de un día para el otro. Ésta es una generación donde la biografía puede ser “retocada” con colores, texto, imágenes y música con el objeto de ser reconocida, visitada y aceptada. No existe ninguna instancia de la vida social *off line* de los jóvenes donde sea posible hacer cambios cosméticos que repercutan inmediatamente sobre la relación con los otros.

Me gusta la opción de plasmar mi “personalidad” en dicho lugar, bueno, o por lo menos dentro de lo elegible, como colores, imágenes y música. No sé a qué se deba pero en la plática común de persona a persona es difícil asimilar qué le gusta a otros, a menos que sean gustos parecidos a los nuestros o que apreciemos verdaderamente a esa persona. El perfil que Hi5 muestra es, en teoría, el que quiero mostrar ante todos, y que no es tan simple hacerlo en la realidad. A veces “visito” a alguien y leo sus gustos musicales, cinematográficos, y hasta existenciales y me pregunto ¿por qué jamás platiqué con él o ella? Con esto pienso que tal vez la expresión oral no es la más idónea para una exploración amistosa (Jafeth).

Los sucesos que ameritan ser subidos a la red por lo general son eventos sociales, como fiestas, conciertos o convivencias, momentos efímeros y probablemente intrascendentes pero que se vuelven “memorables” cuando circulan en estos sitios. No es suficiente haber asistido a la fiesta y haber sido testigo de lo que allí ocurrió, el verdadero placer de haber participado se produce cuando el evento puede generar un efecto de resonancia en las redes sociales *on line*. Esto también alimenta considerablemente el capital social, no basta con exhibir muchos amigos, también hay que ser capaz de convertirse en

un jugador de un acontecimiento significativo para los que integran la red y luego distribuir etiquetas que califican la participación de cada uno. Pero al parecer, las etiquetas en *Facebook* no tienen la misma capacidad de provocar estigmatización como en la vida *off line*. Se puede ser un “bobo” o una “diva” dos semanas, pero luego se puede ser lo contrario sin que esto acarree demasiadas consecuencias.

Al integrarme a esa dinámica en la cual se comparten situaciones memorables con otros compañeros, jamás me pasó por la cabeza que tu nivel de integración al juego de grupo definiera tu “rango” de cuate. Esto es sumamente gracioso y discriminatorio a la vez. Cuando se acercaba la navidad, fui invitado a un par de fiestas para celebrar y entonces quedé entre la espada y la pared, porque debía decidir a cuál ir. Como sea, por no haber asistido a una de esas “partys” me gané una etiqueta de “diva”. Ésta se reflejaría en mi “status” del Hi5 con unas imágenes llamadas “fives” que son iconos que describen tu personalidad, claro incluyendo virtudes y defectos. Lo tuve que borrar por las continuas cargas de “carrilla”. Esta forma de calificar en red la tomo como un juego y no me molesta, a menos que lo lleven al límite. Pero no todos lo hacen, pues una vez calificué a alguien como “Bobo” y creo que no me habló en un par de semanas (Jafeth).

El hipertexto es un lenguaje narcisista por excelencia. No existe otro lenguaje tan eficaz que le permita a los jóvenes trascender hablando de sí mismos. Para existir ni siquiera necesitan de un *otro concreto*, sino de un *otro abstracto* que puede llegar por casualidad a visitar y a mirar lo que tienen que decir sobre sí mismos. Ya Lipovetsky había señalado este fenómeno al referirse a la proliferación de múltiples canales de expresión mediatizada en las sociedades posmodernas “[...] la primacía del acto de comunicación sobre la naturaleza de lo comunicado, la indiferencia por los contenidos, la reabsorción lúdica del sentido, la comunicación sin objetivo ni público, el emisor convertido en el principal receptor [...] la posibilidad y el deseo de expresarse sea cual fuere la naturaleza del mensaje, el derecho y el placer narcisista a expresarse para nada, para sí mismo, pero con registro amplificado por un ‘medium’” (1993:15). Este tipo de comunicación, basada en lo que cada quien quiere mostrar de sí mismo independientemente del otro, no sólo se conecta con la soledad, como suele pensarse, sino con la búsqueda de un reconocimiento que trascienda las fronteras domésticas e institucionales donde se mueven habitualmente los jóvenes.

Escogí la foto donde se viera menos de mi persona, es más, ni siquiera es una foto mía, es de algo supongo me representa: Woody Allen. Y eso de representarme es una broma muy bien gastada, pues representará uno de mis gustos, pero al fin y al cabo, eso quiero ser ahí, en ese lugar del espacio virtual: uno con personalidad de Woody Allen escondido detrás de esa careta. Luego, tuve que llenar el cuestionario de trámite [...] Nada en especial: nombre(s), apellidos, estado civil (pues civilizado...eso creo...), edad, ¿qué haces por acá?, ¿qué buscas en el Hi5?; gustos, algo de mí, música preferida película libros ... y es en este último apartado en donde uno (yo) trata de ser lo más acertado, cuidadoso, para que digan, órale qué buenos gustos del ... cómo se llama, ah, del Diego, deja le dejo un coment. Pues sí, si he de ponerme guapo y echarme flores será aquí. Y sí, siendo sinceros que es el propósito de esto, lo hice un poco con ese propósito, fui buscando de entre mis gustos, lo más extraño y extravagante, 1] para que los visitantes tuvieran oportunidad de conocerme (en mi lado más patético), y 2] para incluir a los ya mencionados, en un proceso de extrañamiento y de ¿qué película es esa? (Diego).

La importancia fundamental de estas redes y contactos virtuales, no reside sólo en su capacidad de multiplicarse o en su poder de convocatoria, sino en la proyección y validación de las necesidades de los jóvenes y adolescentes en sus ámbitos de pertenencia. Lo que allí se vuelve motivo de exclusión, aquí se transforma en condición de pertenencia.

Los jóvenes reniegan de los encasillamientos a los que son sometidos en el mundo real, en especial, los que los condenan a la estigmatización, rechazo o marginación, negándoles oportunidades de integración, participación y aceptación plena en muchos ámbitos significativos de su vida cotidiana:

Siempre he sido la persona más x de todos los lugares, soy antisocial y la popularidad nunca estuvo de mi lado, pero en el myspace, todos quieren ser amigos de la zuzia y yo me doy el gusto negando el acceso a mi espacio a mucha gente al día. Sí, es muy gracioso, pero así es y más gracioso aún es que, me muero de pena al escribirlo pero, en el myspace conocí al hombre que ahora amo (Gabi, 26 años).

En un reportaje reciente sobre la salida del armario de los jóvenes españoles, los entrevistados reconocieron que Internet fue clave para poder dar el gran salto de asumir la verdadera sexualidad: "Internet es el gran aliado. Ahí conocí a los primeros chicos. No puedo imaginar la vida de los que tenían que ir a un cine o a un bar de ambiente para ver gente como tú. Esa sordidez me la he ahorrado".⁴ El 83% de

⁴ Testimonio citado por Sofía Moro en su artículo "La generación sin armario", publicado por *El País Semanal* en su número 1689, del 8 de febrero de 2009, p. 46.

los jóvenes españoles son usuarios de redes sociales, pero los *gays* y lesbianas los usan el doble que los heterosexuales.⁵

Esto nos indica claramente que lo que se ha modificado no es el deseo de pertenecer, sino el sentido y las formas de la pertenencia. No es posible pensar la identidad sin alguna forma de pertenencia real y subjetiva. Silverstone señala (2004:156-157) que sentimos la necesidad de pertenecer, y necesitamos la confirmación de que en efecto pertenecemos: "Necesitamos que se nos recuerde y confirme constantemente que nuestro sentido de pertenencia y nuestra participación son valiosos [...] Soñamos con la comunidad. Con los elementos comunes y las realidades compartidas que la apuntalan. Soñamos con una vida con otros: la seguridad del lugar, la familiaridad, la protección [...] También es una cuestión de creencia, un conjunto de demandas de ser parte de algo compatible y singular [...]"] Las comunidades se viven, pero también se imaginan:

Soy tan antisocial que si no fuera por la web seguramente no conocería a mis nuevos amigos antisociales, ni los grupos musicales que ahora escucho, ni qué decir de mi amorlejanoamor [...] Amo asistir todas las noches a la misma reunión, a la misma casa web y ver a la misma gente, con algún invitado ocasional, y contarnos nuestras cosas. Como hubiera dicho Benedetti, he aquí que estamos reunidos: Lena, Víctor, HellCat, Drako, Valerie, Geo, Chicle, Ardillo, Nenista, Fess, Agony, Alezito, la zuzia y Daniela la vagina fluorescente, todos con nuestros personajes creados, tan falsos y tan reales como la casa donde todas las noches nos reunimos, nuestro c-i-b-e-r-e-s-p-a-c-i-o, hagamos orgías de pensamientos (Gabi, 26 años).

En las redes sociales, las diversas esferas de la intimidad de los sujetos, personal, familiar, de la pareja y de los pares, convergen y los límites entre una y otra se vuelven difusos, cualquier sitio de lo íntimo queda expuesto a la mirada pública.

Esta red es una biografía en tiempo real. Las redes sociales novelizan los relatos de la vida cotidiana y los hacen en formato multimedial. Con fotos y videos el usuario va contando su vida, o mejor mostrando su vida, momento a momento, al estilo de lo que era la tradición del género del diario íntimo. Aunque ahora tiene otro sentido: es diario pero no es íntimo, es justo todo lo contrario, es la total ruptura con el concepto de intimidad tradicional (Cabrera Paz, 2009:268-269).

⁵ *Idem.*

Exhibirse y practicar el voyeurismo es parte del juego y a diferencia de lo que ocurre en el mundo *off line*, son comportamientos completamente aceptados porque garantizan la condición de visibilidad:

Pero ahora se nos ofrece la posibilidad de husmear en las páginas de otros. Ellos jamás sabrán quién estuvo ahí, a menos que sean expertos en informática y tengan acceso a ciertos códigos de programación que la mayoría desconocemos (Jafeth).

En las redes sociales la privacidad no está destinada a proteger al observado sino al observador, cualquiera puede “espíar” la casa del otro que está hecha íntegra de ventanas, al estilo del *Gran Hermano* y cuya decoración virtual reproduce la intimidad del cuarto adolescente, aunque su propietario haya dejado de serlo. Las fotos, la música, los libros, las películas y los juegos preferidos. Como bien observa Cabrera Paz, las fotos que se suben, se exhiben y se comparten en la red han perdido toda “solemnidad”, no están posadas, no se cuidan los encuadres ni la iluminación. No obstante esas fotos poseen una gran eficacia para comunicar el sentido social de los personajes y las situaciones compartidas: “Los jóvenes, los nuevos herederos de la imagen pública, han acumulado el saber social mediático de cuánto y cómo debe comunicar una foto, de quién soy y qué estatus tengo. En las composiciones fotográficas no es difícil leer el grupo social que el usuario quiere comunicar, su estatus, sus consumos, sus aspiraciones de cómo quiere ser reconocido socialmente” (Cabrera Paz, 2009:270).

EL CHAT ABIERTO: LA INICIACIÓN EN LA ADOLESCENCIA

En nuestro grupo de estudio todos los entrevistados mencionaron la *chat*⁶ como un juguete fantástico que fue parte de su iniciación en In-

⁶ “Las *chats*, son textos que se intercambian sincrónicamente. Podemos definirlos, simplemente, como conversaciones espontáneas pero escritas. No cuentan con los signos paralingüísticos ni con la presencia física del interlocutor, pero sí con la dinámica de la oralidad, el marco de una conversación, su estructura, la sincronidad y el control de los hablantes sobre la interacción [...] La *chat* al ser escrita puede ser guardada como texto; esto les permite a los participantes tener presente lo dicho y controlar su interpretación. Por último, en este tipo de intercambio, el escritor se asume como hablante y las reglas del juego son las de una conversación común (Noblia, 2000:58).

ternet y también de su adolescencia, pero que luego fue abandonado porque la comunicación rápidamente encuentra límites en lo que se puede decir y termina estereotipándose:

Un tiempo uno se clava allí, pero ya después uno se dedica a otras cosas, creo que hoy ya me aburriría (Luis, 29 años, psicólogo).

Nuestros entrevistados refirieron que la mayoría de los contactos que tuvieron en los *chats* fueron efímeros o temporales, y los que lograron permanecer por cierto tiempo quedaron signados por la ilusión de un encuentro amoroso o amistoso en el plano de lo real. Si finalmente estos encuentros llegaron a concretarse la mayoría fracasó, al menos respecto a sus intenciones originales, si eran novios virtuales se volvieron amigos reales o simplemente ya no se comunicaron más:

Tuve contacto con un muchacho que se llama Miguel, pero ya que nos conocimos no nos seguimos tratando porque a mí no me pareció muy atractivo y yo a él creo que tampoco porque ya después no mantuvimos contacto (Magdalena, 23 años, estudiante de diseño).

Las expectativas formadas durante el intercambio virtual —cuando cada quien se construyó al otro a su medida—, incluso cuando previamente hubo intercambio de fotos y datos “reales”, casi nunca coinciden con quien se presenta en el plano de lo real, sin embargo, nadie se engaña sobre las posibilidades de éxito de estos encuentros, ni acerca de la verdad o falsedad de los datos que se proporcionan en un *chat*:

El hecho de saber que podías derramar tus diarreas mentales con alguien que no podía verte era muy divertido [...] era más bien como el morbo de observar cómo podías traspapelar personalidades, a lo mejor en una de esas hasta yo podía ser una mujer negra (Luis, 29 años, psicólogo.)

De hecho, lo verdadero y falso adquiere otra dimensión, en la realidad virtual no importa qué tan cierto o no es cada uno de los datos que se proporcionan. Todos juegan el mismo juego, y por esa razón nadie puede sentirse estafado, lo que importa es la “verosimilitud del personaje” (Mayans, 2002:193). En realidad, cada quien se muestra como quiere ser visto frente a sus propios ojos, el proceso de crea-

ción de un personaje para interactuar en la red es profundamente egocéntrico, para existir no se requiere en ningún caso confirmación o negación de los demás. Si alguien es expulsado de algún *chat*, foro, juego o comunidad virtual por mal comportamiento o violación de las reglas, puede solaparse en otro personaje y reingresar. Y este juego puede repetirse cuantas veces se lo desee, existe un enorme placer en vulnerar las fronteras de la estigmatización y la exclusión, lo que en el mundo real suele ser casi imposible:

Cuando te conectas a Internet, hazas lo que hazas nadie cuestiona tu calidad moral, nadie pregunta por el modelo de tu computadora, mucho menos por el color y en el caso de los hombres tiene otra ventaja, porque nunca nadie preguntará por el tamaño de tu mouse (Ramiro, 22 años, estudiante de ingeniería).

La posibilidad de ejercer el mal denominado “anonimato”, no expresa el deseo de pasar inadvertido, sino, por el contrario, de ser más reconocido a partir de mostrar frente a los otros rasgos físicos o características de personalidad que se consideran socialmente aceptables o se desea poseer:

Ser anónimo te puede proteger, ser otra persona, por ejemplo si eres gordito, puedes decir lo contrario y hasta sentir que eres otra persona (Manuel, 24 años, estudiante de medicina).

“Anonimia”, dice Mayans (2002:210), “significa ausencia de nombre. Y si hay algo que tienen todos los personajes, por efímeros que puedan llegar a ser, es nombre. Todas las acciones significativas de ese personaje serán atribuidas a ese nombre, a esa personalidad definida expresa y expresivamente”. El hecho de poder realizar cambios en el sexo, la escolaridad, la personalidad, o la pertenencia social o étnica, se convierte en un vehículo ideal para que los jóvenes proyecten aspectos negados o idealizados, liberen deseos reprimidos o asuman prejuicios contra minorías raciales, sexuales o étnicas que normalmente se autocensuran:

Ver qué se siente ser falsamente una mujer (José Alberto, 23 años, estudiante de psicología).

En persona es difícil que llegues con una tipa que no te gusta cómo se ve y la insultes porque tienes riesgo físico de que te responda (Alejandra, 22 años, estudiante).

Ejercer toda clase de pulsiones, manifestar deseos insatisfechos o liberar sentimientos agresivos, produce un alivio que contribuye a desactivar la violencia, tanto la que se expresa como la que se reprime en el plano de las relaciones cara a cara. Si todos pueden potencialmente simular ser *otro*, esto tiene consecuencias evidentes sobre la identidad y el sentido de la alteridad. El *otro* deja de ser alguien en particular para convertirse imaginariamente en muchos *otros*, mutar entre varios o volverse inasible entre las representaciones posibles. Esto provoca que la interacción, cualquiera que sea (aceptación, rechazo, negación, estigmatización, idealización, etc.), no produzca efectos reales sobre el destinatario que, además, seguramente no es quien dice ser, puede multiplicarse o simplemente desaparecer:

[...] al estar buscando yo un círculo para transportarme a otro mundo, les pregunté si me podían ayudar y uno de ellos me dijo que lo siguiera, yo coloqué mi personaje al lado del suyo y comencé a caminar, pero me escribió que sí me mostraría el lugar pero que tenía que ir atrás de él, que no juntara mi personaje con el suyo, yo le hice caso y cambié de posición a mi muñeco. En realidad ninguna de sus actitudes me importaba, sabía que era un juego y finalmente mi objetivo era simplemente jugar y experimentar el videojuego en línea, así que toleré sus comentarios que subieron de tono cada vez (Gabriela, 23 años, estudiante de comunicación).

Tampoco se requiere su presencia para establecer la frontera entre lo propio y lo extraño, de hecho, esta frontera no existe porque no puede asentarse en ninguna de las condiciones que fincan simbólicamente al *otro* dentro de un espacio, un tiempo, una personalidad, una cultura o una clase social.

EL MESSENGER: PARA LOS CONOCIDOS AUSENTES Y PRESENTES

Al entrar a la universidad, el *chat* es abandonado y remplazado por otra herramienta que todos juzgan más útil: el *Messenger*.⁷ El *Messen-*

⁷ El *Messenger* es un programa de mensajería instantánea que cualquiera puede bajar en su computadora. La diferencia entre en el *chat* y el *Messenger* es que mientras al primero accede cualquiera, el segundo está diseñado para que sólo ingresen aquellos contactos que el usuario agrega a su lista o da la autorización para que ingresen. El *chat* permite relacionarse con personas desconocidas de cualquier parte del mundo, el *Messenger* se utiliza básicamente para estar en contacto con los conocidos, amigos o familiares.

ger constituye un canal para relacionarse mayormente con los conocidos, tanto los que se ven cotidianamente, compañeros de clase y amigos, como aquellos que no se ven seguido por razones de distancia o familiares, o de no perder el contacto con aquellos que fueron muy significativos en el pasado:

Ya no decimos te veo en el café, ya decimos te veo en el Messenger (Luis, 29 años, egresado de psicología).

Me comunico con los del trabajo [...] y con gente que conozco y veo regularmente o con gente que ya conozco pero no veo tan seguido como quisiera (Judith, 29 años, estudiante de química industrial).

Tuve un periodo como de 3 meses, en el que utilicé casi diariamente el Messenger, por las noches, para comunicarme con un novio que tuve y que se fue de viaje a Estados Unidos. Conversábamos casi diariamente aproximadamente durante 4 horas. Me parece relevante mencionar que por ese medio llegamos a terminar nuestra relación (Maru, 25 años, estudiante de comunicación).

Desde la popularización de las redes sociales, como *Facebook* o el *Hi5*, el *Messenger*, aunque no ha perdido su carácter de mensajería instantánea, se ha ido especializando más como una herramienta de trabajo en red. Una de las aplicaciones más comunes es utilizarlo para realizar las tareas en equipo como enviar información, dividirse el trabajo, revisar la parte que hizo cada quien, realizar consultas o pedir orientación. En este proceso se intercalan bromas, pequeñas conversaciones y comentarios sobre asuntos personales o de la universidad:

A veces utilizo el Messenger con compañeros de la escuela con quienes nos repartimos el trabajo para que se haga un poco más ligero, a veces necesitas enviarle un archivo a alguien o un mensaje diciendo que no puedes con el trabajo o que te hace falta alguna información (Judith, 29 años, estudiante de química industrial).

Pero también manifestaron que cuando estaban en la universidad les gustaba reunirse para trabajar, platicar o tomar café. Nadie consideró que el *Messenger* podía remplazar a estos encuentros cara a cara, más bien los viven como alternativas que permiten ampliar las posibilidades de estar siempre en contacto, visibles y disponibles, realidad mediada que también permite experimentar el teléfono celular. El *Messenger* no representa una sustitución de esos vínculos

sino una recreación de los mismos en otro escenario. Tampoco representa la renuncia a los espacios tradicionales de encuentro, más bien se instituye como la posibilidad de darles continuidad en el flujo incesante de imágenes, narrativas, desplazamientos virtuales y reales.

UNA REFLEXIÓN FINAL

En el contexto de los continuos desplazamientos cotidianos, virtuales y reales, que realizan los jóvenes en las ciudades, Internet y el celular son experimentados como una estrategia individual y colectiva de cohesión, visibilidad e inclusión social. “Estar comunicados” no sólo representa una estrategia de control de la incertidumbre sino una defensa contra la amenaza de dispersión y el peligro de la exclusión.

La necesidad de establecer comunidades *on line*, se puede entender, por una parte, como la recuperación ilusoria de los lazos comunitarios pero en un formato *light*, que integre pero que no amarre, que contenga pero que no prescriba, que escuche pero que no juzgue, que ayude pero que no exija nada a cambio. En síntesis, que brinde sentido de pertenencia pero que no castigue ni margine a quien escoge salirse; y, por otra, como una manifestación explícita e implícita del deseo individual y grupal de lograr una mayor tolerancia y reconocimiento de las diferencias.

En la realidad virtual, lo comunitario se finca en contactos efímeros con otros jóvenes, unidos sólo por un interés coyuntural, cuando se agota o cambia, “la comunidad” desaparece o se establece con otros. Asimismo, lo comunitario alude a los gustos y preferencias compartidas y escogidas libre e individualmente. Tampoco se rige por obligaciones morales, códigos o normas, ni tiene un pasado que la marque ni un futuro que la comprometa, cada quien puede fundar y refundar comunidades cuantas veces lo desee.

Las comunidades virtuales abren nuevas formas de comunicación que circulan por canales paralelos y no obstante están intercomunicadas a nivel de los deseos insatisfechos o reprimidos, las pulsiones amorosas, las angustias existenciales, el deseo de trascender, y la ilusión de control de lo que está fuera de nuestro alcance. En este sentido, cumplen una función de compensación importante porque

permiten tolerar mejor las limitaciones o frustraciones de los vínculos tradicionales, ampliar las posibilidades de encuentros y sortear ilusoriamente las dificultades y el tiempo que provocan los encuentros reales o la falta de ellos.

A pesar de la proliferación creciente de las redes y comunidades virtuales, no hay elementos para pensar que replacen los vínculos familiares, las relaciones amorosas o las formas de sociabilidad tradicionales. Más bien se ubican recreando idealmente espacios afectivos y recreativos que han entrado en crisis o cubriendo aspectos que se muestran insatisfactorios. La red sirve fundamentalmente para estar en contacto con los conocidos con los cuales se tiene un fuerte vínculo afectivo que se construyó en el mundo real (parientes que viven lejos, amigos de la preparatoria, novios); o una relación cotidiana intensa con los compañeros de la universidad planteada a partir del trabajo en equipo, el intercambio de información, o la socialización informática. En el sentido expuesto, por el momento no habría elementos para pensar que los intercambios virtuales estén debilitando o reemplazando las formas de encuentro y de sociabilidad tradicionales. Más bien parecen ubicarse como estrategias de reforzamiento, y de recreación de estos vínculos, ciertamente amenazados por las distancias y las separaciones, en el espacio virtual.

CAPÍTULO IV. LA CONEXIÓN, ÁMBITO DE CONSUELO Y MANIPULACIÓN DE LA BIOGRAFÍA

A todas las mujeres, y a todos los hombres
que el exilio, el azar o la migración les fracturó
la biografía, especialmente a aquellos
que compartieron conmigo sus historias de amores
recuperados en Internet.

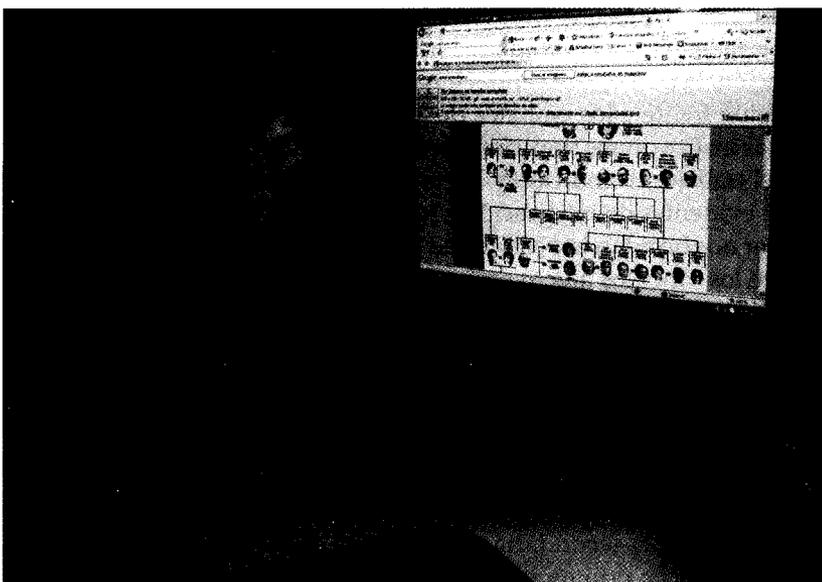
Internet y el teléfono celular son una poderosa fuente de consuelo disponible, permanente e instantánea, para aliviar el sufrimiento social y personal que provocan las enfermedades físicas, los padecimientos psíquicos, las adicciones, la estigmatización, la amenaza de disolución familiar y el riesgo de fragmentación biográfica. Necesitamos consuelo porque las fuentes que tradicionalmente nos brindaban certidumbres están erosionadas real e imaginariamente. El vínculo social que permitía integrar nuestras biografías en un imaginario colectivo e histórico de pertenencia se ha fragmentado y debilitado. Los relatos que tradicionalmente organizaban el sentimiento de pertenencia a comunidades imaginarias (Andersen, 1993) como la nación, la patria, o el ser nacional, han menguado su capacidad de cohesión frente a los embates de la globalización. Lo mismo sucede con las instituciones tradicionales como la familia, la escuela, la colonia, el trabajo, el sindicato y los partidos políticos, que ya no son lugares evidentes de integración e identificación. Internet y el teléfono celular nos brindan la posibilidad de recrear y nombrar permanentemente los vínculos afectivos, generando realidades paralelas donde se multiplican los escenarios que nos confirman una y otra vez que existimos y que los otros existen para aliviar la incertidumbre.

Por eso nos produce tanta angustia olvidar o perder el celular o la *lap top* más que cualquier otro objeto, porque apreciamos profundamente no sólo la posibilidad de cargar o guardar nuestra biografía, sino la de rehacerla y manipularla. Posibilidad que nos permite recuperar todo lo que hemos perdido, olvidado o extraviado en el camino: amigos de la secundaria, compañeros de la militancia, novios de la adolescencia, primos en el extranjero, el árbol genealógico, amores

platónicos, recetas familiares, imágenes de la niñez, canciones y publicidades de moda en nuestra juventud, y, por supuesto *coleccionar* mucha información sobre los aspectos más inocuos o trascendentes de la vida. En esos escenarios virtuales la identidad y el cuerpo pueden ser objeto de recomposición, y la biografía, amenazada de fragmentación y del *sin sentido* (Lechner, 2002:55) puede recuperar o rehacer su sentido individual y social.

En lo que sigue presentaremos tres casos que son significativos de las relaciones afectivas que las personas de más de cuarenta años establecen a menudo a través de Internet. Obviamente no representan todos los casos posibles de historias de amor en la red, si los hemos escogido es porque son especialmente emblemáticos del tipo de amalgama simbólica que instaura Internet en la subjetividad contemporánea de una generación que se quedó a caballo entre dos siglos, marcada por el fin de las utopías de cambios revolucionarios en el siglo pasado, y renuente a creer en las nuevas utopías que la tan mentada *Sociedad de la Información y del Conocimiento* promete para el futuro.

A pesar de las innegables diferencias que separan a estas generaciones con las que ya nacieron en la era digital, y también de los



procesos disímiles de apropiación de dicha tecnología, Internet se vuelve central en el proceso de manipulación y recomposición de la biografía de quienes lo utilizan. En el caso de las personas de más de cuarenta años, la emergencia de dicho proceso se expresa en la nostalgia de las certezas ontológicas de la niñez y de la adolescencia, y en la recreación y ampliación a través de Internet de la intimidad que les permite un viaje hacia las profundidades de la memoria mediante un ejercicio de autorreflexividad. Por el contrario, en los jóvenes, como ya vimos en el capítulo anterior, la experiencia de “retocar” la biografía se da a la inversa: deviene desde las profundidades del anonimato a la visibilidad *cuasi* obscena de la superficie.

La palabra “manipulación” tiene dos significados asociados a la conducta humana. Según el diccionario *Pequeño Larousse Ilustrado* (1997) (disculpe el lector si no consulté *Wikipedia*), una literal que refiere a la acción de hacer las cosas con las manos “operar con las manos o con cualquier instrumento”, y otra metafórica que significa “gobernar los asuntos propios o ajenos”. La segunda, en el uso coloquial suele tener una connotación negativa, pero para el caso de este apartado, manipular tendrá los dos sentidos mencionados, el literal y el simbólico, más no la connotación negativa.

Internet requiere de las manos para poder ser utilizado. Aunque ya existan computadoras con sofisticados lectores y decodificadores de la voz, es indudable que el acceso y la apropiación de Internet están mediados por las manos. Las manos expresan, más que cualquier otra parte del cuerpo, nuestro *hacer* en el mundo. El diccionario recupera más de cincuenta expresiones de uso metafórico como: “hecho a mano”, “mano a mano”, “la mano derecha”, “estar a mano”, “traer entre manos”, “cargar la mano”, “a manos llenas”, “de segunda mano”, “con las manos en la masa”, “petición de mano”, etc. A través de ellas creamos, gesticulamos, ordenamos, destruimos, envolvemos, aplastamos, plegamos, partimos, alisamos, revolvemos, acariciamos, golpeamos, ejercemos la ternura o la violencia, acercamos o alejamos a los objetos y a las personas y, por supuesto, escribimos y tecleamos en la computadora y en el celular. En pocas palabras, con las manos asimos y soltamos desde muy pequeños al mundo que nos circunda. Es difícil pensar entonces, que la operación de manipular la computadora tenga sólo un sentido instrumental, por el contrario, encierra una profunda carga simbólica que remite al segundo sentido del diccionario: “gobernar los asun-

tos propios y ajenos". Es indiscutible que en los circuitos del poder económico, político, militar y científico, el dominio y manipulación de esta tecnología les permite realmente ejercer el control sobre "los asuntos propios y ajenos", pero para la mayoría de los mortales dicho control es imaginario.

La computadora expresa, al igual que cuando éramos niños, nuestro escaso y omnipotente dominio del mundo. De niños, la relación con los objetos pequeños y manipulables, a los cuales chupábamos, sacudíamos, abríamos, y tirábamos con curiosidad, placer o enojo, eran todo el espacio posible no sólo para elaborar el duelo de separación de la madre (Winnicott, 1999), sino para conocer y aprehender el mundo. En nuestro mundo de adultos, donde la incertidumbre se ha vuelto la moneda de cambio de todas las operaciones cotidianas de compra-venta de certezas, la computadora y el celular, cual ositos de trapo, tienen un efecto calmante cuando nos ayudan a restituir el sentimiento de recuperar el control sobre nuestra biografía y circunstancias.

Alicia y Gustavo

Alicia, una exiliada argentina que vive en España desde hace 30 años, perdió el eslabón que la unía a un pasado de terror, muerte y desapariciones de la época de la dictadura. Pero junto con ello extravió su niñez, sus amigos de la secundaria, sus compañeros de la universidad y su primer amor de adolescencia.

En todo este proceso de empezar el puente que yo necesito es conectarme conmigo, es decir conmigo misma. Es que yo había perdido incluso mi propia conciencia de mí misma, yo no sabía cómo era antes de la militancia [...] incluso yo no tenía casi recuerdos, yo no recordaba cómo era, como que yo me recordaba dentro del partido o me recordaba post en España, pero ni cómo me vestía, no tenía casi recuerdos, estaba todo borrado.

La palabra clave que usa Alicia para explicar su ruptura con el pasado es *desconexión*, y lo hace sin mencionar a la computadora. Su insistencia en marcar que esta desconexión es "consigo misma" nos muestra claramente que lo que perdió no es externo a ella. Es algo que aun estando dentro de ella estaba "desconectado". Y volver a conectarlo requería una operación de manipulación de su biografía,

reuniendo los fragmentos dispersos, las huellas y las marcas del pasado para volverlas a dotar de significado, no el que tuvieron en el pasado sino el que hace sentido en el presente.

Luego de una terapia psicológica en un centro especializado para víctimas de la tortura y la represión que apeló a su capacidad de resiliencia, Alicia recuperó su historia a través de Internet treinta y cinco años más tarde. Alicia declaró en los juicios como sobreviviente acusando a sus captores y represores, también responsables de la desaparición, tortura y muerte de su marido. Pero el proceso que referiremos aquí, alude al aspecto más íntimo de reconstrucción de su biografía donde Internet, por una parte, actuó como un mediador en su sufrimiento, catarsis y recuperación de los lazos que la unían al pasado, y por otra, le permitió construir un puente simbólico entre el presente y el pasado.

La primera etapa fue la búsqueda de una pista que le permitiera establecer contacto con la familia de su marido desaparecido. En varias oportunidades, y en distintos viajes a Argentina, lo había intentado indagando en el directorio telefónico, recorriendo las calles de la colonia donde habían vivido, preguntando a los vecinos, pero se habían mudado y nadie sabía darle una razón. Cuando a finales de los noventa tiene acceso a Internet intenta una nueva búsqueda y ahora sí encuentra una pista.

Unos meses antes de viajar [a buscar a la familia de su marido desaparecido] se me ocurrió buscarlos en Internet [...] entonces me meto en Yahoo pongo el nombre y me aparece el nombre de una maestra de una escuela primaria [...] Entonces inmediatamente cuando me sale en el listado del cuerpo docente de la escuela su nombre yo escribo una nota a la directora de la escuela, diciendo que soy una vieja amiga de la familia y que los estoy buscando.

Tal vez Alicia no hubiera necesitado estrictamente de Internet para realizar esta operación afectiva y emocional de ensamblaje, porque el espacio de la terapia psicológica hubiera sido suficiente, pero la aparición de esta tecnología en su vida le permitió generar múltiples y diversos escenarios de ensayo, montaje y conexión de las piezas extraviadas. Alicia tuvo que desarrollar ciertas habilidades para manejar el *software* con todos sus programas y aplicaciones, pero no son éstas las ventajas que advierte para rehacer su biografía. En su relato jamás aparece ninguna referencia a las posibilidades operativas de los sistemas y paquetería que utiliza, ni siquiera sabe cuáles son. La

apropiación que Alicia hizo de Internet se produjo en un espacio de mediación simbólica entre ella y la máquina, donde necesariamente ésta debió ser humanizada para volverse una interlocutora válida.

Yo le digo el Señor Google, voy a consultar al Señor Google ¡EL ORÁCULO! [risas] Sí, aparte para mí es como una persona que está en mi casa porque le puedo hacer preguntas.

Alicia se refiere a Internet como el “oráculo”, expresión muy utilizada por los usuarios habituales de los motores de búsqueda como Google o Yahoo. Y la metáfora no puede ser más acertada para reconstruir el sentido de estas búsquedas. Los oráculos, cual espejo de nosotros mismos, más que información nos dan claves para reconstruir el rompecabezas de nuestras vidas, entender los acertijos no resueltos del pasado, y adivinar qué nos depara el futuro. Los buscadores no te muestran el mapa de tu vida, sólo te dan pistas y fragmentos de información que, al igual que en una novela policíaca, el interesado debe reconstruir a partir de un conjunto de referencias muy íntimas y personales. En ese sentido Internet nunca se comporta para quienes lo utilizan como un gran espacio abstracto y neutral de información. En el imaginario y en las prácticas de apropiación de la red, Internet *es*, en la medida que puede ser usado y significado a partir de necesidades y experiencias individuales o compartidas colectivamente, y que sólo adquieren sentido en el universo simbólico y en la biografía personal de quienes lo utilizan.

Alicia, alentada por sus otros descubrimientos en la página de Yahoo, decide que es hora de buscar a su primer amor de adolescencia, asignatura pendiente por la interrupción de la militancia política en su vida:

En enero del 2006 se me ocurrió por primera vez poner el nombre de él en Google, entonces me meto y aparecen cinco personas con ese nombre [...] Y veo una carta en el correo de lectores que había aparecido en el periódico [...] con una dirección de e-mail. Cuando vi el tono y el texto y vi el nombre de “viejodinosaurio@”, digo —éste es de izquierda, seguro, porque sólo la gente de izquierda habla de los dinosaurios [...] Entonces yo mandé un e-mail que decía algo así como: “—estoy buscando a Gustavo, soy una vieja amiga (no iba a decir la novia de 17 años), la persona que yo busco cursaba Filosofía a finales de los 60” [...] y firmo Alicia [...] y eso lo mando a las 8 de la mañana de España, como a las 5 de la tarde recibo una carta de cuatro páginas... que empieza diciéndome, —sí soy yo ...yo siempre había estado enamorada de él, no fue que nos encontramos desde la nostalgia [...] sino que había habido una

historia de amor muy profunda que había quedado congelada... y que esa historia y el paso de los 35 años habían hecho a cada uno procesar las cosas, pasar por distintos lugares.

Un encuentro amoroso virtual por breve, circunstancial o azaroso que sea, encierra desde sus inicios la promesa de que se concrete en el plano real, ya sea que se haya establecido entre dos personas que se conocían previamente o no. Y tal vez, éste sea uno de los aspectos más negados o subestimados por los profetas de los cambios revolucionarios que Internet está provocando en nuestras vidas: el peso de la necesidad de capitalizar en el mundo *off line* todo lo que obtenemos *on line*. Nadie inicia un romance virtual, o la búsqueda de “una asignatura pendiente”, sin la expectativa de que pueda materializarse en un contacto cuerpo a cuerpo. Internet es un espacio para ampliar nuestras posibilidades amorosas y afectivas, para trascender el estrecho círculo (aun si vivimos en grandes ciudades) de nuestras relaciones y circuitos habituales. Un gran espacio para cazar nuevas especies o recuperar especímenes en extinción, cuando sentimos que nuestra pequeña laguna de contactos y relaciones se está secando incluso de sus variedades habituales.

Después de varios meses de intercambios virtuales, Alicia y Gustavo se encuentran en Argentina y necesitan confirmarse que todo lo que se dijeron a través de la red no ha sido un espejismo sino una realidad que puede ser reeditada luego de 35 años. Necesidad del presente pero anclada imaginariamente en el pasado como asignatura pendiente:

Estuvimos viéndonos durante un mes casi cada día, creo que fue la relación más fácil de retomar, es como si nos hubiésemos dado unas vacaciones, es como cuando un amigo se va de viaje y vuelve al mes así fue el reencuentro, pero había un periodo de 35 años de por medio. Lo armamos y detallamos, es decir nos hablamos todo y nos contamos todo con fotos (antes del encuentro cara a cara). El primer encuentro fueron 7 horas sentados en la mesa con el café [...] Yo en el proceso de esos encuentros empecé a notar que me perturbaba desde otra perspectiva que no era sólo la recuperación de viejo amigo, pero bueno, me lo negué absolutamente... A él le pasaba lo mismo, hasta que un mes después de volver a España nos declaramos los dos lo que nos estaba pasando.

En el proceso de bucear en su pasado y darle un sentido desde su presente, Alicia va y viene entre sus realidades *of line* y *on line*, donde Internet no funciona como una plataforma tecnológica, de la que ni

siquiera tiene conciencia, sino como una plataforma simbólica que se va amalgamado con su propio proceso interno de abrir y cerrar puertas entre el pasado y el presente. “Estar conectada”, “recuperar la conexión”, o “volver a conectarme”, son expresiones que aluden al mismo tiempo al proceso físico de relación con la máquina y al proceso emotivo de su duelo.

Alicia y Gustavo crean en Internet realidades paralelas, mundos fantásticos para poder comunicar lo que sienten en distintos tiempos y planos emotivos, para poder mostrar diferentes pliegues de sí mismos. Su apropiación de Internet no es un acto externo a sí mismos, la red no es una prótesis afectiva puesta en el lugar de lo que no hay, sino un recurso que por una parte, les permite realizar un despliegue narcisístico a través de un proceso autorreflexivo, y, por otra, diferir los espacios de la comunicación creando vínculos entre unos y otros.

Internet nos ha permitido desarrollar distintos planos de relación [...] Tenemos juegos de personajes que hemos ido creando que se escriben entre sí, es paralelo a que nosotros nos escribimos como Gustavo y Alicia [...] Y la inmediatez de la ansiedad [del teléfono] está mucho más controlada en Internet [...] entre nosotros al e-mail le decimos mariposas, porque son cartas que van a una velocidad muy rápida, son cartas que vuelan y esas son nuestras mariposas, pasa que cuando hablo para los demás digo e-mail, pero para mí un e-mail es cuando pasas un documento, pero cuando escribes páginas y páginas y páginas son cartas pero llegan rápido vuelan [...] Internet es nuestra vía para contarnos todo desde lo que me pasa a mí hoy, de mis dudas con respecto a todo, de mis miedos respecto a todo.

Alicia y Gustavo construyeron un mundo propio, con varias capas de intimidad y metalenguajes amorosos de bosques encantados, castillos, princesas y mensajeros. Pero no era un mundo para compartir con los otros, era un mundo que sólo adquiriría sentido en la medida que tenía ciertas claves que sólo podían ser comprendidas entre ellos. A diferencia de lo que ocurre en la redes sociales como Facebook, no estuvo hecho para ser mostrado ni exhibido frente a los extraños o ajenos a la historia. Fue la recuperación de una historia de amor que tampoco estuvo destinada a tener un final feliz —aunque éste fue añorado e imaginado de mil formas—, sino a resanar la biografía de cada uno. Alicia y Gustavo hicieron el intento de vivir juntos en Argentina, pero en el mundo de las rutinas tuvieron que reconocer que cada uno de ellos era otro más allá de sí mismo, con

necesidades propias y diferencias difíciles de negociar en la convivencia. Se siguen escribiendo pero ya no viven juntos. Alicia regresó a España donde vive actualmente.

Lucía y Damián

Antes de la aparición de Internet es probable que a Damián no se le hubiera ocurrido buscar a Lucía para contarle que, después de sufrir un infarto y repasando su vida en la sala de terapia intensiva, se había acordado de ella como un amor platónico e imposible de la adolescencia. Aun sin Internet, es muy probable que la hubiera evocado y hubiera deseado encontrarla, pero Internet le permitió mágicamente pedir el deseo y verlo cumplido. Mientras para Alicia Internet funcionó como el Oráculo, para Damián fue la Lámpara de Aladino de sus deseos. En el mundo que vivimos, hay muchas cosas fuera de control pero ninguna tan determinante de nuestros terrores como la falta de control sobre la propia muerte (Bauman, 2007). De ahí que la propia muerte, que ya no tiene un lugar en el paraíso, ni puede dejar una herencia garantizada de genes en un mundo tan amenazado de catástrofes naturales y provocadas por el hombre, obliga a buscar en la recreación y recuperación de la propia biografía una fuente de consuelo y de sentido.

Al igual que en el caso anterior, la memoria de Damián ha guardado al primer amor como inocente y puro, desposeído de malicia y de cálculo, y capaz de reflejar su verdadera esencia, aunque en el proceso de construcción y afirmación de su identidad no haya habido nada parecido a una estructura inmutable que tuvo la capacidad de transformarse sin perder su esencia. Pero es precisamente este sentimiento de amenaza o fractura de la esencia, la que vuelve emergente la recuperación del pasado mítico. Obviamente se trata de una operación imaginaria de restitución del sentido original donde incluso el sufrimiento que Lucía le pudo haber ocasionado a Damián por su amor platónico no correspondido, es reivindicado como un acto de pureza.

Querida Lucía:

Desde que cumplí los 50 años, y debido a algunos problemas de salud que tuve, estoy haciendo una recopilación de mi vida. Sin duda mis recuerdos de la preparatoria no pueden pasar sin recordarte. Espero que estés bien y que nos pongamos en contacto.

Un beso, Damián

Hola Damián:

Parece que a todos nos pasa lo mismo, ya tengo un tiempo tratando de recuperar mi infancia y mi adolescencia, pero tengo muchas dificultades para recordar. Después que me fui a los 17 años, en algún momento del largo periplo que siguió parece que mi mente bloqueó los recuerdos, supongo que para que no me doliera tanto. Ayúdame a recordarte y también a nuestra escuela secundaria.

Un abrazo, Lucía

Querida Lucía:

Yo iba a 5 y tú a 4 año. Al principio no tenías buenas relaciones con tus compañeros de curso, por lo que pasábamos los recreos hablando mucho entre nosotros. También nos íbamos juntos al finalizar las clases hasta la parada del autobús. Para mí tú eras la chica más linda e inteligente que había conocido hasta ese momento [...] Éramos muy amigos y manteníamos cierta distancia pero yo de a poco me enamoré perdídamente de ti. No te preocupes, no soy Florentino Ariza de "Amor en tiempos del cólera". Te tengo profundo cariño y un recuerdo muy marcado de ti de ese poco tiempo que estuvimos en contacto.

Un beso, Damián

Querido Damián:

De golpe me pusiste el pasado sobre la mesa y no sé qué decirte, me sacudió mucho, tengo que digerirlo de a poco. Me acordé de casi todo lo que cuentas y de ti también, pero primero déjame ver si estoy en lo cierto, ¿tú eras un muchacho güero, verdad? Te agradezco todo lo que me cuentas, y no deja de enorgullecirme de que te hayas acordado de mí en la terapia intensiva y ojalá esos recuerdos te hayan ayudado a recuperarte. ¿Pero qué fue lo que te pasó?

Un abrazo, Lucía

Querida Lucía:

Muchas gracias por tu mail. Realmente tenía miedo que no me respondieras, que te asustaras de un obsesivo anónimo que aparecía en tu vida y te contaba cosas que ni te acordabas de tu adolescencia. Lo del corazón no fue nada grave, un simple infarto ya hace 3 años [...] En la Unidad Cardiológica pasé horas enchufado a diferentes cables y tubos por lo que pasé un gran susto. En el medio de la soledad de la sala me puse a recordar qué cosas había dejado atrás y quería reconciliarme. "Mis mujeres" que llevo en el corazón, no fueron muchas, pero con todas ellas he sufrido y me han dejado cicatrices. Recordarte, Lucía, fue entre todas la más placentera, te veía como "un ángel" quizá por haber sido la más platónica, oculta y distante de todas mis relaciones. Creo que a nadie se lo conté y nunca supe si te habías dado cuenta.

Besos, Damián

No es necesario haber sufrido el exilio o la migración, ni siquiera haberse mudado de la misma ciudad, para sentir un exilio de sí

mismo. El exilio, es un lugar desde donde no se regresa jamás, dice Tomás Eloy Martínez en su última novela *Purgatorio* (2008). El escritor se refiere al exilio político, pero probablemente también sea una metáfora para un sentimiento contemporáneo que fractura imaginariamente la esencia mítica del pasado "sólido" con la vulnerabilidad del presente "líquido" (Bauman, 2002). Por algo la palabra *migrar* es tan denotada en los medios de comunicación impresos y electrónicos, aunque los migrantes se hayan convertido en una realidad de proporciones innegables en las grandes ciudades y capitales de! mundo, *migrar* ha adquirido un sentido metafórico de amenaza de fragmentación de la biografía también para los que no migran, que son la gran mayoría de los habitantes de la tierra (Winocur, 2009).

Damián y Lucía se escribieron, se hablaron y se enviaron mensajes a través de los celulares durante un tiempo. Intercambiaron fotos del pasado y del presente, chismes, referencias de amigos y compañeros comunes, recordaron la música, los libros que leían en la época de la preparatoria, los bares que frecuentaban y las calles que recorrían. También jugaron a encontrarse en un plano erótico fuera de la red para realizar la fantasía del amor platónico de Damián en la adolescencia, pero esto nunca se concretó porque nunca se vieron y cuando la actualización biográfica llegó a su fin dejaron de escribirse.

Tampoco fue una historia destinada a tener un final feliz, sino a resanar sus biografías pero en un sentido distinto al de Alicia y Gustavo. Ambos se habían mudado de la ciudad natal, pero no era la ciudad lo que necesitaban recuperar. Ambos estaban casados y vivían con sus familias, más o menos feliz o infelizmente según el lugar desde donde le contaban su historia al otro, pero no era eso lo que querían cambiar. Ambos tenían profesiones satisfactorias, aunque no eran las que proyectaron en su adolescencia, pero no era eso lo que buscaban transformar. Lo que ambos necesitaban, querían y buscaban era recuperar ese lugar fundacional que representa el primer amor y los amigos de la adolescencia, al que es necesario regresar para no perder la huella de la existencia, ese lugar que pareciera explicar lo que somos y lo que no somos, la seguridad ontológica a la que se refiere Giddens (1996), y que el escritor Javier Marías en su columna dominical de *El País Semanal* describe muy bien así. "Éste es mi lugar. Éstos son mis compañeros primeros, con los que eché a andar por el mundo y con los que conviví a diario durante trece años

fundamentales [...] aquí están las primeras chicas que me gustaron, mis primeros enemigos [...] aquí están mis primeros amigos a los que procuré ser leal, aquí mi primera representación del mundo, en la que aprendí ya casi todo" (Marías, 2009:90).

Por eso, y a pesar de que Damián tenía una familia cariñosa y contenedora que lo cuidó amorosamente durante su convalecencia, necesitaba regresar a ese lugar ontológico de las primeras seguridades y certezas de la infancia y adolescencia. Necesitó de su propia biografía reconstruida a través de Internet para buscar consuelo frente al temor de la muerte. Pero de todos los amores escogió al que se quedó como un deseo sin cumplir, como una promesa inacabada, como un símbolo de todo lo que no pudo escoger ni controlar en su vida.

Valentina y Guillermo

Valentina tiene 52 años, y hace tres años se divorció de su segunda pareja. La familia de Valentina se exilió cuando ella era una adolescente. Eso la marcó dolorosamente, al igual que a Alicia pero en un sentido distinto, porque como todos los hijos de exiliados políticos y económicos, el quiebre de su biografía sólo podía explicarse por las elecciones y circunstancias que obligaron a sus padres a salir, que no fueron las suyas. Luego que cambiaron las condiciones políticas que los habían obligado a migrar, sus padres y hermanos regresaron a su tierra natal. Pero Valentina produjo sus propios exilios de la tierra que alojó a su familia, de sus padres y también de sí misma. Se mudó incontables veces y vivió en varias ciudades de continentes diferentes hasta que finalmente se estableció en España. Por el contrario, Guillermo, al igual que Gustavo, nunca se exiliaron. Guillermo salió a estudiar su doctorado pero regresó, se casó con la novia de siempre, se estableció en la ciudad de siempre y trabaja en la universidad de siempre. Valentina y Guillermo se habían encontrado en sólo cinco ocasiones poco tiempo antes de que él saliera a estudiar fuera y que ella se mudara a otro país con su primera pareja. Se habían gustado, habían coqueteado, pero eso fue todo. Veinticinco años después Valentina buscó a Guillermo por Internet en un momento muy particular de su vida. En su biografía se había producido un nuevo quiebre al divorciarse de su segundo marido nativo del lugar, lo cual

la regresaba más obvia y dolorosamente a su condición de extranjera y además le habían detectado un tumor en el pecho.

"EL PRINCIPIO"

El proceso de rehacer la biografía a través de Internet, requiere de una serie de episodios marcados por un inicio, un momento de *clímax* y un momento de cierre, donde al igual que en las telenovelas, el guión se va escribiendo sobre el camino. El principio de una relación por Internet requiere de un tiempo de presentación y actualización de la biografía frente al otro. Esto habilita, al igual que en los otros casos, un ejercicio autorreflexivo, que se caracteriza por la condensación de la vida en cierto orden, no necesariamente cronológico, que selecciona ciertos aspectos para mostrar y excluye otros ya sea por omisión o negación. Muchos de mis entrevistados reconocen en esta experiencia una especie de desdoblamiento de sí mismos. Paradójicamente, necesitan tomar cierta distancia para poder hablar de sí mismos. Son personajes reflexivos, como no pueden serlo en el torbellino y los "como si" de la vida cotidiana, que con la motivación de presentarse frente a los otros, se van explicando y justificando a sí mismos la razón de su existencia, de sus actos, de sus deseos, sueños, temores, logros y fracasos.

Hola Guillermo:

En muchas ocasiones me he acordado de ti y me preguntaba cómo te estaría yendo en la vida [...] nuestro encuentro fue fugaz, casi insignificante, pero ahí quedó, grabado en la memoria con anécdotas, algunas divertidas, como cuando grité como histérica al ver una cucaracha voladora y decidiste que no podía ser mujer para ti, con tu afición a los bichos y demases seres sub-humanos. Yo vivo en España. Si vienes a algún congresillo por aquí, avísame y nos contamos la vida... la mía al menos ha sido muy intensa, variada, con penas y alegrías profundas. Por cierto [...] ¿te acuerdas de mí? Valentina

Valentina!!! ¿Cómo no me voy a acordar de ti??? Qué sorpresa más extraordinaria! Viva Internet! ¿Por dónde empiezo? La última vez que nos vimos fue en la despedida en mi casa, días antes de irme a empezar mi doctorado. Bueno, terminé mi doctorado, me casé con la muchacha con la que apenas estaba empezando en aquellos días y tengo dos hijos. Trabajo en la universidad desde hace casi 20 años y sigo haciendo investigación. Tengo que registrar "el cajón de los recuerdos" para ver si conseguí una foto en la que sales tú en la fiesta en que nos conocimos (creo).

He ido a España un par de veces en estos años y espero volver, así que tengo que conseguir una excusa para ir a verte. Espero mantengamos el contacto. Un beso, Guillermo

Hola Guillermo

Y mira qué chistoso, aquí me tienes hablando de esto-que-no-fue-pero-pudo-ser-hace-25 años. Es verdad que no nos vimos muchas veces, pero ¿por qué me quedé con tu recuerdo intermitente, si tampoco hubo algo tan profundo, al menos conscientemente? Tampoco hubo nada de piel que es algo que suele dejar más huella. Debe ser que algo hay que no controlamos ni tú ni yo y que nos ha acercado esta vez. Porque otras veces que me acordaba de ti, no me metí a Google para buscarte. Podrías haberme contestado el saludito y ya está... pero aquí estamos, a mail diario y yo enganchada a ti, por lo menos. Hay otra razón por la que te busqué. Porque no quiero dejar de hacer lo que siento. Porque es muy fuerte sentir que has tenido la posibilidad real de morirte de cáncer, pero que te has podido salvar... El cáncer ya está fuera de mi cuerpo. Estoy con radioterapia diaria hasta principios de mayo, son 38 sesiones [...] Mi ánimo está bien (y ahora aun mejor con tu cercanía) pero he tenido una tremenda removida. Si ya vivía con la intención de disfrutar de "aquellas pequeñas cosas", ahora aún más. Bueno, Guillermo, ya está. Vale, me voy a la cama. Para mí son la 1:15, para ti aún no llega la noche. Te mando un beso, el que se te olvidó darme hace 25 años.

Valentina

"EL CLÍMAX"

Los veinticinco años de separación entre Valentina y Guillermo, donde ninguno supo ni necesitó del otro fueron reinterpretados a la luz del reencuentro. Imaginariamente parecía que todo ese tiempo hubiera transcurrido sólo para posibilitar la recuperación de una promesa de amor inconclusa que quedó congelada en el pasado, destinada a cumplirse muchos años después. Esos veinticinco años no fueron negados, omitidos, borrados o destruidos, sino condensados en el sentido psicoanalítico de los sueños, de forma tal que se reelaboraron como símbolos de otros símbolos, que a su vez aludían a otros símbolos de la niñez y la adolescencia. Está muy lejos de mi intención hacer aquí una interpretación psicoanalítica de lo que ocurrió entre Valentina y Guillermo, si tomo la idea freudiana del funcionamiento del sueño, es para explicar que la rapidez y la intensidad con la que todo ocurrió entre ellos no fue sinónimo de superficialidad, falta de compromiso o espejismo virtual, sino de la necesidad de compactar la extrema densidad de la vida para que pudiera adecuarse al *síno* del encuentro.

Al igual que en los otros casos, Internet actuó como una plataforma simbólica donde fue posible manipular, en sentido real y en sentido metafórico, la biografía de cada uno para poder realizar una operación de sutura entre el pasado y el presente que los unía.

Creo que lo más grande que me ha pasado en mi vida, me está pasando ahora. Tengo un amor profundo por esta persona extraordinaria que está tan lejos y estoy en una situación en la que se me hace tan difícil poder concretar este amor. Pero ahí no te estoy diciendo nada nuevo, eso ya lo sabes. Me jode enormemente no poder estar contigo. ¿Y qué hacer? Bueno, en eso estamos claros. Nos disfrutamos como lo estamos haciendo y sufrimos porque no nos queda más remedio, hasta que llegue el momento maravilloso de vernos y consumir nuestro amor. A partir de ahí, nueva etapa. No te voy a repetir mis posibilidades de irme contigo porque ya lo sabes y quedamos en que íbamos por partes y esa parte no la podemos resolver todavía.

Así que te ofrezco toneladas de amor virtual hasta agosto, a falta de un milagrito previo. Y es eso: toneladas y toneladas de amor, virtual porque va por estos medios electrónicos, pero es absolutamente verdadero.

*Te quiero,
Guillermo*

Te mando "Debo" que te faltaba para la colección 1 de nuestro CD. Te va a gustar. Tiene que ver con nosotros porque trata de algo así como revivir cosas que uno hacía antes y dejó de hacer. Pero en nuestro caso, no "debemos" hacer nada, ya lo empezamos a revivir sin habérselo propuesto...

Te beso.

Guillermo: Hasta mañana. No quiero vivir sin ti. Pero viviré de todas maneras. Con nudo en el estómago y el corazón encogido. A veces con risas y otras con lágrimas. El tiempo que resista.

Valentina

Cinco días de amor liberado y confirmado, después de 26 años de "amor embotellado". Eso me ha dicho. Lo que he vivido al lado de mi amor es lo más maravilloso que se puede vivir al lado de una pareja. Estoy feliz. Estamos felices. Sentimos que somos el uno para el otro. Habrá que ser fuerte y luchar para que podamos seguir camino juntos. Es lo que ambos queremos.

Valentina

"EL FINAL"

La historia de amor entre Valentina y Guillermo transcurrió a lo largo de 10 meses, donde el reencuentro, redescubrimiento, enamoramiento

to y el abrupto final, sucedieron prácticamente sin transición. Todo acabó tan repentina y sorprendentemente como comenzó. Tampoco es mi intención hacer un balance de los obstáculos prácticos y emocionales que les impidieron acabar juntos. Lo que me interesa destacar aquí es que no fue Internet ni su condición de virtualidad la que le robó a la historia de amor posibilidades de concretarse en el plano de la realidad, sino las dificultades inherentes a la distancia y a los compromisos que cada uno tenía. Pero sí fue Internet el que la hizo posible aumentando dramáticamente las posibilidades de que ocurriera, domesticando el azar, minimizando los riesgos y permitiendo que Valentina y Guillermo gobernaran las circunstancias del encuentro virtualmente, aunque al fin y al cabo la realidad fuera de la red les impusiera condiciones ingobernables.

No es que te haya olvidado ni borrado de un plumazo [...] Pensé que si te escribía o llamaba iba a alargar la agonía y el sufrimiento y de ninguna manera quería eso para ti [...] Muchas veces me dijiste que el amor era para los valientes y creo que a mí me faltó valentía [...] Una vez más, mi error fue no saber predecir el dolor ni mis capacidades [...] No fui capaz de llevar a cabo el plan por lo duro, lo difícil. Lo malo, para ti y para todos, fue darme cuenta tan tarde cuando ya tenía todo encima y habíamos hecho tantos planes. No te estafé Valentina, ni soy hipócrita ni mentiroso. Si engañé a alguien fue a mí mismo al crearme capaz de algo de lo que no era capaz. Eso es todo. Espero que algún día recuerdes lo bonito que tuvimos y no estos sentimientos tan desagradables que tienes ahora.
Guillermo

Durante casi 10 meses te di lo mejor de mí. Durante ese tiempo recibí de ti una parte tuya que me colmaba. Me dejaste estando enamorada, por las razones que sean, que creo ni tú mismo las sabes todas, ya que estás súper confundido [...] ¡Es tan grande la decepción en esta última etapa de la relación! Qué mal lo has hecho, qué torpe para manejarte con las dificultades... he visto las partes negativas tuyas tan claras y veo tan claramente que no eres hombre para mí. Tampoco creo que sea mujer para ti... reafirmo tu argumento cuando no te atreviste hace 26 años. No me busques NUNCA más. Déjame en paz. Ahora estaré sola un tiempo, hasta que me sane del todo. Pero sé que volveré a enamorarme algún día, de un hombre de verdad, de alguien que me ame de verdad, no en su fantasía ni en lo virtual.
Valentina

La historia de amor entre Valentina y Guillermo fue real aunque transcurriera la mayor parte del tiempo en escenarios virtuales. Fue real porque comprometió la fuerza de los sentimientos, de los anhelos y del deseo, y en eso no tuvo nada de diferente si en lugar de In-

ternet fuera el azar el que los hubiera reunido en un parque de Nueva York. Pero aquí la clave que marca la diferencia con las posibilidades de un encuentro azaroso, es que Internet les permitió controlar esta variable para darse el máximo de posibilidades. Eso representa la red, el máximo de posibilidades reales e imaginarias de abarcar nuestras circunstancias, nuestra historia y nuestro pasado manipulando una pequeña caja que contiene piezas con múltiples y diversas alternativas de encaje.

UNA REFLEXIÓN FINAL

Luego de leer este capítulo el lector se preguntará con razón por qué no fue titulado “Amor y desamor en la red después de los 40”, “La asignatura pendiente”, o algo por el estilo. Tuve dos razones para no hacerlo. Una explícita y otra implícita, la explícita fue explicada en el primer párrafo. La propia biografía amenazada de fragmentación y de “sinsentido”, se reinventa ella misma como una fuente de sentido, paradójicamente, a través de la mediación de los relatos mediáticos y las nuevas tecnologías de comunicación, espacios ilusorios pero con una gran eficacia simbólica para reunir imaginariamente los pedazos. Este universo simbólico cada vez más se repliega a la propia biografía, a lo propio, y a lo próximo recreado virtualmente, por eso la mayoría de nuestros intercambios virtuales son con personas conocidas y afines, o con redes profesionales que se mueven en nuestro campo de especialización laboral, académica o profesional.

La segunda, implícita, tiene que ver con la perspectiva desde donde nos situamos para entender la relación entre el sujeto y la tecnología en esta generación. El amor y los afectos cuando se expresan en Internet no son un *stock* disponible de sentimientos que las personas se meten a bucear dentro de la Caja de Pandora de la red, aunque la acción explícita y la intención declarada sea ésa. Internet no es algo que ocurre fuera de las personas, ni tiene una externalidad ajena a la experiencia humana aunque esté mediada por un soporte tecnológico. La manera como la bibliografía dominante se ha ocupado del tema ha separado en dos ámbitos —*on line* y *off line*—, la experiencia del sujeto con las nuevas tecnologías de comunicación. Alicia, Gustavo, Lucía, Damián, Valentina y Guillermo, en sus relatos y en sus prácticas nun-

ca separan su experiencia íntima de su experiencia con Internet. Aunque reconozcan las diferencias entre ambos mundos y sus formas de comunicación, la experiencia los integra subjetivamente y les da un sentido que trasciende esas diferencias. El tipo de apropiación que hacen de Internet también es bastante significativa del sentimiento que envuelve a esta generación de haberse quedado atrapada entre el sino existencial de dos siglos, donde uno reniega del otro. El extrañamiento que les produjo el acceso a la nueva tecnología fue resuelto convirtiéndola en una ampliación de su propia intimidad, pero que no se extiende hacia afuera de *sí mismos* sino hacia el interior de *sí mismos*. La palabra clave que teje el espacio de mediación simbólica entre su experiencia de vida y las viejas y las nuevas tecnologías de información, es *conexión*. Conectarse con los antiguos y recientes conocidos tanto reales como virtuales, conectarse con el pasado y con el futuro, pero sobre todo conectarse consigo mismos. El espacio de integración de la operación física y emocional de *conectarse* en la subjetividad no se da en la máquina sino en el individuo.

Las palabras *red* y *conexión* preexisten a la computadora y a Internet con varios sentidos literales y metafóricos, la novedad ahora es que a partir de Internet nunca habían expresado de manera tan explícita diversas realidades de inclusión y exclusión comprendida la digital, y nunca habían denotado tanto a la naturaleza de los vínculos sociales. Pero en cualquier caso el impulso de conectarse y de entrar en conexión con otros no obedece intrínsecamente a necesidades sistémicas de la red, sino a una necesidad individual que encuentra su impronta social y cultural en procesos acarreados por la modernidad y que preceden en mucho a las TIC. En el marco de nuevas formas de experiencia mediada, las nuevas tecnologías de comunicación juegan un papel trascendental:

la autoidentidad se convierte en esfuerzo reflexivamente organizado. El proyecto reflexivo de sí mismo, que consiste en el mantenimiento de la coherencia en las narraciones biográficas, a pesar de su continua revisión, tiene lugar en el contexto de las múltiples posibilidades filtradas a través de los sistemas abstractos (Giddens, 1996:38).

De todos los ámbitos de la experiencia mediados por sistemas abstractos, Internet es el más abstracto y también el de naturaleza más reflexiva. No existe ninguna otra tecnología que tenga la capacidad de generar tanta reflexividad sobre sí misma, porque su propia

condición de existencia implica múltiples actos simultáneos y diferidos de reflexividad en red. No hay manera de estar en Internet sin reflexionar sobre sí mismo y sobre los otros. Desde sus formas más elementales hasta sus formas más elaboradas, Internet requiere de un proceso de reflexividad explícito para poder ser utilizado. A pesar de las múltiples opciones que nos presenta para crear y editar cualquier clase de texto o imágenes, ninguna de ellas “están dadas”, no existe un *habitus* en el sentido de Bourdieu que nos habilite a usarlas sin producir un acto de reflexividad explícito. Además de contar con las habilidades necesarias para poder manipular dichas opciones, escribir, chatear, participar, postear, responder, e incluso hablar a través de una cámara, implica seleccionar una forma de organizar y comunicar las ideas entre muchas posibilidades que a diferencia de la vida cotidiana “no están dadas”.

En el sentido expuesto, no estoy muy segura de coincidir con las opiniones compartidas de que las relaciones en Internet se caracterizan por su bajo nivel de compromiso y volatilidad. Más bien constituyen la forma más radical de lo que Giddens denomina “las relaciones puras” propias del periodo más avanzado de la modernidad. Internet se amalgama muy bien con lo que este autor denomina el proceso de “transformación de la intimidad”.

Una relación pura conlleva la disolución de los criterios externos: la relación pura existe meramente por todo lo gratificante que ella pueda proporcionar. En el contexto de la relación pura, la confianza puede ser movilizadas únicamente por un proceso de apertura mutua. La confianza en otras palabras, no puede estar anclada en criterios externos a la propia relación —como los criterios de parentesco, deber social u obligación tradicional. Como la autoidentidad con la que se encuentra profundamente entrelazada, la relación pura tiene que ser reflexivamente controlada a la larga frente al soporte de las transiciones y transformaciones externas [...] Las relaciones puras presuponen el “compromiso”, que es una especie particular de confianza. El compromiso debe ser entendido como un fenómeno del sistema referencial interno: otras personas o personas implicadas. La exigencia de confianza entendida como resultado de los mecanismos de confianza forma parte integral de la relación pura. Por lo tanto se trata de un error ver la “búsqueda de intimidad” contemporánea, como muchos comentaristas sociales han hecho, como una reacción negativa a un universo social totalmente impersonalizado [...] En general, en la vida personal y en la vida social, los procesos de reapropiación y realización individual se entrelazan con expropiación y pérdida (1996:40).

Por último, se me podrá señalar, y con razón, que la mayoría de la gente no tiene acceso a Internet, y entre quienes lo tienen, muchos no lo usan para buscar pareja, corregir el mal *timing* de un encuentro amoroso potencial, o realizar una fantasía de amor adolescente. Pero nadie me podrá negar que la mayoría de nosotros alguna vez no hemos fantaseado, añorado o recreado ese lugar ontológico de las primeras experiencias amorosas, o no hemos deseado un encuentro mágico que nos ayude a sobrellevar el tedio de las rutinas cotidianas o la angustia de esas mismas rutinas amenazadas de riesgos e inseguridades de diverso tipo. La diferencia con los que poseen Internet es que la red les permite realizar sus fantasías sin asumir demasiados riesgos y ampliar las probabilidades de que éstas ocurran. Muy pocas historias de amor *on line* tienen *happy end*, aunque todos conocemos un caso exitoso la mayoría no se logran (ni tampoco se conocen porque son secretas), porque, como señalábamos más arriba, no estuvieron destinadas a tener un final feliz sino a resanar, calmar o cicatrizar nuestra biografía herida de incertidumbre.

CAPÍTULO V: LA CONEXIÓN, ESTRATEGIA DE COHESIÓN FAMILIAR Y AFIRMACIÓN DE LO LOCAL

INTERNET Y EL CELULAR TAMBIÉN SON ASUNTOS DE FAMILIA

Cuando a finales de los setenta los movimientos de liberación femenina y las manifestaciones de rebelión juvenil proclamaban el fin de la familia por considerarla una institución represora y autoritaria, y por todas partes se evidenciaban los síntomas de esta descomposición —el aumento de los divorcios, el control de la natalidad, la liberación sexual y la convivencia de los jóvenes sin casarse—, hizo pensar a no pocos sociólogos y psicólogos que la institución de la familia estaba en vías de desaparecer. Lejos de tal final apocalíptico, lo que en realidad ocurrió entre los ochenta y los noventa fue un proceso objetivo y subjetivo de reinención de la familia (Beck-Gernsheim, 2003; Singly, 2000).

Los hogares monoparentales, donde por lo general la mujer asume la función de jefe de familia (Jones, 2006), las familias recompuestas a partir de un segundo o tercer matrimonio (Sánchez, 2005), la migración de uno de los padres, la dificultad de los jóvenes de independizarse (Gil Calvo, 2002), la precariedad del empleo, y la coexistencia de 3 o 4 generaciones, en ocasiones viviendo juntas en la misma casa, en la misma ciudad o en países distintos, como consecuencia de la migración y el aumento de la esperanza de vida, están cambiando los rasgos de la familia tradicional basada en la autoridad patriarcal y la división del trabajo entre los sexos (Díaz Martínez, 2002). Esto ha provocado un proceso de “individualización” de los miembros de la familia caracterizado por el desdibujamiento de la autoridad parental, la ambigüedad de los límites entre lo que está permitido y no, y una mayor horizontalidad en los vínculos (Théry, 1993; Singly, 2005; López Blasco, 2006): “El proceso de individualización se basa necesariamente en una cierta ‘desafiliación’, en un distanciamiento de la definición del yo como ‘hijo’ y en el derecho al inventario de la herencia y la transmisión” (Singly, 2005:111).

No obstante la familia no ha perdido su centralidad ni importan-

cia para la contención de sus miembros. Más precisamente, lo que ha ocurrido es que se ha “reinventado” a sí misma (Singly, 2000). Si bien es cierto que los hijos no se van de la casa porque no pueden independizarse económicamente o retrasan estratégicamente su emancipación (Gil Calvo, 2002), también es cierto que a diferencia de las generaciones anteriores muchos han conquistado espacios de autonomía en el hogar que les facilitan conciliar o negociar intereses divergentes sin que se vean obligados a salir de la casa para poder ejercer sus preferencias sexuales, sociales y culturales. Los jóvenes no tienen un empleo fijo, pero la mayoría consigue trabajos eventuales en el mercado formal o informal que les permiten sufragar sus gastos personales y en ocasiones contribuir a la economía familiar, lo cual incrementa su cuota de poder y capacidad de negociación.



Asimismo, en las familias de clase media, los adolescentes han obtenido el derecho a poseer una habitación propia que pueden decorar y organizar a su gusto sin la interferencia de sus padres, que funciona de refugio y también de espacio de sociabilidad a través del teléfono celular e Internet (Feixa, 2005). Ya no es necesario salir para transgredir el orden familiar, todo se puede hacer en Internet, en su propia habitación, donde ya ni siquiera tienen que pedir permiso a los padres para traer los amigos a la casa, porque éstos están en el *Messenger*.

Pero al mismo tiempo que en las familias hay mayor tolerancia a la individualidad de sus miembros, se siguen valorando los espacios de encuentro colectivos que se organizan alrededor de las rutinas domésticas y el tiempo libre. Desayunar, comer o cenar juntos (difícilmente pueden compartir las tres comidas), ver televisión o una película de video, organizar y asistir a celebraciones familiares, practicar diversos juegos (fútbol, videojuegos, barajas, etc.), ir de compras o de paseo, al mercado sobre ruedas, al supermercado o al centro comercial o realizar actividades domésticas, son actividades consideradas propias de “estar en familia”.

Escuchar radio, mirar televisión o una película de video, han sido y siguen siendo fundamentalmente actividades familiares. Aunque cada miembro de la familia cuente con un aparato de radio o televisión en su cuarto, mirar televisión o una película de video “juntos”, son prácticas habituales en los espacios domésticos compartidos como la sala, el cuarto de mirar televisión, la cocina o la recámara de los padres. ¿Usar la computadora, conectarse a Internet o comunicarse a través de un celular, también pueden considerarse actividades familiares? La observación sistemática de las rutinas cotidianas de consumo doméstico de las TIC, permite sostener que sí aunque con sentidos distintos a las prácticas tradicionales de consumo de los otros medios.

La computadora e Internet cuando son incorporadas en el hogar, involucran a todos los miembros de la familia aunque no todos sean usuarios. Las decisiones acerca de su incorporación en el hogar, son tomadas y negociadas entre todos. Por lo general son los hijos quienes plantean la demanda, pero son los padres quienes tienen la capacidad de adquirirlas. También se han convertido en espacios de encuentro y de mediación de la comunicación entre los miembros de la familia. Junto con la televisión aportan temas de debate y con-

versación, pero a diferencia de la televisión, facilitan una integración más interactiva a través del juego o la utilización de otras aplicaciones de Internet como el *chat*:

A veces Daniel (su hijo de 15 años) está en una computadora y yo estoy en la otra, nos divertimos un rato como de tres horas (Dolores, 45 años, contadora).

Lejos de desunir a la familia, los videojuegos eran uno de los motores para que los fines de semana mis padres y nosotras nos uniéramos para tener largos ratos de esparcimiento [...] Muchas veces nos han preguntado si ese "cariño" que le teníamos a los videojuegos no perjudicaba nuestra familia, pero por irónico que parezca nos unía los pocos momentos que estábamos juntos (Rocío, 21 años, licenciada en comunicación social, desempleada).

La computadora e Internet también son un "asunto de familia", aun en el caso de los hogares donde sólo los hijos las manejan, porque los padres y los abuelos no permanecen indiferentes. Participan encargando búsquedas, preguntan por el funcionamiento de algunas aplicaciones, se interesan por los hallazgos de los hijos. Esta participación se ve reforzada porque en la vida cotidiana de cada miembro de la familia, tenga acceso o no a Internet, existe una multiplicidad de referencias que involucran el uso de la red. Los espectaculares, la publicidad, los programas en los medios, la gestión de servicios públicos, las escuelas y universidades, los cibercafés, el transporte público y hasta el empaque de la leche hablan de cómo Internet ha adquirido una dimensión doméstica y cotidiana, que no pasa necesariamente por el uso de la computadora.

A diferencia del radio o del televisor, el uso de la computadora es individual, lo cual plantea una distribución y administración del tiempo que a menudo acarrea conflictos de intereses. Las habilidades informáticas de los hijos *versus* las dificultades de los padres, crean un nuevo marco de relación donde la dependencia de los segundos respecto de los primeros, a la vez que posibilita nuevos espacios de encuentro, amplía los espacios de poder y negociación de los adolescentes.

Es habitual que en las familias de clase media y alta cada miembro posea su propia computadora o *lap top*, pero siempre hay una más nueva, o con mayor capacidad, o con banda ancha, que todos se disputan en algún momento:

Se desató una guerra constante en casa, todos queríamos usar la Internet para lo que fuera [...] nos gustaba apropiarnos de ese mundo encerrado en nuestra computadora, mi madre entraba a buscar recetas o artículos para mejorar su salud, mi padre nunca nos dejó ver qué hacía pero podía pasar horas enteras frente a la máquina, mi hermana intentaba descubrir nuevas cosas y casi siempre tenía éxito, yo pasaba mucho tiempo en las páginas de niños y de historia (Rocío, 21 años).

Los conflictos no sólo se plantean por quién la usa y de cuánto tiempo dispone, sino también por las competencias de cada miembro de la familia. Los padres y los hermanos menores demandan ayuda de los hijos y hermanos que éstos no siempre dan de buena gana, y también por el tipo de intereses de navegación y los riesgos de adquirir virus, llenar el disco duro de música o de "basura informática":

La hora de enseñar a usar la computadora es el infierno mismo, porque mi hermano quiere hacer todo como sea y si algo no tolero es que le hagan cosas malas a mi computadora (bueno es de todos pero creo que yo tomé el poder de ella), ya que Dany tiene una habilidad incomparable para descargar virus o para apretar botones que hacen que toda su tarea se borre (Rocío, 21 años, licenciada en comunicación social).

Otro aspecto que ha cambiado en el consumo de las "nuevos" medios respecto a los "viejos", es que sin dejar de ser "un asunto de familia" —en la medida que son recursos que la familia utiliza profusamente para no perder el contacto particularmente evidente en el caso del celular—, por una parte se han vuelto recursos personalizados de comunicación, y por otra, trascienden los límites del ámbito doméstico. El siguiente ejemplo de una alumna de comunicación de 23 años es ilustrativo al respecto. Ely le envía un mensaje a sus compañeros para ponerse de acuerdo sobre una tarea, y al final pone una nota donde les da sus teléfonos para cualquier aclaración.

Hola chicos, buenos días, por favor no olviden mandar sus preguntas a Bety y/o a Violeta, hasta ayer en la noche no habían recibido las preguntas de nadie y estaban muy apuradas, plis no lo olviden. Vale, m despido, k tengan un buen fin de semana. besitos nota: cualkier duda o aclaración mi tel es el 5588249991 o local 57934631.

Es interesante la diferencia que señala entre su teléfono, obviamente el celular, y el teléfono de la casa, al cual denomina *local*. Lo local no alude a algo que no es de ella, sino a algo que tiene cualidades distintas a su teléfono celular. Probablemente al hecho de que sea compartido

con la familia, de que esté fijo, pero sobre todo de que simbólicamente esté anclado en un territorio físico, doméstico y familiar, a diferencia del celular, que alude a una infinidad de conexiones *on line* y *off line* en su propio territorio personal, móvil y virtual. Pero las diferencias entre ambos teléfonos no representan dos orillas opuestas e irreconciliables, sino distintas, ambas le pertenecen, y existen múltiples puentes familiares y domésticos que las conectan.

Las nuevas tecnologías también se han instalado como un sentimiento de extrañamiento en la vida cotidiana respecto a los objetos y las relaciones que tradicionalmente nos daban certeza y garantizaban los *como sí* de la vida diaria. Internet y la computadora rompen con la capacidad que habían demostrado la radio y la televisión de domesticarse y mimetizarse con la vida familiar acompañando y reforzando los rituales domésticos, afectivos e íntimos. Por una parte nos obligan a redefinir permanentemente los ámbitos públicos y privados creando fuera de la casa extensiones virtuales del hogar en el teléfono celular y en Internet; por otra, el hogar ya no es una garantía de privacidad ni un espacio exclusivamente reservado a la familia. Se amplían los horarios de trabajo, y los otros irrumpen permanentemente en las ventanitas virtuales que nos anuncian que fulano de tal se acaba de conectar y está disponible para chatear.

LA CONEXIÓN COMO AFIRMACIÓN DEL LUGAR

Las dificultades de la familia para asegurar la reproducción simbólica del *habitus* doméstico dentro y fuera del hogar, y la amenaza de dispersión de sus miembros, han generado la necesidad de fijar el *lugar originario*, recreando y reinventando lo local en los escenarios virtuales mediante la conexión sostenida. "Cuando el vínculo entre la técnica y la sociedad se establece no solamente en el ámbito imaginario, sino que la nueva herramienta se articula inmediatamente con las prácticas sociales ampliamente extendidas, se asiste a una especie de fenómeno de resonancia cuyo mejor ejemplo es el teléfono móvil" (Flichy, 2006:15).

La emergencia de estar en permanente comunicación no es una consecuencia automática de las nuevas tecnologías, ni tampoco nació con ellas, sino de la experiencia urbana de *ser* y *estar* en la ciu-

dad de los últimos 30 o 40 años. Cuando la distancia y el tiempo no mediaban de forma tan contundente la comunicación en la familia, y el *adentro* y el *afuera* no marcaban tan dramáticamente la separación entre lo seguro y lo inseguro, estar en contacto significaba dar un grito desde la cocina para anunciar que ya está lista la comida, caminar tres cuadras para llevar y traer los hijos a la escuela, viajar o caminar 20 o 30 minutos para llegar al trabajo o al cine, y ausentarse por cortos y sobre todo *previsibles* lapsos de tiempo del hogar. Todo esto en un esquema que depositaba en la figura materna la centralización y organización de la vida doméstica y en la figura paterna la provisión del sustento económico. Obviamente, el panorama ha cambiado. En la mañana temprano toda la familia se desplaza a su trabajo o a sus actividades, en muchos casos también la madre que se ha incorporado plenamente al mercado laboral. La única certeza cotidiana es el momento de salir de la casa, pero de ahí en adelante, real y fantasmagóricamente, cualquier cosa puede ocurrir que nos impida el regreso.

El tráfico, que se ha constituido en sí mismo en un universo cotidiano de sentido de la experiencia urbana (Winocur, 2002), las distancias (vivir en el sur y trabajar en el norte) porque ahí nos tocó vivir o trabajar, "sólo los privilegiados pueden escoger que el trabajo les quede cerca de la casa"; la inseguridad que se ha instalado como una sombra, siempre acechando nuestros movimientos y nuestros pasos; y el aumento de los tiempos requeridos para trasladarse, provocan una sensación de desamparo e incertidumbre en las familias. El tiempo de espera está fuera de control, no sólo porque ha aumentado considerablemente y transcurre en escenarios cambiantes y amenazadores, sino porque se ha vuelto caprichoso e imprevisible.

En la perspectiva planteada, la necesidad de checar permanentemente a los hijos, no sólo representa una estrategia de control de sus pasos, sino una recreación de la disponibilidad inmediata que existía cuando éstos pasaban mucho tiempo en el hogar. El teléfono celular constituye una recreación imaginaria de la intimidad del hogar, de la familia o de la pareja, y también un seguro de vida en situaciones de emergencia. En el celular no sólo se pregunta dónde estás y a qué hora vas a llegar, sino también la receta de cocina, se encarga algo de la tienda, o estando en el supermercado se corrobora si falta tal o cual cosa, se cuentan chismes de último momento, o se avisa de algo que está pasando en la tele o en la radio, los niños preguntan a

las mamás por la tarea, o dónde se encuentran los zapatos limpios, o los padres divorciados pueden comunicarse con sus hijos sin la mediación de la “ex”:

El celular ha marcado mucho la relación que tengo con Daniel [su hijo], como casi nunca nos vemos, generalmente estamos en contacto por el celular, por lo mismo le compré un teléfono (Juan, 48 años, maestro, subdirector escuela secundaria).

Cuando las parejas, o los padres e hijos se encuentran separados, en ocasiones en la misma ciudad, la utilización del teléfono celular, del correo electrónico, del Messenger, de Skype, la webcam y otros recursos informáticos, recrean virtualmente las rutinas familiares y domésticas. Y si se plantea la situación de que un hijo emigra de una localidad o del país, los padres y abuelos están dispuestos a aprender a usar el correo electrónico, el Messenger o el Skype para poder seguir en comunicación:

Hace un par de meses mi hermano se fue de viaje y por eso de que llamar cuesta mucho, la comunicación básicamente era por e-mail, entonces mi mamá se empezó a interesar. Un día me dijo —si algún día se van lejos, antes me enseñan a usar eso de la Internet para que por lo menos me escriban y me digan que están bien (Raquel, 25 años, licenciada en comunicación social, empleos eventuales).

A pesar de las diferencias de horarios y los miles de kilómetros que los separan, comparten las rutinas e intimidades hogareñas de un lado y del otro. El espacio para encontrarse no es el inmenso océano informático atemporal y deslocalizado, sino el espacio conocido y acotado de la casa, la mesa, la recámara o la sala que compartieron en muchas ocasiones cara a cara. Una de nuestras informantes, una estudiante mexicana que estaba estudiando fuera, se expresaba así acerca de su experiencia de extrañamiento en Canadá, alejada de su hogar y de su círculo de amigos y compañeros:

Un día se me ocurrió decirle a mi madre que pusiera la lap de mi papá enfrente de la tele y así yo podía ver mi telenovela favorita en las noches [...] Cuando estábamos en contacto y viendo la novela, en los comerciales aprovechábamos para platicar y contar lo que había sucedido durante el día. Antes de colgar esperaba a que llegara mi papá para saludarlo. Él le habla a mi mamá, todos los días, para decirle que ya viene en camino, pero en ese entonces aprovechaba para preguntarle a ella si yo estaba en línea. Así que me esperaba para saludarlo también. La computadora de alguna forma me mantenía en contacto con mi familia y mis amigos, era mi conexión con

México, porque me enteraba de todo lo que pasaba (Yanella, 27 años, estudiante de idiomas en Canadá).

Los escenarios donde se desarrolla la comunicación familiar han trascendido con mucho a los espacios domésticos y fijos enclavados en lo local. Ahora se produce en lugares cambiantes, en movimiento y rompe con todas las definiciones de carácter formal que establecían los límites de lo que era un acto privado, familiar o íntimo, respecto a uno público, laboral, escolar o institucional. No obstante, el centro regulador y gravitacional de estas “privacidades nomádicas” (Aguado y Martínez, 2006) que se ejercen en el espacio público, sigue siendo el hogar sedentario, y todavía, en muchos casos, bajo el cobijo de la madre.

Estoy siempre en casa, a mí siempre me recibe el teléfono [risas] yo soy la dueña de la base [...] Nada más recibo la llamada y hago llamadas (Graciela, 59 años, ama de casa).

Lo que ha cambiado son las estrategias para asegurar su preeminencia y supervivencia. Tradicionalmente el hogar constituía el punto de partida y de retorno de la familia. Y estos dos momentos se organizaban alrededor de rituales cotidianos como esperar la llegada del padre y de los hijos para cenar, comentar los acontecimientos del día, o ver las noticias en la tele. Pero desde que se ha vuelto tan complicado e incierto asegurar el retorno a una cierta hora, y en muchos casos simplemente que se produzca, la familia necesita actualizar el sentido de estos rituales a todas horas:

Mi madre, que sufre del síndrome del nido vacío, me llama todo el tiempo para preguntarme: que si llegaste o que si te fuiste, con quién estás, dónde estás, a qué hora llegas, vienes para comer, llegas tarde, vienes temprano, qué haces, ya comiste?, ¿llevas algo con qué taparte que hace frío? [...] Una puede comer o no los guisos de mamá, una puede atender o no las festividades familiares, en lo único que no hay negociación es en no atender al celular [...] Pasadas las 18 horas todo aquel que no haya llegado a la casa tiene que reportarse, de lo contrario recibirá una llamada desde la torre de mando (Raquel, 26 años, empleada en una consultora).

La preocupación siempre se expresa como el temor de que en el camino ocurra algo que les impida regresar, de ahí la necesidad de estar monitoreando los pasos de los hijos, no sólo con la idea de

acompañarlos en el trayecto sino de fijarlos en un punto en el espacio (dónde estás), y en el tiempo (a qué hora vas a volver). En el sentido expuesto podríamos pensar al teléfono móvil como un artefacto totémico, que nos permite asegurar en cualquier punto de nuestro desplazamiento cotidiano al hogar como centro del mundo.

La antropóloga italiana, Amalia Signorelli (1999), citando los trabajos de Martino (1958) para ilustrar ciertos rituales urbanos, relata que los Achispa, una población indígena australiana nómada, llevan siempre el palo totémico o *kauwa-auwa* para celebrar un complejo ritual en cada nuevo lugar de residencia. El significado principal de esta ceremonia es reiterar el centro del mundo y renovar a través de la ceremonia el acto fundacional del lugar original. "En los momentos críticos cuando la historicidad de la nueva situación denunciaba su angustiante presencia, ellos inclinaban el eje del mundo (el palo *kauwa-auwa*) hacia la dirección de la marcha, de modo que la nueva dirección era incorporada en el centro, el caminar venía rescatado como un estar, y la angustia paralizante era vencida, o al menos reducida" (1999:28). De manera análoga, los miembros de las tribus urbanas llevan su celular empuñado en la mano mientras caminan, en virtud de lo cual se desplazan manteniéndose siempre en el centro. "Con esto el lugar 'nuevo' es sustraído a su angustiante historicidad, a su arriesgado caos, y se vuelve repetición del mismo lugar absoluto, del centro" (1999:27). Signorelli, señala que una vez que se fija el *centro* con el gesto ritual de inclinar el palo en la dirección de la marcha, se pueden marcar simbólicamente los límites, lo que permite "transformar una tierra desconocida y peligrosa en un territorio familiar que se recorre sin riesgo" (1999:28).

Tal vez el ejemplo más crítico de que disponemos para ilustrar esta situación sea el de los inmigrantes. Los migrantes africanos que quieren alcanzar las costas españolas viajan más de 2 000 kilómetros en el mar sin más guía para orientarse que las estrellas y la salida del sol:

Como navegábamos hacia el norte, el sol debía estar a nuestra derecha por la mañana, y por la tarde a la izquierda. Por la noche, la luna debía quedar a la izquierda. Además, siete estrellas nos servían de referencia: las tres de la izquierda marcaban la dirección de América, que no debíamos tomar; las dos de atrás señalaban el sur, de donde veníamos, y otras dos situadas al norte, marcaban el rumbo hacia Tenerife, nuestro objetivo (Bárbulo, 2006:56).

Pero cuando llegan a las costas españolas lo primero que piden es un teléfono móvil para poder comunicarse con sus parientes en España, o conocidos de los conocidos que los precedieron en la aventura, y también para avisar que llegaron bien (es decir con vida) a sus familias al único teléfono celular del que dispone su aldea en África. Navegar orientándose sólo por las estrellas y la salida del sol, como lo hacían sus antepasados, y usar intensivamente el celular cuando llegan a la nueva tierra, tiene el mismo sentido: generar una estrategia de supervivencia que les permita ratificar su lugar en el mundo a través de las redes familiares que conectan el nuevo mundo con la aldea de donde salieron:

Durante la entrevista [...] Alioune les reveló (a la Cruz Roja) el único contacto que tenía en España: el teléfono móvil de un tal Sarr que vivía en algún lugar de Murcia. Una prima de Sarr estaba casada con un tío de Alioune. Entre los 40 000 miembros de la comunidad senegalesa en España, ese parentesco remoto es un valioso seguro de vida (Bárbulo, 2006:57).

El 92% de los familiares de inmigrantes en España tienen un teléfono celular y el 48% una computadora.¹ La mitad de los inmigrantes son mujeres y muchas de ellas dejaron sus hijos al cuidado del padre o de otros familiares. Esta situación plantea desafíos y ansiedades especiales para la comunicación familiar. Muchas de ellas hablan todos los días desde los locutorios y más recientemente desde los celulares, utilizando las tarifas especiales que las compañías han creado para los migrantes. De ese modo intentan no perder el lugar afectivo que tenían, ni el control doméstico. Existen ONG como ACOBE (Asociación de Cooperación Bolivia-España), que facilitan esta comunicación en sus instalaciones a través de sistemas gratuitos de teléfonos por medio de Internet. Las asistentes sociales las acompañan y les dan consejos para tratar a sus hijos y a su pareja a distancia: "No es bueno que en una comunicación de 15 minutos, alguien se pase 10 llorando". El fenómeno ya es tan generalizado, que hace poco se publicó un libro de consejos prácticos para aprovechar al máximo las conversaciones familiares. *Educar desde el locutorio* (2008), les recomienda a las madres por ejemplo "Saber usar las palabras" para no producir más dolor y estrés en los hijos, o "plantear juegos a distancia según la edad"; o "reír, una cargada libera tensiones y contagia alegría".² Es obvio que estas comu-

¹ Fuente: Informe *Situación de familias de migrantes a España de Bolivia*, ACOBE.

² Citado por María Antonia Sánchez Vallejo en su artículo "Nace la familia transoceánica", publicado en *El País*, el 8 de noviembre de 2008, p. 32.

nicaciones virtuales no les evitan a las madres migrantes, la culpa, la angustia y el dolor de estar lejos, pero contribuyen a generar espacios de contacto afectivo que trascienden en mucho a la comunicación telefónica tradicional. La diferencia fundamental es que la comunicación puede darse en cualquier momento a través de una llamada al celular o un SMS. Este acceso inmediato permite que los hijos puedan llamar a su mamá para preguntarle por algo de la tarea escolar, de la comida o de las medicinas, como si ella estuviera en la casa.

Cuando los miembros de una familia se comunican en la calle, el supermercado, el autobús, o en la fila del banco, más que un acto de privatización del espacio público, ejercen un acto de *domesticidad*. Al atender el móvil se desconectan de las miradas del exterior y se conectan con la intimidad del espacio familiar o de la pareja:

No es que no me importe que los otros escuchen [...] te sientes en tu burbuja [...] parece que nadie entiende que no estás solo con tu teléfono, en realidad estás con las otras personas [...] la idea es que vas con más gente, pero cuando suena el teléfono como que las eliminas, es muy loco (Alejandra, 20 años, estudiante de enfermería).

Según lo que manifestaron nuestros entrevistados, no pareciera haber ninguna preocupación por quién escucha, o la opinión que se forme de su conversación en los espacios *anónimos* del autobús, el restaurante o el supermercado, porque en realidad *están en casa*. A su vez, los demás, en realidad no escuchan. La conversación del otro les resulta familiar y ajena al mismo tiempo, familiar porque reconoce las mismas rutinas y preocupaciones domésticas de su vida diaria; ajena, porque no son las suyas, y no se sienten interesados ni involucrados en su contenido, algo así como escuchar por el cubo del edificio los ruidos y conversaciones de los vecinos. Sólo prestamos atención a las conversaciones ajenas cuando éstas adquieren un tono violento o demasiado íntimo, pero aun así no escapan a la lógica de la propia comunicación doméstica familiar, porque estas peleas o susurros de los desconocidos en el metro o en el autobús con sus familias o parejas a través del celular, nos producen la misma inquietud que en casa.

Esta cuestión plantea una cuestión interesante acerca del estatus que asume lo público y lo privado con estas interrupciones constantes de voces que gritan asuntos domésticos, personales o laborales, sin ningún pudor en espacios que tradicionalmente se asumen como de uso público. Los entrevistados manifestaron tener diferentes cri-

terios para decidir en qué ocasiones el celular se apagaba, se dejaba en vibrador o no se respondía. En el teatro se apaga, en el cine se deja en vibrador, en el banco, en el hospital, en la iglesia o en clase, se apaga o se deja en vibrador por coerción de la institución. Entre los jóvenes la tendencia predominante es de no apagarlo nunca, a lo sumo dejarlo en vibrador salvo en los recitales, donde está socialmente aceptado que se use como antorcha para acompañar en la oscuridad al artista, se deje encendido para que la pareja o la familia también puedan participar del espectáculo, o poder comunicarse con los demás en caso de perderse.

A diferencia de otras modalidades de privatización de lo público (topes, tiendas de campaña, mesas de restaurantes en las aceras, ocupación de predios y calles por vendedores ambulantes o manifestantes, etc.), el celular no impone una marca de propiedad en el espacio público, sino que amplía el área de influencia de lo privado en compartimentos virtuales que funcionan como extensión del hogar. Difícilmente podemos hablar entonces de que el uso del teléfono celular privatiza los espacios públicos cuando su uso *en público* ya ha sido legitimado socialmente. Parece más apropiado hablar de una fragmentación en pequeñas esferas en el sentido de Keane (1997). En algunas de estas esferas se prohíbe explícitamente el uso del celular, como muchas empresas que ya obligan a sus empleados a dejarlo en una mesa fuera de la sala de juntas, los profesores exigen que se apague antes de entrar a la clase, o los hospitales, gasolineras y bancos prohíben su uso dentro de sus instalaciones. Otras operan con ciertas restricciones y prescripciones sobre su uso, como en el cine que se admite dejarlo en vibrador, y otros como la calle, las plazas, los centros comerciales, los tianguis, el transporte público, se consideran territorio libre. Lugares todos, que además de públicos y "libres" son de circulación constante. Es interesante observar que las restricciones siempre se imponen en espacios fijos, cerrados y organizados según cierta lógica institucional. Tal vez lo que realmente se ha vuelto público no sea tanto el espacio en sí mismo como la posibilidad de circular por él. De ahí que provoque tanta indignación en los ciudadanos el bloqueo de los caminos, calles o autopistas, ya que sólo el que puede circular libremente puede asegurar su regreso al hogar como destino perenne.

UNA REFLEXIÓN FINAL

Una de las afirmaciones más contundentes y recurridas acerca de la naturaleza de Internet, es que éste ha eclipsado el sentido del tiempo y del espacio: “Cuando una persona, una colectividad, un acto, una información se virtualizan, se colocan ‘fuera de ahí’, se desterritorializan. Una especie de desconexión los separa del espacio físico o geográfico ordinario y de la temporalidad del reloj y del calendario (Lévy, 1999:22). Además, esta cualidad de la realidad virtual suele ir acompañada de la percepción subjetiva de los usuarios de distintas modalidades de la red (comunidades virtuales, redes sociales, *blogs*, foros temáticos, y los *chat* abiertos), de que efectivamente el tiempo y el espacio no importan para poder comunicarse, sino la comunión de intereses que los convoca. Pero en la comunicación virtual entre los miembros de la familia, los íntimos y los conocidos, la condición no pareciera ser la ausencia del lugar y la abstracción del tiempo, sino la necesidad de fijar *el lugar* a partir de una operación simbólica de reterritorialización del hogar.

La ansiedad de “no estar localizable” o la necesidad de “estar permanentemente localizable” no se relaciona tanto con la compulsión



por privatizar, interrumpir o invadir el espacio público, como sostiene mucha de la bibliografía y el sentido común, sino con la necesidad de extender el anclaje doméstico y familiar en el espacio público como una forma de contrarrestar la incertidumbre y de llevar consigo las certezas. En este sentido coincidimos con la afirmación de Hine de que “Resulta tremendamente problemático afirmar que Internet trascienda el tiempo y el espacio. Si bien quizá tal afirmación resulte convincente desde un punto de vista sumergido en abstracciones, ni se manifiesta en la experiencia cotidiana de sus usuarios, ni tiene lugar en la interpretación que éstos hacen de la red (2004:187). En la experiencia de los usuarios padres e hijos hay un esfuerzo de “reterritorializar” y “cronometrar” la comunicación, porque como bien lo señala David Morley (2005), “el ciberespacio todavía tiene una “geografía muy material”:

[...] a pesar de todas las opiniones que anunciaban que Internet significaría la muerte de la geografía, la pregunta “dónde estás” es una de las más insistentes en las sesiones de chat por Internet [...] Todo esto parece sugerir un deseo continuo de reterritorializar la incertidumbre de la ubicación inherente a los mundos en línea” (Morley, 2008:125).

CAPÍTULO VI: LA CONEXIÓN, TERRITORIO DE MEDIACIÓN Y CONFLICTO INTERGENERACIONAL

“INMIGRANTES” Y “NATIVOS”. EL PROCESO DE SOCIALIZACIÓN DE LAS NUEVAS TECNOLOGÍAS EN AMBAS GENERACIONES

El proceso de socialización de las nuevas tecnologías en ambas generaciones puede pensarse a partir de la metáfora afortunada de Prensky (2001) “inmigrantes y nativos”. Los adultos inmigrantes, obligados por sus circunstancias, tienen que lidiar en un mundo que no fue concebido por ellos ni para ellos, que no reconoce sus tradiciones ni habilidades previas en el manejo práctico y simbólico del lenguaje, y que escapa al control de la experiencia tecnológica anterior (Winocur, 2008). Por su parte los jóvenes, que llegaron muy pequeños a este mundo virtual, o los adolescentes que prácticamente nacieron en él, se mueven con la soltura y naturalidad de los nativos.

El aterrizaje en el mundo virtual para los adultos es equiparable a la llegada del inmigrante a una nueva tierra, extraña, con una lengua que aprenderá a hablar pero que no dominará del todo, con unos códigos que nunca empleará con soltura, con un entorno al que se adaptará pero al que nunca se terminará de acostumbrar porque siempre su presencia tendrá algo de extraño y de forzado. El acceso al *vecindario virtual* depende de ciertas habilidades y recursos simbólicos que trascienden en mucho la capacidad de leer y escribir, o la escolaridad de los usuarios. Podríamos decir que la cultura letrada constituye una condición necesaria pero no suficiente, y aquí el “suficiente” encierra un universo de sentido marcado por competencias culturales y generacionales que no se incorporan por el simple hecho de adquirir una computadora, conectarse a Internet, manejar una paquetería o utilizar un teléfono celular.

La incorporación de la radio, la televisión, el video y el teléfono fijo habían sido símbolos de distinción, pero nunca de exclusión en el sentido que plantean las TIC. Una vez que los viejos medios hicieron su entrada en los hogares populares, el acceso estuvo garantizado con un simple encender y apagar el aparato. A diferencia de

las TIC, su manejo no requería de habilidades tecnológicas especiales asociadas a un capital cultural específico. Pero la incorporación de estas nuevas tecnologías de información y comunicación requieren de un proceso de *domesticación* (Morley, 2008:140) en un triple sentido. Como algo salvaje que debe ser sometido porque cuestiona el horizonte de experiencia anterior con las tecnologías de comunicación, como algo extraño que exige ser incorporado en el hogar para que adquiera significado en las coordenadas de la vida cotidiana familiar, y como algo que necesita hacer sentido en nuestros propios marcos culturales, cognoscitivos y afectivos.

La incorporación de las TIC planteó a los adultos desafíos sensoriales y cognoscitivos que excedían su experiencia vivida y heredada de relación con otras tecnologías de información y comunicación. Su historia de relación con los medios de comunicación comienza con la posibilidad del manejo completo de la tecnología disponible para hacerla funcionar, porque ésta se limitaba básicamente al encendido y apagado de la radio y la televisión, y con marcar los números consecutivamente en el caso del teléfono. Pero la videocasetera y el teléfono inalámbrico, empiezan a incorporar otras funciones que requieren la consulta de un manual para poder ser usadas en su totalidad,



aún así se podía prescindir de los manuales y seguir usándolas para las funciones básicas: realizar una llamada, recibir una llamada, o mirar una película. Pero las cosas se salieron del horizonte tecnológico manejable con la llegada de la computadora, Internet y el teléfono celular (que igualmente la mayoría sigue usando para la función básica de comunicarse haciendo caso omiso de todas sus posibilidades digitales e informáticas). El encendido y apagado de la computadora ni siquiera garantiza que ésta se ponga en marcha:

Haciendo memoria, creo que todo empezó cuando yo era chico y nos pusieron en casa el teléfono fijo, hace de esto muchos años, allá en Necochea. Era un aparato gris, de plástico duro, con un disco transparente de diez agujeros que ronroneaban al girar, y que básicamente servía para hablar y escuchar [...] En aquella época los teléfonos servían para comunicarse. Y punto. Apestando a un cálculo elemental yo en ese entonces usaba 100% de la tecnología disponible en comunicaciones. Pero ese áureo punto de equilibrio empezó a resquebrajarse, poco a poco y para siempre [...] Ahora quizá todo esté perdido. De un lado del abismo habitarán, en su burbuja tecnocrática y confortable, los que usen el “bluetooth” y el infrarrojo, el manos libres y “I-Pod” incorporado, las Aplicaciones Java y el Music DJ. Del otro lado, en cambio, quedarán los millones de excluidos del consumo por la pobreza económica, a los que se sumarán todos aquellos que la brecha tecnológica dejó atrás por pereza mental o subdesarrollo manual. Será una larga fila doliente que se comunicará por señas, y desde la que tal vez veremos correr a nuestros hijos y a nuestros nietos: veloces, interconectados, inalcanzables (Camou, 2006:).

Otro aspecto importante que intervino en la socialización de los adultos en las TIC fueron las primeras imágenes que brindaban los medios sobre las computadoras usadas por la NASA, del tamaño de una habitación y que requerían científicos altamente especializados para su manejo. También las computadoras aparecían en las películas futuristas con capacidades para controlar la mente humana, de humanizarse o provocar grandes catástrofes a la humanidad.

[...] la primera vez que escuchamos mucha información de las computadoras fue cuando los lanzamientos en la NASA [...] Recuerdo que decían que era algo complejo e inalcanzable [...], que eran cosas que sólo las personas más inteligentes podrían manejar. Para mí era como algo no real, creía que no servían más que para eso, para la NASA (Guadalupe, 51 años, licenciada en psicología, directora de secundaria).

No pasó mucho tiempo hasta que estas máquinas gigantescas cambiaron su formato y se volvieron accesibles en el universo doméstico, pero los prejuicios y los miedos asociados a esas primeras imágenes siguieron siendo parte de la representación de los adultos para simbolizar la amenaza de exclusión social y laboral, y también, un mundo que en muy poco tiempo escapó del control doméstico y de las competencias laborales.

Algunas de las dificultades mencionadas para apropiarse de las nuevas tecnologías se agudizan en el caso de las mujeres de más de cuarenta años de esta generación. Estas dificultades tienen como antecedente la manera como los hombres y mujeres incorporaron y socializaron en sus vidas otras tecnologías de información en el contexto de la vida doméstica. Coincidimos con Morley, que el reconocimiento de diferencias de género en la apropiación de las tecnologías, no implica adoptar una posición esencialista sobre la relación de los hombres y mujeres con las mismas, lo que interesa estudiar es “la construcción cultural de posiciones, subjetividades y dominios masculino y femenino y la articulación (o la desarticulación) de tecnologías en esas esferas construidas culturalmente [...] La cuestión esencial es la incorporación de las tecnologías en esos modelos definidos culturalmente” (Morley, 1996:334).

Varios estudios, realizados en realidades socioculturales diversas (Morley, 1996:334), y también nuestra investigación sobre radio y vida cotidiana,¹ muestran que hace 20 años eran pocas las mujeres que manejaban la videocasetera, la mayoría prefería delegar esta tarea en su marido o en sus hijos adolescentes. La videocasetera y el control remoto se percibían en el seno de los hogares como posesiones masculinas (Morley, 1996:221). Otros estudios citados por el mismo autor (página 338), evidencian que también existe una relación masculinizada con los videojuegos y las computadoras “los videojuegos son particularmente poco seductores (para las mujeres) porque forman parte de una tecnología que [...] se identifica con la fuerza masculina y están destinados a dominar una ansiedad específicamente masculina de una manera que es específicamente masculina” (Skirrow, 1986:142). Respecto a las computadoras, la resistencia y las dificultades de las mujeres para usarlas, se explican, según Turkle (1988) por el rechazo a la imagen masculina del

¹ Véase Winocur, Rosalía, *Ciudadanos mediáticos. La construcción de lo público en la radio*, Buenos Aires, Gedisa, 2002.

uso compulsivo de la tecnología que además involucra un sentido del tiempo distinto.²

No, yo creo que los hombres tienen más habilidad con los aparatos que las mujeres. Yo me he dado cuenta que a las mujeres se les hace más difícil todo esto, no es machismo, para que no te enojas [risas] [...] Una vez, Isabel [su esposa] me pidió que le enseñara a quemar un disco, bueno le expliqué de todas las maneras habidas y por haber y nunca pudo entender, terminamos peleando y todo, pero ella no lo pudo hacer (Juan, 48 años, subdirector de secundaria, estado de México).

Tengo que reconocer que las mujeres por alguna razón asimilamos un poco más lento que los hombres los asuntos de las computadoras. No creo que esto sea por falta de capacidad. Creo que las mujeres aseguramos más las cosas y los hombres van más rápido pero pocas veces se cuestionan algo, ellos lo hacen y no preguntan y creo que las mujeres, amarramos más las cosas (Dolores, 45 años, contadora).

La iniciación en el manejo de las computadoras y de Internet también presenta diferencias fundamentales entre una generación y otra. Prácticamente ningún joven tuvo que tomar un curso de computación. Salvo aquellas primeras nociones que recibieron en la escuela, aprendieron solos o ayudados por los amigos, compañeros y hermanos, o el mismo Internet se encargó de terminar de socializarlos, y la motivación principal no fue la escolar sino la social y lúdica. Los adultos se vieron obligados a tomar cursos voluntariamente o porque las empresas se los exigían, y este aprendizaje siempre estaba vinculado a algún tipo de paquetería con aplicaciones para operar programas que estaban instalados en las empresas, y la motivación fue no perder el trabajo, no quedar excluido.

Mientras los adultos aprendieron memorizando o haciendo largas listas de comandos, en un agotador ir y venir entre la pantalla y los textos, y un esfuerzo por coordinar el *mouse* con los iconos de la pantalla, los niños se entrenaban en la lógica digital del manejo de una tecnología a través de los videojuegos. Los videojuegos fueron un antecedente muy importante en la generación de habilidades motrices para el manejo de comandos, menús de opciones

² No obstante, las investigaciones referidas se produjeron veinte o veinticinco años atrás, habría que ver si en el contexto de la generalización de Internet en Estados Unidos, Hong Kong y los países nórdicos con tasas de acceso superiores al 70%, las mujeres todavía ofrecen resistencias al uso de las nuevas tecnologías, o si realizan apropiaciones diferenciadas de las herramientas y aplicaciones de Internet. Fuente: Nielsen / NetRatings, ITU, NIC e ISP.

y destrezas lógicas en la resolución de acertijos y problemas de estrategia.³

Al igual que el extranjero cuando se ve obligado a socializar en una tierra extraña, los “adultos inmigrantes” en el mundo de las TIC, son estigmatizados por los “nativos” por sus dificultades para integrarse y aceptar las reglas del mundo según Internet, y, éstos, a su vez, estigmatizan a los “nativos” por su negativa y rechazo a hacerles el mundo más amable. Por ejemplo, incorporando unas sencillas instrucciones escritas que vayan indicando lo que se debe hacer desde el “principio hasta el final”, de “arriba hacia abajo” y de “derecha a izquierda”, en lugar del mundo iconográfico. Mundo para iniciados, que despliega en una pantalla decenas de posibilidades, que sólo las habilidades digitales desarrolladas por los adolescentes y jóvenes permiten organizar las partes en un todo cuyo sentido no proviene de las dos dimensiones del papel sino de las múltiples entradas y salidas que conforma y habilita el hipertexto.

En síntesis, los adultos inmigrantes, obligados por sus circunstancias, están obligados a lidiar en un mundo que no fue concebido por ellos ni para ellos, que no reconoce sus tradiciones ni habilidades previas en el manejo práctico y simbólico del lenguaje, y que escapa al control de la experiencia tecnológica anterior. No obstante, los hijos de los inmigrantes son clave para facilitar su integración en el nuevo mundo, enseñando y traduciendo las herramientas para facilitar su incorporación, y construyendo puentes afectivos y lúdicos en aquellos espacios donde la experiencia se vuelve significativa para ambos.

LA RELACIÓN CON INTERNET Y LA COMPUTADORA: UNA EXPERIENCIA DE ALTERIDAD EN LOS ADULTOS VS ALTER EGO EN LOS JÓVENES

Las nuevas tecnologías de comunicación han generado otra clase de *otredad*, si cabe, más amenazadora que la de los inmigrantes, delin-

³ El periódico *El País*, publicó el 4/09/2005, un artículo que reseña diversas investigaciones acerca de las ventajas que brindaban los videojuegos a aquellos estudiantes que los practicaban asiduamente porque les permitía “localizar un objeto en entornos confusos y atestados porque procesaban mejor la atención visual por todo el espacio”. Asimismo, el uso de juegos de estrategia en la escuela facilitaba “[...] la resolución de problemas, los dilemas morales e incluso la identificación con los personajes”. Véase “La generación consola”, en la sección Sociedad, p. 24.

cuentes y extranjeros, la *otredad digital*. Un universo de competencias, lenguajes y códigos propios que encierran las computadoras e Internet, inaccesible aún para la mayoría, que además de las consabidas desigualdades históricas que condicionan el acceso de los más pobres y marginados social, económica y culturalmente, ha inaugurado una nueva clase de alteridad que se expresa generacionalmente.

Para los adultos Internet representa una experiencia de alteridad, para los jóvenes constituye su *alter ego*. La diferencia está en la manera que los *unos* y los *otros* asumen los retos y desafíos que plantean las nuevas tecnologías de información y comunicación (TIC). Mientras los jóvenes se *funden* con ellas, estableciendo un *continuum* entre el mundo *off line* y *on line*, los adultos se enfrentan en una batalla de alteridades contra las “máquinas”:

Como tres veces borré toda mi información, y lloré, y lloré, y juré que no volvería a tomar ese aparato, pero es obvio que el ego no me dejó, cómo un aparatejo iba a ser más inteligente que yo [...] No creo que me haya ganado, pero sí creo que me va ganando, es un proceso muy lento para poder entender algo con lo que te tienes que familiarizar de golpe (Guadalupe, 51 años, directora de secundaria).

Internet se ha “naturalizado” en la vida cotidiana porque se ha instaurado como una necesidad, pero esta necesidad subjetivamente se vive de manera distinta. Mientras los jóvenes socializaron con las TIC como parte de la experiencia vital de ser niños, adolescentes y jóvenes en esta sociedad, los adultos lo vivieron en la mayoría de los casos como una dramática imposición que violentaba la forma conocida e instituida de hacer las cosas:

Creo que la forma en que aprendí a utilizarla fue muy de golpe y no fue por mi voluntad, fue porque así lo necesitaba, tal vez era un poco por no quedarme atrás de los otros estudiantes o de mis propios hijos (Guadalupe, 51 años, psicóloga, directora de una escuela secundaria técnica).

Se trata de una experiencia que se incorpora como producto del temor a la exclusión: ser desplazado de cierto lugar afectivo, laboral, cultural o intelectual. Todos los entrevistados expresaron esta necesidad, a partir de las demandas que se dieron en sus trabajos, la presión de los hijos, o los cambios en la vida cotidiana:

Aquí es donde encuentro un poco como la diferencia que tenemos con nuestros hijos o con las generaciones de hoy; de repente uno se pregunta cómo puedes luchar por

un puesto con alguien que es muy superior por el simple hecho de saber usar una tecnología que tú apenas si utilizas o que apenas y por necesidad estás empezando a entender cómo funciona, creo que ahora la experiencia y los años no son todo, ahora vale más lo que sabes y cómo lo utilizas (Guadalupe, 51 años, psicóloga, directora de una escuela secundaria técnica).

La iniciación de los adultos en la computadora se vive como una suerte de duelo de voluntades, en el que generalmente gana la máquina. La pérdida de un archivo, la invasión de un virus o la dificultad de manejar un programa conllevan una considerable carga de angustia y atentado a la autoestima. La queja principal de los adultos es que la máquina no obedece, no hace lo que se supone debiera hacer después de hacer lo que se supone dice el manual, el técnico o el hijo que debe hacerse para que las cosas funcionen.

El asunto de los archivos, hasta la fecha es un problema, siempre los pierdo o los elimino y todo el trabajo está desperdiciado. También el problema de los virus, me resulta impresionante que casi por cualquier cosa le puedas pasar un virus a la computadora (Juan, 48 años, subdirector de secundaria, estado de México).

Los adultos tienen una fuerte necesidad de control de su entorno más inmediato como una forma de contrarrestar la incertidumbre y la inseguridad en el ámbito laboral y en el espacio público. Respecto a las TIC, esta necesidad se expresa subjetivamente en un esfuerzo de “domesticación” en un doble sentido: “domesticar” a la “máquina salvaje” para que se vuelva algo sencillo de manejar, y también “domesticarla” para que se vuelva parte del hogar y se incorpore en las rutinas familiares y domésticas sin que éstas sufran alteraciones esenciales. Los jóvenes no se pelean con las computadoras, se acoplan con ellas, las domestican, pero en un sentido totalmente distinto a los adultos. No necesitan dominarlas para volverlas funcionales, sino entenderlas para poder manejarlas e integrarlas en sus redes de sociabilidad, porque Internet y el teléfono celular no sólo son instrumentos para relacionarse sino que constituyen un pilar fundamental en la naturaleza social del vínculo. De ahí que no tengan necesidad de fragmentar, ni distinguir, ni separar el tiempo de uso del tiempo del no uso (Winocur, 2006), y mucho menos elaborar un discurso acerca de sus dificultades con un programa o una nueva aplicación, porque éstas se resuelven de forma autodidacta consultando a un amigo en el *Messenger*.

Los adultos, a diferencia de los jóvenes, construyen un discurso de adhesión o de rechazo a las nuevas tecnologías que los jóvenes no tienen ni necesitan. Es como si volviendo explícito su vínculo con la red, pudieran controlar la inseguridad ontológica que les provoca su falta de dominio práctico y simbólico de la red. En las conversaciones entre adultos, sobre todo en el caso de las mujeres, es habitual que Internet aparezca más como un reservorio de oscuridades, obstáculos y enigmas, que como una fuente de placer y entretenimiento.

Yo me blindo lo más que puedo: para empezar; continuo sin móvil; el contestador está siempre puesto; como a veces eso no basta, desconecto teléfono y fax durante horas; en cuanto puedo me largo a una ciudad recóndita, a un refugio en el que no hay nada de eso ni recibo correo ordinario; y por supuesto no he dejado entrar a mi casa un ordenador, con su agobiante *e-mail* incorporado (Winocur, 2006:106).

Por el contrario, para los jóvenes la computadora, Internet, el teléfono celular, y el *iPod*, tienen un sentido vital y también lúdico y su uso implica la construcción de una red de pertenencia, un espacio de sociabilidad y un lugar de socialización.

Los jóvenes y adultos de las familias de clase media y alta suelen invertir la misma cantidad de tiempo en Internet, pero la organización y el significado de este tiempo es distinto, y la clave está en la resistencia de los adultos a la lógica de la simultaneidad. Por ejemplo en el caso del *Messenger*, los jóvenes lo definen como una herramienta que les permite ganar tiempo mientras sus padres lo definen como algo que les hace perderlo. En la percepción de los jóvenes se gana tiempo porque se pueden hacer varias cosas simultáneamente, uno no chatea con una persona sino con 5 o 6 contactos. No se espera la respuesta a una pregunta, sino que se intercalan nuevas preguntas y respuestas antes de tener la respuesta a la primera, sin que esto presente ningún conflicto de sentido. Ya que el sentido no surge del intercambio puntual sino del contexto más general donde se inscribe la relación con los pares. Hay que recordar que el diálogo comenzó en la escuela en la mañana, continúa luego en su habitación en el *Messenger*, más tarde en la calle con el celular, y al día siguiente otra vez en la escuela, sin solución de continuidad.

Los adultos necesitan imponer a la relación con Internet el mismo orden de la vida cotidiana, primero una cosa, luego la otra y después una tercera que sólo puede hacerse si la segunda se resolvió en

función de la primera. Si uno escribe un texto, espera una respuesta para poder organizar la siguiente pregunta o comentario. De ahí la desesperación o el cansancio de estar esperando mucho tiempo una respuesta en el *Messenger*, o la resistencia a trabajar con varias ventanas al mismo tiempo. Por el contrario, en las rutinas de los jóvenes, se admite y se disfruta la posibilidad de andar a la deriva, y están dispuestos a cambiar los protocolos y las rutas de acceso tantas veces como sea necesario. Aunque tengan sus preferencias, no crean dependencias ni con un determinado tipo de máquina ni con un determinado espacio físico, pueden conectarse en la universidad, en un cibercafé o en la casa, sin que estos espacios representen ataduras de sentido como para los adultos. Las máquinas y los espacios son funcionales en la medida que pueden garantizar el acceso a sus redes.

Los adultos reconocen la necesidad de las nuevas tecnologías y de cómo éstas han cambiado positivamente sus vidas a pesar de los tropezos iniciales y de la falta de pericia en muchas aplicaciones, pero sienten la necesidad de marcar una distancia con respecto al papel que ocupa en sus vidas. Sólo en la medida en que pueden marcar su independencia, se sienten tranquilos frente a la situación de alteridad y extrañamiento que experimentan subjetivamente respecto al manejo de las TIC.

En la mayoría de los casos la iniciación de los adultos mayores de 40 años en Internet fue propiciada por los hijos, a quienes recurren permanentemente para solicitar ayuda y "paciencia". Este fenómeno de inversión de la autoridad, que también es habitual en las escuelas (Gros Salvat, 2000), genera conflictos inéditos en las relaciones filiales y una reorganización simbólica del poder dentro del hogar que no sólo afecta el lugar del conocimiento sino también los códigos morales y normativos que regulan la comunicación doméstica. En el caso de los maestros las dificultades para usar las nuevas tecnologías suelen provocar sentimientos aún más profundos de ansiedad e inseguridad porque cuestionan directamente su autoridad frente a los alumnos. "Quizás lo que está ocurriendo en el fondo es que los computadores y las redes informáticas en la escuela ponen en riesgo las estructuras relacionales (es decir, los sistemas de poder), porque resulta claro que las relaciones maestros/alumnos se recolocan radicalmente. El maestro en este nuevo modelo resulta 'descentrado' y con él, toda la ristra del sistema educativo tradicional. Se potencia la posibilidad de la ['autonomía intelectual infantil', dado que los siste-

mas cibernéticos dan recursos a los alumnos para que adquieran y procesen conocimientos con menos mediación magisterial” (Lizarazo, 2008:10).

[...] yo veía que los chicos en mi escuela hablaban que encontraban textos muy buenos de algunas materias en Internet y yo en verdad me traumatizaba porque yo ni utilizar estos procesadores de palabras sabía, entonces me sentí como amarrada de pies y manos, de repente me sentía como un dinosaurio reviviendo en la época moderna (Guadalupe, 51 años, psicóloga, directora de una escuela secundaria técnica).

Los alumnos recurren a ti creyendo que sabes más que ellos, pero en estas cosas resultas aprendiendo de ellos. Siempre es una situación incómoda y complicada. Cuando instalaron la sala de cómputo, los alumnos se quejaban del profesor, porque según ellos no sabía lo suficiente y por lo tanto no les explicaba, entonces llegaban a contarme las clases y yo no entendía cuál era el problema. Eso era muy angustiante, porque los alumnos hicieron toda una revolución y yo era incapaz de entender sus argumentos y también los del profesor (Juan, 48 años, subdirector de secundaria, estado de México).

Según Gros Salvat (2000) las causas generadoras de las actitudes negativas de los maestros, son las deficiencias en el conocimiento de las herramientas, la falta de tiempo y medios para incorporarlas, el miedo a evidenciar carencias ante los alumnos, y la idea de que la computadora puede sustituirlos. Por su parte las investigaciones realizadas por Diego Lizarazo con maestros y alumnos de escuelas pobres ubicadas en ámbitos urbano-rurales del estado de México, que han tenido acceso a algún equipamiento informático, muestran que la grave dificultad para apropiarse de estas tecnologías, deviene en un estado de “ansiedad cibernética no como un estado individual, sino como una suerte de ansiedad colectiva en dos sentidos: la de desear algo que no se alcanza, y la de la desesperanza por saber que no se alcanzará” (Lizarazo, 2008:9). Según el investigador esta ansiedad conlleva una doble paradoja, por una parte entre la representación imaginaria de las TIC como oportunidad de inclusión social, y la de la exclusión de hecho: “de radical diferenciación y anacronismo para quienes no tienen acceso a ellas o carecen de los recursos y competencias para su uso. Y, por otra, la tensión casi irresoluble que se plantea entre el papel que deben desempeñar como facilitadores y dadores de conocimiento socialmente legítimo y las habilidades informáticas de los alumnos que rebasan sus saberes y competencias. Lo que se genera no es sólo una disparidad en el ámbito de las competencias,

sino un cuestionamiento a su papel de mediador frente al saber y la autorización para regular lo que es deseable o indeable aprender:

Se trata casi de un estado de perplejidad docente ante la eclosión informática, una percepción de fragilidad, anacronismo y desnivel con que maestros y maestras se ven a sí mismos respecto a las competencias, facultades y posibilidades que encuentran en sus alumnos en un entorno crecientemente informatizado. Entonces se podría plantear una ristra de estados: 1. *Inestabilidad* porque cada vez les resulta más difícil sustentar su posición como ejes del proceso pedagógico; 2. *Urgencia de adaptación*, frente a un proceso de cambio tecnológico al que no pueden seguirle la pista (los abruma un poco el lenguaje informático de los jóvenes, y les resulta pasmosa la circulación de aparatos tecnológicos que no pueden siquiera nombrar). Pero la cuestión es que terminan por plantearse que no lograrán ni estabilizarse, ni adaptarse al nuevo contexto (Lizarazo, 2008:9).

Por su parte, en el ámbito doméstico, los hijos que por lo general muestran al principio buena disposición para iniciar, o auxiliar a sus padres en el manejo de la computadora e Internet, la demanda constante de ayuda termina provocándoles fastidio. Este fastidio no sólo se explica por la falta de pericia de los padres y los maestros en aprender algo que para ellos resulta tan obvio, sino porque coloca a los adultos en un lugar de extrema dependencia en la relación que emocionalmente les resulta difícil de procesar. De repente los padres se infantilizan: se vuelven demandantes, dependientes, y tienen muy poca capacidad de frustración. Y esto se traduce —según manifiestan los jóvenes— en que no hacen ningún esfuerzo por aprender o resolver las cosas por sí mismos:

Entonces decidí enfrentarme a este aparato mortal e intentar entender al menos las funciones básicas, pero ahora creo que debí buscar unos maestros más pacientes que mis hijos, sé que ellos tenían toda la intención de ayudarme con mis cosas, pero sí creo que algo que no tiene esta generación es paciencia con los adultos, y no entienden que los que estamos atrás, también en estos tiempos necesitamos estar cerca de estos aparatos (Guadalupe, 51 años, psicóloga, directora de una secundaria técnica).

La autoridad tradicional de los padres se asentaba en la incuestionabilidad de lo que sabían y valoraban, que provenía de las tradiciones familiares y comunitarias, o de la cultura oral y libresca. Pero la incorporación de las nuevas tecnologías en el hogar contribuye subjetivamente a erosionar las fuentes de legitimación de esos saberes.

Este poder tradicional de administración del saber se ejercía en la selección de los relatos y se reforzaba simbólicamente con la compra de diccionarios, enciclopedias, libros de arte, de cocina, de oficios, de literatura, para los hijos —aunque los padres nunca los leyeran—, y, también, en la designación de espacios y tiempos para hacer las tareas, mirar la televisión o jugar. En este esquema de poder la escuela era una aliada incondicional, porque mucho de este capital simbólico estaba vinculado a la educación como reproducción del *statu quo*, o como estrategia de movilidad social.

En cuanto al tiempo libre, los padres ejercían un control mucho mayor de las actividades y tiempos dedicados al ocio, donde los momentos de soledad eran poco admitidos. También, podían hacer valer su autoridad sobre los contenidos de la radio, el cine y la televisión censurando programas y horarios, jerarquizando o catalogando lo bueno y lo malo. Cuando la computadora e Internet son incorporados al hogar, los padres al mismo tiempo que reconocen sus ventajas, se sienten inseguros y amenazados, porque a sus ojos aparecen como mundos autorreferentes que no necesitan de su intervención para adquirir significados para los jóvenes. Allí están todas las preguntas y las respuestas, también están todos los puntos de vista y las opciones de aprendizaje. No sólo que ya no pueden calibrar ni controlar la calidad y la cantidad de lo que ven sus hijos, sino fundamentalmente no pueden inculcar ni dominar el sentido de la experiencia.

Internet y el celular también producen reticencias en el hogar porque introducen “extraños” que escapan al control de los padres. Estos extraños (conocidos o desconocidos) que están en la red con sus hijos en espacios y tiempos inaccesibles, provocan recelos y fantasías de exclusión. Tienen que tolerarlos en su propia casa sin poder controlar su entrada y su salida, y mucho menos establecer si son buenas o malas compañías para sus hijos.

Pero los conflictos no se presentan en todos los hogares de la misma forma, mientras los adultos de sectores profesionistas, intelectuales y académicos se traban en duelos cotidianos con las computadoras e Internet, en un esfuerzo por domesticarlos y volverlos amigables básicamente para sus necesidades de comunicación e intereses profesionales, los adultos de sectores populares han incorporado estas tecnologías en un horizonte de necesidad muy distinto: evitar la exclusión de sus hijos del circuito educativo y aumentar

sus posibilidades competitivas en el mercado laboral. No muestran interés en aprender ni las consideran socialmente relevantes en términos de su mundo cultural, social o laboral. La decisión de generar una estrategia de ahorro o endeudamiento para adquirir, primero una computadora, y luego una conexión a Internet, se relaciona casi exclusivamente con la expectativa de que estas tecnologías apoyen la aspiración de movilidad social depositada en los hijos, que sigue pasando principalmente por el ingreso a la universidad. Obviamente esto marca diferencias sustantivas en la incorporación de las nuevas tecnologías, en el imaginario acerca de sus posibilidades, en la inclusión en el ámbito doméstico y en cómo se viven las diferencias generacionales respecto al uso y la apropiación de las mismas.

En los sectores populares la representación de la superación de la pobreza y la desigualdad de oportunidades está fuertemente asociada a la posibilidad de acceso al conocimiento, donde la computadora se habría convertido en una bisagra fundamental, no sólo porque se asocia con la educación, sino porque en la representación de sus poderes, su uso posibilitaría una transferencia de las cualidades del “creador” al usuario: inteligencia y poder para cambiar el destino propio y ajeno. No obstante, cuando esta transferencia de sabiduría no ocurre, y, en consecuencia no produce los resultados esperados, ocasiona un brusco desencanto que revierte las expectativas de movilidad social y las prioridades de consumo. En San Lorenzo Chimalpa, los hijos adolescentes de un chofer de transporte colectivo de escolaridad primaria, consiguen convencerlo de que en lugar de dar el pago anticipado de un nuevo microbús para que ellos trabajen al terminar el bachillerato, invierta el dinero en una computadora con la promesa de que ésta les ayudará a lograr el ingreso a la universidad. Cuando el hijo mayor fracasa dos veces consecutivas en los exámenes de dos universidades distintas, el padre muy enojado vende la computadora, compra otro microbús y pone a trabajar a su hijo de chofer:

Bernardo se supone que iba a estudiar la universidad pero no ha podido pasar el examen y el otro en las mismas, pasó a tercero de secundaria y reprobó dos materias, yo hasta creo que eso de la computadora no sirve o de plano me salieron muy burros [...] se las compré y mire con lo que me salen, ¿usted cree que esto es justo?, yo hice el sacrificio de comprárselas y uno ya tiene un año en la casa sin hacer nada porque no ha podido pasar el examen para ninguna universidad, y el otro reprueba dos materias, ya les dije que mejor la voy a vender, para qué quieren ese aparato (Bernardo, padre, 49 años, chofer de microbús, secundaria).

No he podido quedarme en la universidad y eso es lo que quiero hacer, debes estar pensando que soy un holgazán, pero lo que pasa es que siento que si me consigo un trabajo y empiezo a tener dinero voy a terminar como mis hermanos, casándome y teniendo hijos y eso yo no quiero. Pues mi papá seguro te dijo que no hago nada y que soy bien burro [...] él cree que por tener computadora me conecto y ya soy yo también una máquina (Bernardo, hijo, 18 años, estudiante, San Lorenzo Chimalpa).

Alejandro Piscitelli señala que salvar las distancias generacionales en el uso y apropiación de las tecnologías es una tarea prácticamente imposible salvo que existan “mediadores tecnológicos intergeneracionales” (Piscitelli, 2005). El futuro no promete grandes cambios en términos de desigualdades sociales en el acceso a las TIC, pero es muy probable que entre los actuales nativos digitales y sus hijos existan muchas menos diferencias y muchos más mediadores intergeneracionales que con sus padres. Por el momento, como vimos en algunos de los capítulos precedentes, nuestras investigaciones sugieren que el teléfono celular constituye uno de estos “mediadores tecnológicos intergeneracionales” que permiten a los adultos incluirse en el universo digital, pero también en el mundo de los jóvenes. De todas las nuevas tecnologías de comunicación existentes en el mercado, el celular es la única que permite enlazar a todos con todos, independientemente de sus habilidades y competencias tecnológicas.

UNA REFLEXIÓN FINAL

La incorporación de las nuevas tecnologías de comunicación e información en la casa, encierra como condición de existencia previa universos generacionales muy distintos de experiencias respecto al tiempo, el espacio, la sociabilidad, la afectividad, el conocimiento y las formas de inclusión social. Su socialización en el hogar requiere que los más jóvenes desempeñen un papel esencial en la explicación y traducción de los códigos operativos y simbólicos de su funcionamiento para poder ser compartida entre los miembros de la familia. Como ya vimos, esto genera tensiones y conflictos que cuestionan la organización doméstica del poder. Dichas tensiones no sólo se presentan en la familia sino en todos los espacios institucionales donde jóvenes y adultos conviven; algunos, donde la estructura de la autoridad y la clasificación jerárquica propias de las diferencias gene-

rationales se mantienen vigentes como la escuela o el trabajo; otros, “como el tiempo libre, las asociaciones juveniles y el mercado, en las que las estructuras de autoridad están repartidas, y en las que la jerarquía de edad se difumina, pero la adscripción generacional sigue siendo un referente de clasificación social” (Feixa, 2005:4); y por último, en los espacios omnipresentes de los medios de comunicación de masas, las nuevas tecnologías de la información y el mundo de los videojuegos, “en las que las estructuras de autoridad se colapsan, y en las que las edades se convierten en referentes simbólicos cambiantes y sujetos a constantes retroalimentaciones” (Feixa, 2005:4). Pero al mismo tiempo, nunca antes una tecnología de comunicación había evidenciado tal nivel de dependencia e interacción, ni había tendido tantos puentes cognoscitivos, afectivos y lúdicos, ni generado tanta necesidad de estar comunicados, localizables y disponibles los unos con los otros.



CAPÍTULO VII. LA CONEXIÓN, RECURSO DE INCLUSIÓN SOCIAL ENTRE LOS POBRES¹

San Lorenzo Chimalpa es un pequeño poblado donde habitan alrededor de 150 familias en una extensión de 10 manzanas.² A pesar de estar ubicado a 20 minutos del centro de Chalco, un municipio de alta densidad poblacional en el estado de México, conserva rasgos semi-rurales. Muchos de sus habitantes son campesinos que trabajan su propia milpa o la de algún vecino. En San Lorenzo los pobladores desarrollan una intensa vida social que gira alrededor de la iglesia, el mercado y las celebraciones familiares. Entre las familias más antiguas se conserva la tradición de abrir las puertas de su casa para compartir con sus vecinos en la calle la celebración de un cumpleaños o de un aniversario. No obstante existe una relación de intercambio fluida y constante con el centro de Chalco y la ciudad de México. La mayor parte de sus pobladores, particularmente los jóvenes, se desplazan a trabajar, ir de compras o estudiar. También es habitual que los fines de semana o feriados las familias vayan de compras, al cine o a comer. La mayoría de los padres y madres de familia de más de 35 años

¹ Este capítulo se basa en el artículo intitulado "Apropiación de Internet y la computadora en sectores populares urbanos" que publicó la revista *Versión* en su número del 19 de junio de 2007.

² Este capítulo presenta los resultados de una investigación de corte socio-antropológico que se llevó a cabo con 150 familias del poblado de San Lorenzo Chimalpa, municipio de Chalco, estado de México, en dos etapas, la primera en el año 2003, y la segunda, en 2005. Contó con la participación de los alumnos del proyecto de investigación y servicio social: "Redes virtuales y comunidades mediáticas. Nuevos núcleos de sociabilidad y pertenencia" de la UAM-X. La metodología utilizada combinó una encuesta a las 150 familias de San Lorenzo Chimalpa, con una entrevista cualitativa semiestructurada a 15 de esas familias. La encuesta tenía por objeto indagar si tenían computadora e Internet en el hogar, quiénes y qué uso hacían de estas tecnologías dentro y fuera del hogar, y en el caso de no tenerlas (que eran la mayoría), si pensaban incorporarlas en un futuro próximo. Con base en los datos obtenidos se seleccionaron 15 familias para realizar una entrevista en profundidad a tres miembros de cada una, con el propósito de reconstruir las prácticas y representaciones que tenían sobre la computadora e Internet, tanto en el caso de los usuarios como de los no usuarios.

cuentan sólo con la primaria o secundaria, sin embargo es evidente la aspiración de que sus hijos superen esa situación, y hacen grandes esfuerzos económicos para que éstos lleguen a la universidad. Casi todos los niños, adolescentes y jóvenes se encuentran estudiando en algún sistema escolarizado. Los habitantes de San Lorenzo Chimalpa viven en hogares de familias numerosas con fuertes lazos parentales que se extienden hasta el otro lado de la frontera.

La idea de la casa no se puede entender sin la *localidad* concebida como el ámbito afectivo más cercano al hogar, un espacio simbólico de pertenencia que trasciende el espacio físico de la vivienda. Se trata de un espacio donde al mismo tiempo que se convive intensamente con los vecinos y los parientes en las fiestas familiares y celebraciones colectivas, en el tianguis los sábados y en misa los domingos; se sostienen vínculos virtuales a través de la línea telefónica, el teléfono celular e Internet con los que se encuentran en Estados Unidos; y se intercambian saberes, consumos y prácticas entre los de "adentro" y los de "afuera", en un incesante ir y venir entre San Lorenzo, el centro de Chalco, la ciudad de México, y distintas ciudades norteamericanas. A este entramado de afectos y extrañamientos, de permanencias y tránsitos, de certezas e incertidumbres, los habitantes de San Lorenzo Chimalpa le llaman "comunidad".

La ilusión de poseer una comunidad de lazos sólidos, permanentes y originarios, tiene un fuerte sentido de realidad en la medida que permite generar estrategias simbólicas de contención de la conducta diaspórica de sus habitantes, dándole un sentido de retorno obligado al hogar. Estas estrategias se organizan en diversos flujos que, por una parte, permiten ordenar los tránsitos cotidianos entre el vecindario-casa-iglesia-tianguis-milpa y la ciudad-centro-trabajo-servicios-escuela-universidad; y, por otra, el flujo migratorio de ida y vuelta con Estados Unidos. En el sentido expuesto, las remesas, el teléfono, el celular y los viajes, constituyen los canales privilegiados de comunicación e intercambio.

La representación social acerca de la incorporación de la computadora y de Internet hay que entenderla, por una parte, en el contexto de estos desplazamientos cotidianos, flujos mediáticos y migratorios; y, por otra, asociado a las expectativas de movilidad social vinculadas a la educación, al sentido de lo público y lo privado, y a la experiencia social de la desigualdad en el acceso a otros bienes materiales y simbólicos.

LA COMPUTADORA COMO ESTRATEGIA DE MOVILIDAD SOCIAL

En San Lorenzo Chimalpa, cuando iniciamos la investigación en el año 2003, sólo 12% de los hogares poseía una computadora, sin embargo 70% de los entrevistados que no contaban con esta tecnología, respondió que de tener, o reunir dinero en un futuro próximo, sí comprarían un aparato porque lo consideraban necesario para facilitar la educación de sus hijos. Dos años y medio después el porcentaje de familias con computadora se había incrementado casi al triple, lo cual nos habla claramente de cómo la computadora e Internet se han instalado en el imaginario popular como un recurso estratégico para mejorar la competencia escolar de sus hijos y, por ende, sus posibilidades de movilidad social.

Ahora sí que en el tiempo que estamos deben de saber estudiar, manejar aparatos, lo que es computadora, Internet, máquinas de escribir y todo eso, porque tampoco quiero que mis hijos se queden como yo hasta la secundaria y namás con eso [...] ya para encontrar un trabajo está muy difícil, ya te piden papeles, qué carrera sabes, qué es lo que sabes hacer, y pues más que nada por eso sí me gustaría tener eso o aprender [...] porque pues ahora sí que yo al menos, como me doy cuenta, como que se les facilitan más las cosas (Ramiro, obrero, 28 años, primaria).

A pesar del desempleo y la falta de oportunidades, las familias aún tienen fuertes expectativas de movilidad social a través de la educación y empiezan a visualizar en la computadora un atajo a los costosos y largos ciclos de la educación media y superior:

Yo tengo un primo que hizo un curso de capturista de datos y le agarró a la computadora, tuvo buen trabajo, estuvo en varias empresas, pero después él se sentía muy volado y decía que era ingeniero [...] ni siquiera acabó la vocacional (Héctor, campesino, 49 años, secundaria).

Esta representación se expresa de diversos modos, uno en la creencia de que el principal beneficio de la tecnología es que facilita las exigencias escolares y allana el camino hacia el éxito:

Ya no tienes que estar leyendo, ya no tienes que estar hojeando libros, que nada más aprietas un botón y ya aparece [...] ya lo puedes encontrar en la computadora y no estar leyendo todo el libro (Claudio, auxiliar de cocina, 24 años, primaria).

Independientemente de la posibilidad económica de adquirir una computadora o de conectarse a Internet, el *habitus* (Bourdieu, 1998), genera diversas formas de apropiación de la tecnología, facilitando o entorpeciendo su incorporación en el ámbito doméstico. Esto es evidente en la clara percepción de que el problema del acceso no se resuelve sólo con tener el aparato en casa, la condición para poder utilizarlo y los probables beneficios que de él se obtengan, dependen de que, en las condiciones de existencia y reproducción del capital cultural de cada grupo, se vuelva “socialmente necesario” (Ford, 1999:159). En la siguiente cita podemos advertir que nuestro entrevistado no percibe ninguna ventaja en la computadora para su propio desempeño social y productivo, sin embargo entiende la importancia que tiene para “los otros” que sí tienen los “conocimientos” para poder aprovecharla:

La computadora para algunos es algo muy importante para el trabajo, para la escuela, pero para mí no es nada importante porque no tengo conocimientos (Carlos, despachador, 63 años, primaria).

El núcleo central de la representación que organiza y confiere sentido a esta idea, es que el origen de la desigualdad cultural no está en la desigual distribución de la riqueza, sino de la inteligencia y del conocimiento:

Es que a mí no me entró pero, a mí se me hace que la gente que usa la computadora es una gente muy inteligente porque le halla pero yo no (Juana, 25 años, secundaria, comerciante).

En la cita siguiente se observa cómo se expresa esta representación en el mito sobre el origen de las computadoras, donde la imagen dominante es la de un “creador” solitario, hombre y dotado de una inteligencia privilegiada:

Pues yo me imagino que fue una persona que tuvo mucha cabeza para el estudio, que era muy listo y que no hacía otra cosa sino estudiar y estar todo el día con los libros, porque pues, imagínese, para inventar un aparato tan grande como ése pues yo creo que fue alguien muy preparado (María Teresa, 56 años, primaria, atiende un puesto en el mercado).

Detrás de la fuerte valoración de la computadora como una herramienta para acceder a recursos más calificados, y obtener empleos

de mayor jerarquía y mejor remunerados, se esconde la otra cara de la misma moneda: la representación de la computadora como la responsable en el presente y en el futuro de la pérdida del empleo a partir de desplazar al hombre como fuerza de trabajo:

[Las computadoras] se crearon para suplantar al hombre y que ya no trabajen las personas, para que las empresas ya no tengan que pagar [...], vayan poco a poco liquidando personal y ya no pagar (Mercedes, ama de casa, 39 años, primaria).

En esta representación la computadora es “humanizada” gracias a su capacidad tecnológica de remplazar al hombre, al mismo tiempo que deshumaniza las habilidades manuales de los trabajadores al volverlas socialmente innecesarias para la producción. El temor no es sólo a perder el empleo, o a no encontrar empleo, sino a volverse socialmente innecesario y prescindible:

Ya se está dando incluso en trabajos de fábricas automotrices que he visto que hay brazos que hacen labores que el hombre antes hacía o hace y es colocar muchas cosas, y ve en el tiempo que estamos, imagínate más adelante (Pedro, operador, 20 años, preparatoria).

Habría un montón de desempleados [...] empezarían a hacer a un lado a la gente y ya no la tomarían en cuenta por su capacidad que tiene (Cristina, ama de casa, 28 años, secundaria).

Además, perciben que esta amenaza también podría extenderse al lazo social. En este imaginario, la computadora, al resolver las tareas de varios hombres, elimina la línea de producción, lo cual también afecta el engranaje colectivo donde unos dependen de los otros para terminar la pieza, creando lazos solidarios que se extienden más allá de la fábrica.

La representación de la exclusión está claramente asociada a las diferencias que se perciben en el capital cultural no sólo entre clases sociales sino también entre dos generaciones, una sin estudios y otra con estudios:

Si yo tuviera una computadora, ni la voy a saber manejar, la podría manejar el muchacho que ha estudiado [...] el hecho de que yo tenga una computadora no significa que yo venga y pueda sacar información de ella, exclusivamente el que la sabe manejar (Marina, ama de casa, 42 años, primaria).

De ahí que, en el caso de San Lorenzo Chimalpa, la computadora se haya instalado como una necesidad proyectada hacia los jóvenes

y hacia los hijos, en la medida que siguen siendo depositarios de las aspiraciones de progreso y movilidad social.³

LA ESCUELA COMO INSTANCIA DE LEGITIMACIÓN DE LA COMPUTADORA EN EL HOGAR

Si bien los jóvenes contribuyen de manera significativa a generar la necesidad de incorporar la computadora e Internet en el seno del hogar, la escuela tiene un papel fundamental en la legitimación y la socialización de sus usos y posibilidades. La escuela, sin lugar a dudas, es la responsable de reforzar la necesidad de su adquisición en el imaginario de las familias populares para no quedar rezagado en lo que se percibe como una ventaja en el desempeño y el rendimiento educativo:

Ya he platicado de eso con mi esposo y me dijo que sí la vamos a tener que comprar porque pues Lupita ya empezó a tener problemas por no tener el aparato (Carmen, ama de casa, 37 años, secundaria).

Los maestros de secundaria y preparatoria, y, en algunos casos de la primaria, comienzan a solicitar a sus alumnos tareas que requieren el uso de la computadora, o se facilitan por su uso. Particularmente la elaboración de trabajos escritos a partir de la consulta de información en Internet. Los maestros no sólo premian las búsquedas en la red sino la presentación nítida y “limpia” de la tarea que muchas veces se aprecia más que los contenidos. Esta situación contribuye a que los padres comiencen a percibir en la computadora un recurso privilegiado para aumentar la competitividad de sus hijos en la escuela:

Una vez mi hija me dijo que si nosotros también íbamos a comprar una [computadora] porque una prima mía compró una y su hija que está en el mismo salón de Paulina lleva sus trabajos en la computadora y el maestro le pone puros dieces (Beti, ama de casa, 41 años, primaria).

³ El 66.5% de los pobres considera que la situación económica de sus hijos y nietos será mucho mejor que en el presente. Fuente, Encuesta *Lo que dicen los pobres*, Sedesol, julio de 2003.

Otro dato importante que refuerza la idea de que esta aspiración ya forma parte del imaginario, es que para el año 2005, el 70% de los entrevistados había generado alguna clase de estrategia para acercar o facilitar el recurso tecnológico a sus hijos. En algunos casos, utilizando las redes familiares, o en otros, dando dinero a sus hijos para que renten computadoras en el centro de Chalco, distante unos 20 minutos del pueblo, o para pagar a alguien que les resuelva su tarea bajando información de Internet. La mayoría de los cafés Internet en el centro de Chalco tienen empleados que por encargo de los padres o de los niños, llevan a cabo las tareas escolares o apoyan a los niños para realizarlas. Primero buscan la información en Internet y luego la editan y le dan una presentación adecuada:

Pues a veces uno de mis sobrinos le ayuda porque él tiene computadora en su casa, entonces Lupita [su hija] le llama por teléfono y él le trae los trabajos el fin de semana, pero cuando los trabajos son de un día para otro pues tenemos que ir a Chalco a rentar una o con un amigo de Lupita que vive por aquí cerca y que le presta la computadora de sus hermanos, pero cuando tienen tarea él también pues es más difícil (Carmen, ama de casa, 37 años, secundaria).

Esta demanda ha generado en los últimos dos años un florecimiento inusitado de diversos locales que ofrecen sus servicios de renta de computadoras, acceso a Internet y realización de tareas escolares por encargo en el centro de Chalco. En la mayoría de los casos se trata de establecimientos improvisados y *piratas*, que se instalan con tres o cuatro computadoras en escritorios públicos, fotocopiadoras, papelerías, tiendas de abarrotes y casas de familia que disponen de la sala o el estacionamiento para ofrecer sus servicios. Aunque la mayoría de los habitantes de San Lorenzo Chimalpa se trasladan al centro de Chalco, distante a unos veinte minutos, en el poblado ya existen dos, uno dentro de una papelería y otro en una tienda de abarrotes.

EL PAPEL DE LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN EN EL PROCESO DE SOCIALIZACIÓN DE LA COMPUTADORA E INTERNET

Además de los hijos y la escuela, los medios de comunicación, particularmente la televisión, tienen un papel importante en el proceso de socialización y de representación acerca de los usos y funciones de

las nuevas tecnologías de la información y comunicación. Las computadoras e Internet están presentes en las narrativas de los medios desde hace por lo menos 25 años, y su presencia se ha incrementado en la última década. La publicidad comercial y oficial, las películas, las telenovelas, los noticiarios, y los programas de divulgación científica, abordan de diversas formas el tema. Desde la perspectiva de los habitantes de San Lorenzo Chimalpa, estas múltiples narrativas sobre la computadora e Internet pueden agruparse en dos visiones, una benévola y otra maligna. La benévola sostiene las posibilidades infinitas del uso de la tecnología, una especie de varita mágica capaz de arreglar los problemas del mundo:

Ya se facilita todo, ya no se mortificarían por investigar, ya nada más es apretar botoncitos y te sale la información (Rocío, ama de casa, 45 años, primaria).

También incluye las ventajas en términos de educación y progreso, oportunidades de desarrollo, y comunicación asociado a su facilidad de comunicar rápida y simultáneamente a las personas ubicadas en comunidades alejadas, o a los que migraron con los que se quedaron, como en su momento fueron las carreteras y el teléfono. La otra idea, de signo contrario, habla de sus peligros y riesgos en términos de enajenación, pornografía, delincuencia, control e invasión de la privacidad. Una de las imágenes que aparece en forma recurrente es la de la computadora como una especie de *big brother*, capaz de controlar la vida de las personas y de invadir los ámbitos más recónditos de la intimidad.

La mitad de las familias que viven en el pueblo de San Lorenzo Chimalpa, tienen parientes en Estados Unidos trabajando de manera ilegal que les envían una remesa de dinero todos los meses. En estos hogares prácticamente nadie tenía una computadora, cuando se les preguntó que si pensaban adquirirla, además de razones económicas, manifestaron temor de que a través de la computadora, las autoridades migratorias de Estados Unidos pudieran ubicar a sus parientes y deportarlos. Cuando se les interrogó de qué forma podrían hacer esto, respondieron que habían visto en muchas películas y en las noticias cómo la policía podía ubicar a los delincuentes y a los terroristas en la red.

He visto en la tele que averiguan muchas cosas por la computadora [...] saben su dirección [...] saben el dinero, todo averiguan ahí [...] hasta los rateros de ahí sacan muchas cosas, mucha investigación para las personas (Sonia, ama de casa, 40 años, primaria).

Sin embargo, el bombardeo de comerciales, películas y programas sobre el tema apenas tiene sentido de realidad cuando en el ámbito de lo local se empiezan a instalar subjetivamente como algo socialmente necesario, y en el caso de San Lorenzo Chimalpa sin lugar a dudas lo que produjo este hecho fue la percepción de los posibles beneficios para la educación de los hijos. En los ejemplos que siguen es la demanda de la hija, vinculada a la escuela, lo que permite focalizar la atención en lo que dice la televisión al respecto:

Cuando la anunciaron en la tele, la verdad en ese tiempo no le tomé interés, le empecé a tomar interés cuando mi hija me decía que sus amigas le platicaban que estaban en clases de computación y que ella quería ir también (Cristina, 28 años, secundaria, tiene un puesto en el mercado).

En el segundo ejemplo, el anuncio del gobierno vuelve a la computadora social y culturalmente relevante, y también la ubica definitivamente en el imaginario como una extensión de la escuela que puede ser llevada a la casa, prolongando los efectos benéficos de la educación:

Pues en la tele cuando el gobierno anunció que las escuelas iban a tener computadoras para que los niños aprendieran, desde ahí me di cuenta que ya eran importantes las computadoras (María Teresa, ama de casa, 52 años, primaria).

LA INCORPORACIÓN DE LA COMPUTADORA EN EL HOGAR

En el imaginario de las familias de San Lorenzo Chimalpa la posibilidad de incorporar una computadora en la casa plantea una reorganización simbólica del espacio y de los tiempos domésticos. A diferencia del televisor o de la radio, que ya son miembros de la familia y están mimetizados con las rutinas familiares y domésticas, la posible llegada de una computadora exige generar adecuaciones en los espacios y tiempos domésticos para darle cabida. En el poblado los espacios de la casa son pequeños y multifuncionales para poder

albergar las necesidades de todos los miembros de la familia. En la cocina, mientras se mira la televisión o se escucha la radio, se prepara la comida, se reúne la familia a comer, los niños realizan la tarea y muchas veces también se convierte en taller de costura para los que hacen trabajos a destajo en su domicilio. Sin embargo, la computadora plantea imaginariamente la necesidad de diferenciar el espacio a partir de un uso y un mobiliario especializado dedicado sólo al estudio:

Le compraría un mueble de esos que ya venden diseñados para poner la computadora y si tuviéramos más espacios la pondría en un cuarto en el que no hubiera ruido, donde estuviera tranquilo, para que cuando Paulina trabajara estuviera silencioso (Betí, ama de casa, 41 años, primaria).

Para los padres el televisor, el equipo de música y la radio están asociados con el entretenimiento, el acompañamiento y la información, pero la computadora con el saber y la escuela, y su incorporación en el hogar representa simbólicamente la posibilidad de llevar la escuela a la casa, de ahí la idea de crear un sitio "aparte" del resto de las rutinas domésticas dentro de la sala o construyendo un cuartito especial:

Pues ahorita estamos haciendo otros cuartitos [...] yo tengo en mi idea tener un estudio chiquito, aparte [...] especialmente para hacer sus tareas (José, campesino, 32 años, secundaria).

Cuando se piensa en la incorporación de la computadora en la casa también se piensa en la necesidad de compartirla con los vecinos y la familia extensa, al igual que sucedió con la radio y la televisión en sus orígenes, cuando los primeros aparatos eran compartidos en las aceras o en las cantinas:

Pues sí se la podríamos prestar a los estudiantes que no tuvieran en dónde hacer sus trabajos y pues si uno tiene el aparato no debe uno de ser egoísta, porque siempre necesitamos favores y pues entre nosotros tenemos que ayudarnos (María Teresa, 56 años, primaria, tiene un puesto en el mercado).

Aníbal Ford plantea refiriéndose a países donde aún hay 200 o 300 televisores por cada mil habitantes, que "La desigualdad puede generar fenómenos interesantes como la escucha colectiva" (1999:161), si lleváramos esta reflexión para el caso de San Lorenzo Chimalpa,

podríamos pensar que desde el punto de vista imaginario están creadas las condiciones para propiciar una socialización y apropiación colectiva de Internet, fincada en las necesidades de la comunidad de recreación de lo local y de conexión con lo global:

La prestaríamos ya que entre todos debemos de echarnos una manita, así que si alguien llegara a requerirla con gusto se la prestaría [...] ya sean familiares o vecinos [...] puesto que todos nos conocemos y nos debemos de echar la mano. Aun siendo personas que no fueran de la familia siempre nos hemos echado la mano (Luis, obreiro, 30 años, secundaria).

El cúmulo de expectativas, temores y mitos que generan las dificultades económicas y culturales para acceder a las nuevas tecnologías, van conformando en el imaginario una representación de la computadora como una suerte de “artefacto salvador” que es necesario incorporar en el hogar, una especie de altar tecnológico que guarda mágicamente el conocimiento del mundo, y a semejanza de los altares religiosos, exige el respeto y los cuidados que sólo se destinan a los asuntos sagrados. De ahí la necesidad de cubrirla con un guarda polvo para que nada la contamine ni impida su funcionamiento:

La pondría en el cuarto donde está mi sala, en una esquina con una mesita y pues le haríamos su camisa, si no imagínese, deben ser bien delicados esos aparatos (María Teresa, ama de casa, 56 años, primaria).

A diferencia de lo que ocurre con la televisión o el radio, nadie concibió la posibilidad de comer, beber o jugar cerca de ella. Podría pensarse, como ellos afirman, que es necesario cubrirla y aislarla para que no se ensucie ni se contamine, pero también es posible sugerir la idea inversa, es decir, mantenerla aislada para evitar que invada la privacidad y altere los rituales cotidianos. Idea, que al parecer, también se presenta a menudo en otros grupos sociales: “[...] con las líneas telefónicas, el chat, las carteleras electrónicas y las redes globales pornográficas o políticamente inadmisibles, esas angustias se han vuelto aún más visibles. Hoy tememos ser ya incapaces de controlar umbral alguno: ni el de la nación ni el de la casa. El temor a la penetración y a la contaminación es intenso” (Silverstone, 2004:148). Internet también produce reticencias porque introduce “extraños” en el hogar que escapan al control de los padres.

Estos extraños (conocidos o desconocidos) que están en la red con sus hijos en espacios y tiempos inaccesibles, provocan recelos y fantasías de exclusión.

INTERNET COMO UN ESPACIO ESENCIALMENTE PÚBLICO

En la perspectiva de los habitantes de San Lorenzo, lo que define a un espacio como algo público es el acceso. En ciertos contextos, como las tiendas, los parques, la calle, esto significa poder entrar y circular libremente:

Los lugares públicos son la calle, un mercado, una feria, o sea, un lugar a donde puede entrar todo el que quiera (Margarita, ama de casa, 30 años, secundaria).

En otros, como la escuela, significa tener el derecho a usufructuar de un servicio público:

Pues las cosas públicas son ir a la escuela, ir a la biblioteca, a la escuela, un deportivo (Vicente, 44 años, primaria, campesino).

Y, por último, lo público refiere a la vida social en la comunidad.

Las cosas públicas podrían ser las actividades que yo realizo en la calle, como ir al mandado o a la tienda, pues son lugares en común con otras personas (Carmen, ama de casa, 37 años, secundaria).

Llevar a mis hijos a la escuela, eso es público yo creo, salir a trabajar, la rutina de uno, el mandado (Mercedes, ama de casa, 39 años, primaria).

Todos estos espacios son representados como espacios donde no existen restricciones para el acceso, es decir, constituyen una forma de acceso a lo público, y también una forma de inclusión en lo público. La tienda representa la dimensión de lo público en el ámbito de lo local, lugar de encuentro con los vecinos y de rumores, chismes y comentarios sobre los acontecimientos locales.

Veamos ahora tres cualidades que conforman la representación de lo público en el imaginario popular que fueron transferidas a la computadora y a Internet:

[Internet] es público porque uno puede buscar lo que quiera sin que te diga nadie que no busques, o que te diga que es lo único que tienes que buscar, además mucha gente lo usa, privado sólo que fuera un libro que sólo tú puedes leer (María Teresa, tiene un puesto en el mercado, 52 años, primaria).

Al igual que en el caso de los espacios considerados públicos, Internet constituye no sólo un espacio al que se puede ingresar sin restricciones, sino también un espacio que no está segmentado socialmente. Es interesante cómo la representación de lo contrario a Internet sería un libro de uso exclusivo, tal vez podría sugerir la idea de que el acceso a los libros ha sido siempre un privilegio. El segundo ejemplo es interesante porque marca con la palabra "exclusivo" la idea de la exclusión, en contraposición a la idea de la igualdad de oportunidades:

Es público porque muchas personas lo pueden usar, no es exclusivo [...], todos pueden revisar las mismas cosas (Carmen, ama de casa, 37 años, secundaria).

La segunda idea que asocia a estas nuevas tecnologías con lo público, es la del objeto compartido en un espacio y en un tiempo común:

Yo creo que es público porque todos los estudiantes ocupan los mismos aparatos para hacer sus tareas (María Teresa, 56 años, puesto en el mercado, primaria).

La idea de compartir, socializar y aprovechar con otros sus ventajas apareció con mucha fuerza en varias de las entrevistas. Hay que recordar que en los sectores populares el consumo de los medios casi siempre es una actividad compartida con otros, y es probable que esta experiencia esté resignificando el uso de la computadora y de Internet:

Público porque luego pueden estar varias personas ahí viendo la computadora, y la computadora es para todo público (Mercedes, ama de casa, 39 años, primaria).

La tercera idea vinculada a lo público y transferida a la computadora, es la de la comunicación. Si uno está comunicado está integrado en alguno de los circuitos afectivos, recreativos, laborales, educativos, socialmente válidos desde el punto de vista de la comunidad:

Yo digo que ha de ser público porque se puede hablar con cualquier persona, y se pueden integrar otras personas (Vicente, campesino, 44 años, primaria).

En este último ejemplo aparece la idea de integración, que también alude a la preocupación permanente que orienta todas las estrategias de comunicación desarrolladas por los habitantes de San Lorenzo Chimalpa. Comunicación significa visibilidad, paradójicamente sólo lo que fluye y es visible puede garantizar que lo primario, lo originario, lo local, lo comunitario no se diluya.

En cuarto término, la computadora e Internet también fueron definidos por la mayoría de los entrevistados como objetos y espacios esencialmente públicos vinculados con el acceso al saber y a la información. Respecto a su capacidad de acumular saberes que todo el mundo puede consultar y valerse de ellos, su carácter público se vincula a la educación, poseer una computadora, colocaría a sus usuarios en ventajas competitivas respecto a lo que ofrece la escuela, es decir, no sólo quedaría incluido socialmente al participar del saber, sino que lo haría con ventajas comparativas.

Y por último, apareció una definición de lo público que vinculó la dimensión de lo público local representado por la tienda, con lo público global representado por la computadora e Internet.

Lo público sería la televisión, una tienda y la computadora (Rocío, ama de casa, 45 años, primaria).

Esta última idea es interesante porque aunque sólo fue mencionada por una sola persona, ya que la tienda, al igual que el mercado y la salida de la escuela, es el lugar de socialización de la información local y global, de circulación de los rumores y los chismes de la localidad, pero también es el lugar, donde se discute y se interpretan los mensajes mediáticos. La computadora e Internet, al parecer se comportarían como una tienda, uno se encuentra con gente conocida, se compran cosas, se cuentan chismes y se entera de lo que sucede en el mundo.

UNA REFLEXIÓN FINAL

En San Lorenzo Chimalpa, la representación social sobre los usos y posibilidades de la computadora se construye fundamentalmente sobre la base de la experiencia social de la desigualdad en el acceso a otros bienes culturales, donde muchas otras formas de “no tener acceso” contribuyen configurar el sentido primordial de esta nueva forma de no tener acceso. Es interesante señalar cómo la palabra *acceso* se ha instalado en el imaginario popular como un término que atribuye más significado a la falta que a la posesión de algo en relación con el capital cultural y las tecnologías mediáticas: “La cuestión es tener o no tener acceso a los medios. De modo tal que el lector lo encontrará con mucha más frecuencia formando parte de reclamos que en análisis del acceso mismo” (O’Sullivan, *et al.*, 1997:17).

Como bien lo perciben las personas mayores de baja escolaridad en nuestro estudio, la posibilidad de comprar una computadora a plazos o mediante una estrategia de ahorros, no resuelve la cuestión del acceso. El mundo de la desigualdad informática no puede explicarse sólo a partir de la división entre los que tienen acceso a las nuevas tecnologías y entre los que no lo tienen, el problema es más complejo. La denominada brecha digital está múltiplemente conformada y segmentada por inequidades de diferente tipo, como bien lo ha demostrado Castells (2001:275-299), ésta no sólo se construye a partir de las diferencias socioeconómicas, sino, también, de las étnicas, generacionales, de género y de capital cultural. A lo cual también agregaríamos otra de carácter simbólico entre quienes comprenden y se apropian de sus ventajas y potencialidades, y entre quienes la perciben como un artefacto *cuasi* mágico que ilusoriamente podría evitarles una nueva clase de exclusión social que cada día se percibe como más amenazante.

La “apropiación” de una nueva tecnología, entendida como el conjunto de procesos socioculturales que intervienen en el uso, la socialización y la significación de las nuevas tecnologías en diversos grupos socioculturales, se realiza desde un *habitus* determinado e involucra un capital simbólico asociado al mismo. Y en esta configuración es central la experiencia anterior de relación con otras tecnologías, y también lo que se considera socialmente relevante en términos de la reproducción y la movilidad social del grupo de referencia.

En la socialización de las TIC en la vida cotidiana de los habitantes de San Lorenzo Chimalpa, intervienen la escuela, los medios de comunicación y las redes familiares. En el primer caso, por la presión que ejerce la escuela reforzando necesidades simbólicas vinculadas a las expectativas de movilidad social: “Nos encontramos frente a dos utopías que nos hablan de la superación de la pobreza: la pedagógica y la tecnológica. La primera postula que con una mayor educación las personas de estrato socioeconómico bajo tendrán acceso a una mejor movilidad social y con más herramientas para convivir dentro de una sociedad en constante cambio. Por su parte la utopía tecnológica se refiere a que el subdesarrollo puede ser superado en la medida que se intensifica el uso de tecnologías en el campo productivo de la información” (Arredondo, 2005).

Estas utopías, que encarnó en su momento el estado benefactor, han permeado el imaginario popular y desde que la escuela pública incorporó rudimentariamente las computadoras, éstas fueron asociadas inmediatamente con la idea de que la adquisición de este nuevo recurso podría acelerar la movilidad social, como en el pasado fueron los libros de texto. Las familias estudiadas están incorporando las nuevas tecnologías de comunicación e información con el objetivo de evitar la exclusión de sus hijos del circuito educativo y aumentar sus posibilidades competitivas en el mercado laboral. No muestran mucho interés en aprender ni las consideran socialmente relevantes en términos de su mundo cultural, social o laboral. La decisión de generar una estrategia de ahorro o endeudamiento para adquirir, primero una computadora, y luego una conexión a Internet, se relaciona casi exclusivamente con la expectativa de que estas tecnologías apoyen la aspiración de movilidad social depositada en los hijos, que sigue pasando principalmente por el ingreso a la universidad (Winocur, 2006).

En el caso de los medios de comunicación su impacto se produce en la apropiación selectiva de los relatos e imágenes que circulan en la televisión, particularmente en las telenovelas, las películas, y la propaganda comercial. Lo cual nos habla de la importancia de estudiar los usos y sentidos de esta tecnología en relación con otras tecnologías mediáticas presentes en el hogar, y también de no limitar el problema de la conceptualización del acceso a las TIC sólo al recuento de quienes las usan y de quienes no lo hacen. La computadora e Internet forman parte del imaginario de estas familias, aunque la

mayoría no las posean. Se trata de un imaginario que ha incorporado subjetivamente la necesidad del manejo de las nuevas tecnologías como una nueva estrategia de inclusión social. Un imaginario que construye deseos, expectativas y aspiraciones desde la desposesión, lo cual no sólo genera mitos acerca de sus orígenes y posibilidades, sino también temores y ansiedades de que la computadora se convierta en un factor más de exclusión social (Winocur, 2006).

Y, por último, la presencia de las TIC en los hogares estudiados, obedece a la socialización que hacen los usuarios entre sus amigos y familiares. Estos usuarios, generalmente jóvenes inscritos en algún sistema escolarizado, son los principales responsables de haber vuelto a la computadora socialmente necesaria en el imaginario de sus familias. A partir de las necesidades creadas por la escuela y sus pares, se convierten en una gran fuente de difusión y socialización del universo simbólico de Internet entre sus familiares, amigos, y vecinos, tendiendo puentes, traduciendo y socializando sus posibilidades y códigos de acceso.

El conjunto de referencias locales y globales que han reorganizado en el imaginario el sentido de lo público y lo privado, ubican a la computadora y a Internet como tecnologías esencialmente públicas asociadas con el derecho a la educación, el acceso a la información y sus infinitas posibilidades de comunicar lo cercano con lo distante y de volver visible lo invisible. En el contexto de los continuos desplazamientos cotidianos, virtuales y reales, que realizan los habitantes de San Lorenzo, las nuevas tecnologías y también las viejas son visualizadas como una estrategia individual y colectiva de cohesión, visibilidad e inclusión social. Estar comunicado en sentido amplio no sólo representa una defensa contra la dispersión, sino fundamentalmente una defensa contra la exclusión.

Desde dentro de las comunidades los actuales procesos de comunicación son percibidos a la vez como otra forma de amenaza a la supervivencia de sus culturas —la larga y densa experiencia de las trampas a través de las cuales han sido dominadas carga de recelo cualquier exposición al otro— pero al mismo tiempo la comunicación es vivida por las comunidades rurales o urbanas como la posibilidad de romper la exclusión, como experiencia de interacción que si comporta riesgos también abre nuevas figuras de futuro. Lo que está conduciendo a que la dinámica de las propias comunidades tradicionales desborde los marcos de comprensión elaborados por los folcloristas y no pocos antropólogos: hay en esas comunidades menos complacencia

nostálgica con las tradiciones y una mayor conciencia de la indispensable reelaboración simbólica que exige la construcción de su propio futuro (Martín-Barbero, 2004:16).

En el imaginario de los habitantes de San Lorenzo Chimalpa, la representación de la exclusión y la inclusión social se vinculan fuertemente al acceso no sólo de bienes de consumo sino fundamentalmente el acceso a los bienes públicos, donde la escuela y las fuentes de trabajo serían los bienes más preciados. Los asuntos del saber representan muchas de las aspiraciones y de los sueños en los sectores populares, pero también muchas de las frustraciones y limitaciones, eso también explica por qué la idea de adquirir una computadora aún resulta poco compatible y asimilable a la vida de todos los días.

La valoración negativa y positiva acerca de las posibilidades de la computadora pueden convivir en el imaginario de los habitantes de San Lorenzo porque representan el anverso y el reverso del mismo problema, expresan al mismo tiempo las expectativas y los temores que genera la aparición de una nueva tecnología de información resignificados, por una parte, a partir de la experiencia de viejas desigualdades en el acceso a los bienes culturales y de consumo, y, por otra, de nuevas amenazas de exclusión y marginación social. De ahí que en el imaginario popular, la necesidad de incorporar la computadora no surge sólo de percibir las posibilidades del mundo virtual, sino también de las carencias, necesidades y amenazas del mundo real. Y, en ese sentido, la representación de sus usos y potencialidades se expresa en el imaginario como un recurso compensatorio que permitiría superar o paliar las desventajas de la situación de pobreza.

Frente a esto se impone una visión instrumental de la computadora donde prevalece la idea de que en el futuro sólo los hombres y las mujeres que sepan manejar eficientemente una computadora serán capaces de progresar y de mejorar su situación socioeconómica consiguiendo buenos empleos. Afirma Michel Autés, que la exclusión en los países europeos es “un imaginario de la caída social” (2004:24) vinculado a la precarización o a la pérdida del empleo, en nuestras realidades, donde más de 40% de la población económicamente activa tiene trabajos eventuales, mal remunerados y sin ninguna clase de prestación o cobertura social, la exclusión se representa en el imaginario no como una amenaza de “la caída” en el presente, sino como el riesgo de “no poder levantarse en el futuro”. Este temor apa-

rece asociado al posible fracaso escolar de los hijos, que provocaría la no superación de la pobreza y la reproducción de la situación de marginación de los padres.

Es bastante probable que, por una parte, el temor de que la computadora se convierta en un nuevo factor de exclusión y diferenciación social y, por otra, la expectativa de que ésta asociada a la educación pueda provocar un aceleramiento del proceso de movilidad social, impulsen en los próximos años una fuerte reorientación en las prioridades del consumo y una reorganización del espacio doméstico en los sectores populares ubicados en áreas urbano-marginales para incorporar la computadora e Internet. El riesgo de esta apreciación es que se imponga una visión meramente instrumental de la computadora, donde en lugar de ser vista como un recurso que amplía las posibilidades de acceso a la información y al intercambio de experiencias en el nivel local, regional y global, se convierta ilusoriamente en un gran atajo que tienda a remplazar los largos y costosos ciclos de la educación tradicional por cursos de entrenamiento operativo, empobreciendo el capital cultural y reforzando las inequidades ya existentes.



EPÍLOGO

Después de leer este libro, el lector podría preguntarse ¿qué tienen en común una madre rastreando a sus hijos o dando instrucciones domésticas desde el celular, sus hijos coleccionado amigos en *Facebook*, el abuelo aprendiendo a usar el *Skype* para comunicarse con su nieta que vive en Canadá, un migrante africano que navega sin brújula pero lleva un celular entre sus escasas pertenencias, un pobre magrebí al que la mafia le hizo tragar su propio celular, una exiliada buceando su pasado en Internet después de 35 años de destierro, un desafortunado pasajero que casi pierde un brazo por rescatar su móvil del inodoro del tren, un hombre que busca a su novia de la adolescencia después de sufrir un infarto, una famosa modelo de mal carácter agrediendo a su asistente con el móvil, las anoréxicas castigando a sus cuerpos para que se parezcan al de Victoria Beckman, y los novios despechados dejando obsesivamente mensajes en el buzón del otro, aparte del hecho de que todos comparten un celular, y la mayoría de ellos, además, tienen acceso a Internet?

En primer lugar tienen en común que todos están *conectados*, algunos hiperconectados y otros simplemente conectados, lo cual es de una obviedad absoluta, pero en el contexto de nuestra reflexión ese hecho adquiere una relevancia fundamental. La palabra *conexión*, al igual que la palabra *migración*, ha adquirido una densidad semántica y metafórica que nunca había tenido antes. Ya es habitual decir que “estamos conectados afectivamente” en lugar de que “estamos enamorados”, o “no puedo conectar contigo” en lugar de “no me escuchas”, o “voy a estar conectada” en lugar de “estaré en casa”, “me voy a desconectar unos minutos” en lugar de decir “ahora no puedo atenderte”, y en general, más que juntarnos a hablar nos reunimos para conectar. Probablemente la conexión no se hubiera vuelto tan significativa si la desconexión no se hubiera vuelto tan amenazante. Los *desconectados* son los nuevos marginados, los nuevos parias y los nuevos resentidos sociales.

Estar desconectado equivale a volverse invisible. Y la única invisibilidad que todos apreciamos es la del *voyeur* o la del espía: poder ver

sin ver vistos, recurso que también ofrecen las redes sociales como *Facebook*. Todas las otras clases de invisibilidad, no contar, no ser mencionado, no ser citado, no ser interpelado, no ser consultado, no ser mirado, no ser digno de un *five* en *Hi5*, en suma *no ser reconocido*, o no tener la oportunidad de *volver a ser conocido* de manera reiterada en los actos de habla de una red *on line* u *off line*, resulta profundamente amenazador del *yo*, sobre todo en el caso de los jóvenes.

Claro que estar *conectado*, y su opuesto, estar *desconectado*, tienen sentidos muy distintos para unos y otros. Para una madre estar desconectada significa, si está en casa, que su familia dispersa en la ciudad o del otro lado de la frontera, se vuelva inubicable, y si está fuera de la casa, perder el control del ámbito doméstico. Para su hijo, estar desconectado implica volverse *invisible* dentro de la red de sus amigos, compañeros y conocidos. Para los pobres, estar desconectados es sufrir una nueva clase de exclusión que afecta las oportunidades de movilidad social de sus hijos. Para un migrante estar desconectado equivale a perder sus vínculos enraizados en lo local. Para una anoréxica estar desconectada es el suicidio de la creación deformada de sí misma. Para un amante estar desconectado es la evidencia de la exclusión de la vida oficial del otro. Para un exiliado estar desconectado es asumir el quiebre de su biografía. Y no obstante las diferencias mencionadas, cuando estamos desconectados todos sufrimos de la misma clase de angustia de privación y ansiedad de separación. La visibilidad es la condición de la existencia, de la integridad física y mental, y de la lealtad a la familia, a la empresa o al grupo de amigos.

La otra cosa que tienen en común todos los personajes del reino de la conexión digital, es su baja tolerancia a la incertidumbre. Incertidumbre sobre el paradero de los que aman, sobre el empleo, sobre la salud, sobre el funcionamiento de los servicios, sobre el regreso a casa, sobre el futuro y la calidad del aire que respiran. Incertidumbres que se alimentan cotidianamente de toda clase de amenazas visibles e invisibles que los medios de comunicación, cual profetas del Apocalipsis, se encargan de anunciar reiteradamente. Todas las épocas de la humanidad han estado pobladas de catástrofes naturales y provocadas por el hombre, pero la imposibilidad de poder controlarlas nos habían domesticado para aceptar la fatalidad y ejercitar la esperanza. Si un hijo partía a un destino incierto del otro lado del océano, podíamos tolerar que pasaran meses antes de recibir la pri-

mera carta que nos confirmara que había llegado vivo. Con la aparición del celular necesitamos que el hijo nos llame desde el aeropuerto antes de subir al avión, que vuelva a hacerlo en seguida después de aterrizar, y si las compañías de aviación lo permitieran, también quisiéramos que nos llamara durante el vuelo para asegurarnos que todo va bien aunque éste dure unas escasas 8 horas y no tengamos absolutamente ninguna posibilidad de evitar que el avión se caiga. Obviamente lo que han hecho estas nuevas tecnologías no es sólo darnos la posibilidad de comunicarnos intensivamente, sino proveernos de un dispositivo simbólico para controlar la incertidumbre. Activan en el imaginario resortes ilusorios de que podemos dominar nuestras circunstancias y las de los otros. En ese sentido, el peso simbólico de estar conectados tal vez lo podamos valorar mejor si pudiéramos introducir en los cuentos de hadas un celular o una conexión a Internet. Con seguridad la resolución de nuestros miedos arcaicos y ancestrales hubiera sido distinta. Hansel y Gretel no se hubieran perdido en el bosque, Caperucita hubiera consultado a la abuelita si podía confiar en el lobo, Pinocho hubiera podido transformarse en un hombre de carne y hueso manipulando su biografía en *Second Life* sin padecer tanto sufrimiento, Gulliver hubiera lidiado con los enanos y los gigantes en un juego de estrategia y eso lo hubiera preparado mejor para enfrentarlos, y el Patito Feo hubiera ingresado a una comunidad virtual de cisnes para tolerar mejor la discriminación en la laguna de los patos. Algo más, tal vez los artefactos más antiguos que antecedieron a nuestros celular y *lap top* sean la varita mágica que utilizaban las hadas y las brujas, la famosa Lámpara de Aladino y el Oráculo de Delfos. Póngase a pensar el lector si no encuentra alguna similitud entre su celular y la varita mágica cuando empuña o sacude su celular, o con la Lámpara de Aladino cuando lo frota ansiosamente, o con el Oráculo de Delfos, cuando se mete a Internet a buscar las claves de su pasado, de su presente y de su futuro.

La tercera cosa que tienen en común, aunque con distinta intensidad, es que la conexión ha hecho variar entre todos ellos el significado del sentimiento de la soledad. Los que se sienten solos ya no son los que no tienen a nadie a su alrededor, sino los que están desconectados, los incomprendidos ya no son los que tienen problemas para ser escuchados sino los que padecen incomunicación virtual. Robinson Crusoe puede prescindir de Viernes para sobrevivir, y Viernes ya no necesita a Robinson "para civilizarse", ambos tienen un celular

y una conexión a Internet. Y no sólo para resolver cosas prácticas sino para exorcizar la incertidumbre y elaborar simbólicamente la relación con los otros. No obstante, aún no sabemos si la posesión de estas tecnologías volvió a Robinson menos etnocéntrico, y a Viernes menos fundamentalista.

La situación existencial de estar conectados *on line*, al igual que cualquier otro vínculo social, está socialmente estructurada por diversas identidades y alteridades, que se mueven por igual en tiempos simultáneos y diferidos. La conexión es intrínsecamente monogámica. Por muy lejos que lleguemos virtualmente en la geografía del planeta, tenderemos a conectarnos con los iguales y con los opuestos que son significativos en nuestros universos simbólicos de pertenencia. Los demás seguirán en la invisibilidad. Asimismo la situación de conexión tiene sus propios tiempos, espacios y jerarquías, nuestra disponibilidad no es absoluta. Estamos conectados para algunos y desconectados para otros, en ciertos momentos de nuestras vidas anhelamos estar intensamente conectados y en otros deseamos lo contrario, hoy disfrutamos de ser el objeto preferido de la conexión del otro y mañana podemos sufrir su desconexión.

Esto nos indica que en la apropiación de cualquier tecnología de información y comunicación no sólo intervienen diferencias socioculturales, perspectivas de género o brechas generacionales, sino lógicas coyunturales que en determinados momentos promueven un uso intensivo y extensivo de las mismas, como sería el caso de tener un familiar lejos, un pariente enfermo, o un amor virtual; y en otros, esa intensidad disminuye o desaparece cuando el hijo regresa, el enfermo se cura, o los amantes se hastían de los amores que no pueden confirmarse en la piel. Ser migrante, estar exiliado o vivir fuera, representa una comunidad de sentido que genera cierto tipo de apropiación de Internet y el celular más allá de las diferencias socioculturales entre los propios migrantes y de sus lugares de procedencia. Lo mismo sucede con ser parte de una minoría sexual, étnica o con discapacidad. Estas lógicas de sentido trascienden las denominadas brechas digitales de primer y segundo orden. No están signadas necesariamente por el acceso ni por las competencias y habilidades informáticas. Una comunidad en África de 500 habitantes puede utilizar un solo celular para comunicarse con sus parientes en Europa. Esto no cambia su situación de desigualdad respecto al acceso y a la apropiación y probablemente no las cambie en muchas

décadas, o quizá nunca, pero refuerza la cohesión familiar y habilita un nuevo tipo de intercambio simbólico entre los que se van y los que se quedan que seguramente resignifica los imaginarios locales sobre los modos de vida y los códigos normativos de la convivencia en la aldea.

La cuarta cosa común que tienen todos nuestros personajes del universo de la conexión digital es su afición al presente como fuente de sentido de toda su biografía, no tanto por renegar del pasado sino por desconfiar del futuro. Nada puede esperar porque mañana no sabemos lo que puede pasar. La promesa de la vida eterna, y la reproducción de nuestra herencia de genes, están amenazadas por el calentamiento global, las pandemias, los terroristas islámicos y la voracidad del capital financiero. Digitalmente hablando está adición al presente se expresa en la práctica de la simultaneidad y en el disloque permanente de lo que se entendía por público y privado. La consigna clave es optimizar el tiempo del trabajo y la atención de las redes: Estar aquí y en muchas partes al mismo tiempo, chatear con uno, mientras se escribe un mensaje a otro, y se habla por el celular con un tercero, diversificar las tareas, aumentar la eficiencia del trabajo y de la sociabilidad en red. En el trabajo y en el ocio se impone incrementar la lista de contactos, evitar los protocolos y las conversaciones superfluas y los rituales de presentación que nos quitan tiempo y nos impiden ir a lo concreto. Esta exigencia permanente de presente y simultaneidad nos obliga a realizar operaciones permanentes de trasposición de los espacios y tiempos privados en tiempos y espacios públicos y viceversa. Muchas veces al día, y en ocasiones varias veces en pocos minutos, nos conectamos y desconectamos para indicar que ahora necesitamos privacidad, o que ahora estamos disponibles para los diversos públicos que integran nuestras redes. Entonces, contra el sentido común de los padres, maestros, resistentes y renegados de las nuevas tecnologías, no es verdad que perdamos el tiempo con el celular e Internet, lo explotamos al máximo, cada vez hacemos más cosas con él. Por una módica cantidad todos podemos obtener una varita mágica, una Lámpara de Aladino o un Oráculo para gobernar nuestro tiempo y trascender nuestras circunstancias, aunque esta ilusión de poder y de control sea ilusoria su eficacia simbólica es indiscutible.

El quinto rasgo que los caracteriza, es que todos llevan el celular y la computadora portátil pegados al cuerpo como una extensión de

sí mismos, un apéndice virtual con alta carga simbólica y afectiva. Si hiciéramos una etnografía de lo que una persona lleva en su *lap top*, en su celular o en su cuenta de correo electrónico, nos daríamos cuenta de lo fácil que sería conocer su vida sin necesidad de entrevistarla. Podríamos establecer sus redes sociales y laborales, sus coqueteos virtuales, sus asignaturas pendientes, su estilo de vida, sus patrones de consumo, sus opiniones políticas, o su indiferencia hacia la política, sus competencias, habilidades, y pasatiempos, etc., etc. Pero ésta es una tarea que ya se encargan de hacer desde hace mucho los principales buscadores para clasificarnos como potenciales consumidores. Lo que aquí nos interesa destacar es que lo que cargamos en el celular y en la computadora es mucho más que bases de datos personales, lo que portamos es nuestra biografía organizada en archivos de vida, una memoria suplementaria con una capacidad infinitamente mayor de almacenar los detalles y fragmentos de la vida que nuestras frágiles memorias humanas. A pesar de las innegables diferencias que separan a las generaciones adultas de las que ya nacieron en la era digital, y también de los procesos disímiles de apropiación de dicha tecnología, Internet se vuelve central en el proceso de manipulación y recomposición de la biografía de quienes lo utilizan. En el caso de las personas de más de cuarenta años, la emergencia de dicho proceso se expresa en la nostalgia de las certezas ontológicas de la niñez y de la adolescencia, y en la recreación y ampliación a través de Internet de la intimidad que les permite un viaje hacia las profundidades de la memoria mediante un ejercicio de autorreflexividad. Por el contrario, en los jóvenes, la experiencia de “retocar” la biografía se da a la inversa: deviene desde las profundidades del anonimato a la visibilidad *cuasi* obscena de la superficie. La experiencia de amar y hacer amigos en línea a los veinte años, es de una naturaleza profundamente social, extrovertida, visible y compartible. La manipulación de su biografía no tiene la intención de ser recuperada o reconstruida, sino la de ser “retocada” con colores, texto, imágenes y música con el objeto de ser reconocida, visitada y aceptada.

Por último, todos nuestros personajes están hermanados, en mayor o en menor medida, en la necesidad de recrear en el celular un espacio transicional para poder elaborar el duelo de la separación. La globalización, las migraciones, las distancias, las rupturas de sentido y los quiebres biográficos, están minando las certezas ontológicas

que nos brindaban el pasado y las instituciones tradicionales como fuente de sentido individual y colectivo. De ahí, que más allá del significado particular que el uso de estas tecnologías puedan tener en la historia de cada uno de nuestros protagonistas, lo que resulta interesante de recuperar desde el punto de vista antropológico es cómo, en condiciones sociales de amenaza o de privación, reales o imaginarias, las familias, los migrantes, los pacientes o los amantes, no pueden elaborar el duelo de la separación y necesitan recrear “un objeto transicional”, una “zona de experiencia intermedia” como aquella que le permitía al bebé separarse del pecho materno y afeerrarse al osito de trapo para poder tolerar la separación. Pensamos que la *lap top* y el celular, particularmente este último, reúnen todas las cualidades de un objeto transicional: al igual que el osito de trapo es portable, manipulable, al hablar siempre se lo mantiene cerca de la boca, puede ser personalizado con un nombre, fotos, canciones o repiques, produce un efecto calmante de la ansiedad, y su pérdida u olvido produce mucha angustia. Y si el lector aún tiene alguna duda sobre esta aseveración, pregúntese si la angustia que nos produce extravíar o dejar olvidados la computadora o el celular, o sufrir la pérdida del disco duro o de un archivo, no es similar a la de nuestros hijos cuando extravían la mantita deshilachada a la hora de dormir.